



AÑO 12.

NUM. 134.

LA
ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE LAZARO**

—————  
**FEBRERO, 1900**  
—————

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# SENDAS PELIGROSAS

(NOVELA)



(CONTINUACIÓN).

Abriéronse luego las puertas de uno de los gabinetes vecinos, y tras una fila de antorchas, en un fondo donde á propósito se había dejado obscuro, apareció un grupo que representaba el *Amor* según el cuadro de *Stuhs*. La posición del grupo era bastante exacta, y las figuras parecían haberse elegido, acaso hecho para imitar la obra del habilísimo artista, parodiándola. La señora de Maltz, que se empeñó en elegir el papel de *Psiquis*, era muy corpulenta. El traje de malla que había tenido que ponerse y la ligera túnica que llevaba, hacían resaltar más sus amplias dimensiones y su tez purpúrea, no pudiendo de ningún modo dar idea de una delicada doncella lánguida y desmayada. El primo Félix, que representaba el *Amor*, era, por el contrario, seco y enclenque, formando, con lo flaco de sus formas, extraño contraste con su ideal amada. Cuando bajó el telón después de ese cuadro, tenía curiosidad por ver qué impresión había producido en los espectadores. Unos, que no comprendían el significado de aquel grupo, se miraban confusos; algunas mujeres estaban tan conmovidas por aquel delicioso cuadro, que se les arrasaban los ojos en lágrimas; otras, por el contrario, se sonreían irónica-



mente, y no faltaban quienes manifestasen su impresión con epigramas.

—¡Ah!—decía una señora;— no era cosa fácil para Céfito el llevarse una Psiquis así.

—Bien se ve — añadía otra — cuál de los dos amantes ha sufrido más con su pasión. Psiquis goza de brillantísima salud, y el Amor se ha desmirriado en su dolor.

—Para hacer ver el ardor devorante del Amor — decía una tercera— es por lo que los miembros de éste son como cerillas.

A esta escena siguió un nuevo cuarteto, tan aburrido como el primero, durante el cual, y después de ponerse otro traje, fué la señora de Maltz á sentarse junto á Sofía. Acercóse el marido y le dijo en voz baja:

—Mina está llorando, y dice que no se atreve á declamar su poema.

—¿Está loca?—respondió la señora de Maltz.—Voy á darla una lección.

Sofía intercedió por la pobre y tímida criatura.

—No, querida prima—replicó la imperiosa madre;—nunca cederé á los caprichos de mis hijos.—Mina tiene trece años, y es preciso que empiece á presentarse en sociedad. Nuestro excelente Félix ha escrito para ella unos versos encantadores, por el estilo de los de Castelli; Mina se los sabe de memoria y tiene que declamarlos, cueste lo que cueste.

Al pronunciar estas palabras salió de la sala; regresó un instante después; volvió á tomar asiento con aire alegre junto á Sofía, y le dijo:

—Verás que buen éxito se obtiene con un buen cachete.

Mina fue introducida solemnemente por su primo Félix; había llorado en abundancia, y tenía la cara muy enrojecida, sobre todo en el lado izquierdo, donde su madre había cargado la mano; temblaba, y no sabía qué hacerse de los brazos. Por fin, después de inclinarse ante los contertulios, recitó con dolor é impetuosidad los versos compuestos para ella; así que



hubo acabado esa tarea penosa, púsose al piano un aficionado, y recreó, al menos por un momento, á los oyentes, con una música bastante buena.

Anita se puso á buscar á Antonio, y acabó por encontrarle en un cuarto donde jugaba muy alegre con otros niños; no tenía la menor gana de abandonarlos para desempeñar el noble papel que le estaba destinado.

Lindal llegó tarde á esta reunión. El Conde Adalberto se alegró de verle; y en cuanto pudo reunirse con él, llevósele consigo á otra habitación, y le dió quejas del aburrimiento que le producía aquella velada.

—¡Qué diferencia — le dijo, — de la que pasamos últimamente en casa de usted! La vida de sociedad ha tomado aquí un aspecto triste, como en París y en otras ciudades; ya no se encuentran en un salón las grandes emociones que podía esperarse sentir en medio de una sociedad numerosa, y en unas estancias espléndidas, ni el encanto de una conversación ingeniosa en una tertulia íntima. Las hechiceras veladas de París no existían ya cuando entré yo en la sociedad; pero podrían renovarse, y en casa de usted he visto un ejemplo de ellas.

—Es usted benévolo en demasía—respondió Lindal.—Mi casa de Copenhague no merece tantos elogios; la que tengo en el campo vale más; espero recibirle en ella en este verano.

Mientras el Comandante y su amigo se comunicaban sus ideas acerca de las nuevas costumbres sociales, abrióse por segunda vez la puerta del gabinete mágico y se vió un cuadro representando *La Mañana*, grupo compuesto de una figura femenina con una antorcha en la mano y un genio esparciendo flores. Eran Anita y su sobrinillo Antonio, ambos artísticamente engalanados, llevando en los hombros unas alas parecidas á las de las mariposas. Esta aparición fue saludada por vivos aplausos. Los dos genios daban vueltas, hacían mil giros, y escapándose por una puerta lateral, entraron en el salón, donde se les había reservado un sitio para bailar. Anita



había aleccionado muy bien á su sobrino, y era cosa bonita de ver las graciosas posturas y los ligeros movimientos de aquel niño; todo su rostro irradiaba júbilo. Daba saltos riéndose y disparando flores entre los contertulios, quienes le alababan en alta voz, mientras su madre le contemplaba dichosa; los piececillos de Anita apenas tocaban al suelo; en sus rápidas evoluciones agitaba la antorcha y parecía cernerse en los aires.

—En verdad—murmuró Sardes á Fernando, quien miraba á su novia con una especie de éxtasis,—he ahí una Mañana que promete un día hermoso.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, dijérase que un espíritu malo puso empeño en desmentirlas: la antorcha de Anita, como las que emplean en el teatro, estaba llena de algodón empapado en alcohol. El primo Félix no había escatimado el combustible. En uno de los rápidos movimientos de Anita escapóse de la antorcha una mecha y prendió fuego á las alas de Antonio. Rápida como la llama lanzóse hacia su hijo Sofía, le arrancó las tiras de telas ligeras que formaban las alas, así como la corona que tenía en la cabeza, y estrechándole entre sus brazos ardieron sus propios vestidos. Un grito de espanto resonó en la sala. Lindal, Adalberto y otros espectadores, se precipitaron hacia la joven. Antes que ellos acudió Sardes; con impetuosa mano rompió los vestidos de encajes de Sofía, enlazó á la madre y al hijo, y pasando sus brazos por ambos cuerpos, apagó hasta la última chispa de las llamas que de ellos se habían apoderado. Tanto celo y habilidad tanta puso en la faena, que en un instante acabóse todo. Antonio estaba pálido como la muerte, y temblaba con todos sus miembros como si hubiera tenido fiebre. La madre parecía próxima á desmayarse. Lindal tomó en brazos á su hijo, levantándole en vilo, y reconoció con gozo que no tenía ninguna quemadura. Sardes aún sostenía en sus brazos á Sofía. Clavábanse sus ojos con una mezcla de embriaguez y espanto en los de la joven, que le miraba con gratitud. Su corazón pal-



pitaba junto al de ella; este embriagador contacto fue rápido como un relámpago. Llevaron á Sofía á un sillón é hicieronla que aspirara sales. Bien pronto recobró las fuerzas, pero Antonio aún estaba tembloroso. En atención á éste quería retirarse ella, y rogó á Lindal que hiciese venir su carruaje, induciéndole empero á continuar con Anita en casa de la prima. Accedió él á su petición.

—¡Al diablo todas esas necias invenciones! ¿No es una locura querer traerle á esta reunión? Pero siempre que me he tomado la libertad de oponerme á ello, parece como si me hiciera reo de un acto de barbarie.

Haciendo con tono muy acerbo esta reflexión, llevóse el niño al coche. Sardes ofreció el brazo á Sofía. Como le diera gracias por el servicio que la había prestado, atrevióse él á cogerla la mano y la dió un beso cuyo calor sintió ella á través del guante. Sin duda, el accidente que había asustado á Sofía y á su hijo no era muy peligroso en una reunión donde tantas personas podían acudir en su auxilio; pero Sardes no estaba por eso menos contento de haber sido el primero en socorrer á la joven, y le había inspirado un sentimiento de gratitud. Palpitante aún con la felicidad que había sentido al tenerla un instante tan cerca de él, volvió á entrar en el salón con la cara resplandeciente. Al mismo tiempo que él, entraba como una sombra el Comandante. Dirigió con tono breve y haciendo una especie de esfuerzo alguna frase de agradecimiento al amable extranjero, y después fué á colocarse en una mesa de juego, junto al conde Adalberto. La pobre Anita, causa inocente de aquella catástrofe, estaba sentada en un ángulo del salón junto á su novio, quien se esforzaba en consolarla; pero, apartóse ella de él con impaciencia y se puso la cabeza entre las manos para llorar con más libertad. Con su vestido de ninfa, sin alas, los brazos desnudos hasta el hombro y los cabellos flotantes, parecía en aquella actitud el genio del dolor llorando sobre una tumba. Sardes, que en la plenitud de su alegría hubiera querido consolar todos los dolores humanos,



reunióse con Fernando para disipar su tristeza. Después de haberle dirigido algunos cumplimientos, le dijo:

—Tenga usted la seguridad de que esta noche no ha sido Antonio el único que se ha quemado las alas con su antorcha.

Anita levantó de pronto la cabeza al oír esas palabras que resonaban en su oído como una declaración. Díjose que Sardes la amaba, y recobró la alegría.

Al día siguiente, en cuanto estuvo á solas con su hermana, le contó el apuro que había sentido cuando de pronto llegó á descubrir la pasión de Sardes. A menudo había hecho confidencias de esa especie á Sofía, respondiéndole ésta algunas veces con ligera burla y siempre con dulzura. Pero esta vez, contra su costumbre, enfadóse y reprendió con viveza á la joven por su incurable vanidad y su ingratitud con Fernando.

Anita la miró atónita por tal sermón, y luego exclamó riéndose con malicia:

—No; eso es lo que nunca hubiera creído; ¿eres tú, Sofía, á quien veo tan emocionada? ¡Los dioses nos protejan! mi virtuosa hermana se ha acercado demasiado, no á mi antorcha, sino á la antorcha del *Amor*.

Al decir estas palabras, salió saltando. Dejaba á Sofía en un estado de turbación y confusión, en el cual podía permanecer largo tiempo sin desear darse cuenta de él.

Interrogó vivamente á su conciencia, después de lo cual prometióse velar con rigidez por su corazón y guardar en su conducta extremada reserva.

A partir de ese día, Sardes volvió con más frecuencia á casa del Comandante, y bien pronto estuvo allí, hasta cierto punto, como en su casa. De vez en cuando llevaba á las jóvenes al teatro, asistía con ellas al espectáculo, y con frecuencia se lo hacía más agradable con su chispeante conversación; algunas veces también con galantes alusiones que la modesta Sofía temblaba de tomar para sí, pero que su hermana se las apropiaba sin dificultad. Era costumbre en casa del Comandante que



los hombres se reunieran bastante tarde; sus ocupaciones y las del Comandante les había obligado á contraer ese hábito. Sardes, que estaba mucho más libre, acudía algunas horas más pronto y animaba la soledad de ambas hermanas, ya con grata conversación, ya con lecturas en alta voz, para lo cual tenía notable habilidad. Algunas veces llevaba consigo la guitarra, y se acompañaba cantando romanzas: tenía una voz muy armoniosa y muy expresiva. Por último, algunas veces cantaba á dúo con Anita. Sofía estaba entonces á alguna distancia, y mirábala él á cada momento con ojos tiernos, mientras la coqueta Anita figurábase que sólo de ella se ocupaba. Ni una sola vez se le ocurrió á Anita la idea de asociar á su hermana en esas distracciones musicales. Apoderábase del piano y no parecía sospechar que Sofía estuviese dispuesta para cantar su parte. La joven señora hubiera tenido gusto en cantar; pero con su modestia no lo pedía, estaba silenciosa aparte.

Una noche que se encontraba sola, llevó Sardes una nueva pieza de música, que deseaba ensayar, é invitó á Sofía á sentarse al piano. No tenía la ligereza de dedos que Anita, pero acompañaba mucho mejor; hechizó al extranjero con la dulzura y flexibilidad de su voz, sintiendo ambos indecible placer en cantar juntos. El talento que Sofía acababa de desplegar era una revelación para Sardes. Expresóla con tal emoción el placer que sentía, que se le llenaron de lágrimas los ojos.

—¡Ah!—exclamó riéndose,—me vuelvo ciego y nervioso; esta es la segunda vez que hoy lloro. Esta mañana salí con deseos de ver nuevamente la casa donde vivieron mis padres y pasé mi infancia; como toda ella está ocupada por personas á quienes no conozco, me valí de astucia para visitar los aposentos que quería ver. Llamé atrevido, y pedí entrar en la habitación que se arrendaba. Una sirviente respondió que allí no alquilaban ninguna habitación. Como yo insistiese, me dejó para írselo á preguntar á sus amos; entre tanto pude dar un vistazo al aposento que fue aposento de trabajo de mi padre, y aquel donde yo había crecido, lleno de honda tristeza por los



séres que perdí; fuíme al cementerio donde están sepultados mis padres, y donde descansan también mis dos hermanas. Lloré allí como un niño, y bien podía llorar. ¡Estoy tan solo en mi tierra!

Sofía le respondió con dulces y afectuosas palabras. Animábala un generoso sentimiento: decíase á sí misma que quisiera reemplazar junto al joven huérfano á las hermanas que había perdido; también le habló del Conde, quien le daba testimonio de paternal solicitud.

—Sí—respondió Sardes,—doy gracias á Dios por la merced que me ha hecho poniéndome en manos de ese hombre excelente; pero no puede usted figurarse cómo esas negociaciones diplomáticas y esos asuntos políticos comprimen los sentimientos que más me parecen ennoblecer la vida. A menudo sólo siento una gran indiferencia por las cosas que en más aprecio tiene, y trabajos á los cuales consagra sus vigiliass no me parecen dignos del menor esfuerzo. Le amo y le venero, pero falta entre nosotros yo no sé qué simpatía, simpatía que por fortuna existe entre el cuñado de usted y yo. A ese excelente Fernando debo la felicidad de conocer á usted. Una hora como esta me consuela del negro tedio de muchos días. Creo que antes de haberla visto, aun antes de saber que existiera un sér como usted en el mundo, por usted suspiraba y le dirigía mis pensamientos; eso es lo que haré en lo sucesivo, cuando me halle lejos de usted, cuando la suerte nos haya separado; pero usted no sabrá nada de eso y no podrá responderme como esta noche.

Desde aquel día apoderóse del alma de Sofía un dulce é indefinible sentimiento, el cual no la inquietaba de ningún modo, pues decía para sí que era el de una hermana por un hermano. Tampoco se disimulaba á sí propia que Sardes la amaba, mas ese amor parecíale de una pureza irreprochable. Una noche trajo Sardes una melodía que había compuesto para Lied, de Goëthe: *Trost en Thriänen* (consuelo en el llanto). Anita se puso al piano. Sofía se colocó detrás de ella, y



Sardes cogió la guitarra. Cantó con una expresión que conmovió el corazón de Sofía esta estrofa:

«No se desean las estrellas, gozamos de su brillo, se las mira con gozo en el sosiego de las noches.»

Cuando llegó este verso «¡cuántas veces la he contemplado con arrobamiento!» fijó en la joven una mirada tan ardiente, que, no pudiendo ella permanecer en su sitio por la emoción que sentía, retiróse á otro aposento y lloró, mientras modulaba Sardes con tono lastimero el final melancólico de esta romanza.

Sofía no se engañaba por completo acerca del amor que había inspirado. En efecto, era un amor ideal, digno de la romántica España, donde Sardes había vivido tanto tiempo, y cuya poesía y carácter había impreso en su alma.

Por lo demás, había en él una extraña mezcla de la naturaleza septentrional y de la meridional. Si bien había tenido ya algunas aventuras galantes al menos, lo cierto es que Sofía era su primer amor. Todos sus ensueños, todos sus pensamientos estaban fijos en ella: como aconteciese tener que pasar un día sin verla, estaba triste é inquieto. Ni la lluvia ni la nieve podían impedirle ir á pasearse al pie de sus ventanas: necesitaba ver alguna cosa que la perteneciese. Algunas veces, cuando regresaba á su domicilio después de haber permanecido junto á ella durante toda la tertulia, salía de nuevo á pasearse otra vez delante de aquella casa querida, por ver brillar en ella una luz á través de los visillos.

Sofía, á quien á menudo le ofendía la indiferencia de su marido, habíase acusado á sí misma de esa indiferencia. Ahora se veía querida y respetada por un hombre de naturaleza superior, cuyos homenajes ambicionaba en vano más de una mujer; sentíase con eso realzada con su propia estimación, adquiriendo una confianza en sí misma que le dió nueva gracia. Durante mucho tiempo se había mostrado tímida y taciturna. Ahora, sin perder nada de su púdica reserva, tenía más libertad en sus movimientos, entraba en una nueva fase.



En todas partes donde aparecía excitaba una admiración más viva. Anita, que siempre se había considerado como muy superior á su hermana, observó con molesta envidia los triunfos que aquella modesta hermana obtenía en sociedad. Además veía en ella una rival. Seducida por las novelescas cualidades de Sardes, hubiera querido inspirarle una pasión, y no podía disimularse que él se ocupaba mucho de Sofía. Habíase obrado también una notable mudanza en el ánimo de Lindal; viendo á su mujer tan buscada y tan festejada, puso más atención en las cualidades de que ella estaba provista. Reconoció también la pasión que había inspirado á Sardes, pero sin comprender toda su fuerza. Ese marido, antes tan presuntuoso ó tan indiferente, adoptó una actitud nueva. Halagábanle los atractivos de su mujer, y al mismo tiempo sentía por ellos cierta inquietud. Parecíale descubrir por vez primera toda la gracia y el ingenio que en ella había. En ciertos momentos le daban impulsores deseos de estrecharla entre sus brazos, de referirla su admiración. Deteníale al punto el miedo de parecer ridículo en sus transportes de enamorado. También debemos decir que Sofía ya no era la misma para con él; si su marido estaba en una de sus horas tristes, fingía ella no notarlo, ó dejaba de preguntarle la causa. En todas sus relaciones con él conservaba más dignidad y más firmeza; por el contrario, Lindal empeñábase en demostrar más deferencia. Si sentía alguna contrariedad, tomaba á pecho el disimulársela. Ya no bajaba por la mañana al comedor sin haberse vestido con esmero, y por la noche no extendía ya las piernas encima del sofá.

Estos cambios ocurrieron poco á poco, durante el transcurso del invierno, de tal modo que los extraños que frecuentaban la casa del Comandante no advertían ninguna novedad, cuando realmente había acontecido allí una especie de revolución. Aproximábase la primavera, estación en que la familia del Comandante solía salir de Copenhague para dirigirse á sus posesiones junto al mar, en una bahía, y que por ese motivo lle-



vaban el nombre de Hauslunde. Lindal hacía de vez en cuando un viaje á ellas. Un día que regresaba á Copenhague después de haber pasado una semana en el campo, dijo para sí: «¡Cuántas veces, al entrar en casa, me he alegrado de encontrar á mi mujer y á mi hijo. Pero nunca he sentido lo que siento hoy: es como si estuviese enamorado, y estoy confuso con este amor. No me conviene afiliarme entre los melancólicos y soñadores. Sin embargo, me apena el pensar que voy á encontrarme en casa con ese quejumbroso ruseñor, con ese dulzarrón de Sander. Ama á mi mujer, estoy seguro. ¡Vamos! ¿A qué voy á inquietarme por eso? ¿Acaso un veterano como yo debe tener tales preocupaciones? ¿Puede prohibírsele á un hombre amar? Si estuviese yo en su puesto, ¿no haría otro tanto? ¡Que suspira por Sofía! ¿Puedo ofenderme por eso? Ella no le ama, no; conozco la pureza de su alma. Está enteramente dedicada á su marido y á su hijo. No es de esas mujeres que se dejan conmover por una galantería, y él ni siquiera podrá dirigirla una declaración. ¡Pobre mozo, me da lástima!»

Mientras se entregaba á estas reflexiones entraba el coche en el patio de su casa; pero ni Sofía ni Antonio salieron, según costumbre, á su encuentro. Subió la escalera con zozobra y oyó resonar música en el salón.

—¡Santo Dios!—dijo para sí.—¡Aún voy á encontrar á ese cantor sempiterno!

Abrió la puerta y vió á Sofía sola, sentada al piano. Levantóse ella con presteza, pero no con la misma alegría que en otros tiempos.

—Bien venido. Me parecía oír un coche, pero no pensé que fuera el tuyo. No te esperaba hasta mañana.

—Pero, ¿dónde está Antonio?—preguntó Lindal.

—No le veo—respondió Sofía;—aquí estaba hace poco.

Buscóle ella y le encontró dormido al otro extremo del salón, gritándole entonces:

—¡Antonio, aquí está tu padre!

El niño se arrojó en brazos de su padre, quien le dijo:



—¿Por qué te duermes así?

—Porque me aburro—contestó Antonio;—mi madre no ha parado de tocar y cantar toda la tarde.

Sofía se puso encarnada, y le dijo:

—Sin embargo, ¿no tienes costumbre de dormir durante el día?

—No, en otro tiempo me contabas bonitos cuentos; por la noche me dabas lecciones. Ahora me dejas solo, y por más que hago no puedo aprender la lección sin tí.

Esta inocente acusación puso en un aprieto á Sofía; cogió en brazos á su hijo, y, para dar otro sesgo á la conversación, preguntó á Lindal si necesitaba algún refresco. Contestando afirmativamente, salió ella para prepararlo. Entre tanto, el Comandante sentó á su hijo en las rodillas y se puso á hablarle de su potro, de su cabra y de los bosques de Hauslunde.

Cuando volvió á entrar Sofía, preguntó Lindal por Anita, y supo entonces que había estado todo el día en casa de la prima Lota, de donde regresaría por la noche con Fernando. Preguntó luego qué novedades habían ocurrido.

—El Conde ha recibido orden repentina de su Gobierno para que vaya á Suecia—respondió Sofía.—Mañana, por la mañana, se marcha con Sardes; ambos me han rogado que te haga presente su saludo.

—¿Van á quedarse allí?—preguntó Lindal.

—No, vuelven dentro de quince días; su misión no es de mucha importancia.

—En ese caso, luego iré á darles mi adiós y les invitaré á que vengan á pasar con nosotros la pascua de Pentecostés. Para celebrar esa fiesta de un modo más brillante que de costumbre, y hacernos gratos á nuestros vecinos, he pensado en organizar una especie de torneo, en el cual tomarán parte nuestros amigos y varios labriegos que han servido en el ejército.

—Ya sé lo que quieres decir; he leído descripciones de torneos, pero nunca he visto espectáculos de esa especie.



—Ya no es propio del espíritu de nuestro tiempo—prosiguió Lindal;—sin embargo, espero que pueda ser mucho más atractivo que la mayor parte de las distracciones usuales hoy. Ocurrióseme la idea la otra noche, en casa de nuestra prima, durante mi conversación con Adalberto; él y yo recordábamos haber presenciado un torneo en las posesiones de uno de mis amigos de Francia. Con mucho gusto dedicaré á tal fiesta unos cuantos centenares de escudos.

—Aún falta mucho para Pentecostés—dijo Sofía.

—Sí; pero quiero estar seguro de contar con Adalberto; no se sabe cómo dispondrá de su tiempo en Flintenborg.

—¿En Flintenborg?—repitió Sofía.

—Sí. ¿No sabes que en casa de uno de sus parientes, que reside en Flintenborg, es donde pasará el tiempo que aún ha de permanecer en Dinamarca?

—¿En casa de nuestro más próximo vecino?—exclamó Sofía.

—Sí, á dos leguas de Hauslunde; en el mes de Agosto regresarán á su país.

Al cabo de un instante de silencio, Sofía dijo de pronto:

—Se me olvidaba una noticia: Fernando ha obtenido la plaza que solicitaba.

—¿De veras?—respondió Lindal.—Es lástima que los gajes no sean más considerables.

—Por eso quisiera rogarte.....—replicó Sofía.

—¿El qué?—dijo el Comandante, cogiendo la mano á su mujer.—¿Temes dirigirme una petición?

—Querido Lindal, temo ponerte en un aprieto con mi súplica; quisiera hablarte de Fernando, pero no decirte nada de mi proyecto. Se me había ocurrido que como el arrendatario de Klostergaarden se va y esa pequeña hacienda está lindando con el monte que Fernando ha de administrar, podrías ofrecer allí una residencia muy á propósito á tu hermano.

Lindal guardó silencio un rato, y contestó luego:

—Estoy conforme en ayudar á Fernando, pero no de esa



manera; he hecho otro edificio y nuevas reformas para embellecer á Klostergaarden, y no quiero meter á nadie en esa casa.

—¡Pero á tu hermano!—Piensa en que entonces podría casarse.

—¿Con Anita?—exclamó Lindal.—Tiempo tiene.

—Todo irá mejor de lo que te figuras—prosiguió Sofía;—y por cariño á los dos novios, quisiera yo.....

—No, no, eso no puede ser; tú no sabes..... ya te contaré otra vez mis motivos.

—Lo siento mucho—murmuró Sofía;—esperaba que esta noche hubieras dado un alegrón á tu hermano.

En ese momento entró Anita.

—¿No ha venido Fernando contigo?—dijo el Comandante.

—No. ¿Dónde está Sardes? ¿No ha venido aquí esta tarde?

—No—replicó Lindal en el mismo tono.

—¿Dónde está Fernando? ¡Pero si había prometido Sardes venir—dijo Anita.

—Por tercera y última vez—exclamó Lindal,—¿dónde está Fernando?

—No lo sé—respondió Anita, pegando impaciente con el pie en el suelo.

—¿Pues quién te ha acompañado hasta aquí?

—Carlota, con la cual me fuí á paseo después de comer.

—¡Vaya un gusto, con el viento y el frío que hace!—dijo Lindal.

—Poco me importa el tiempo; además, no hemos estado paseando de continuo, sino que también hemos ido á tomar unos sorbetes.

—¿Cómo es eso?—replicó Sofía.—¿Os habéis atrevido tú y Lota á salir de ese modo por la tarde?

—No te enfades, querida hermana; el señor de Ruth iba con nosotras.

—¡Cómo!—exclamó el Comandante.—¿El señor de Ruth, aquel comerciante de Berlín á quien respondiste tan desdeñosa cuando te ofreció su mano y su fortuna?



—En eso tenía razón mi hermana—dijo Sofía;—porque ese hombre es vulgar, y tuvo la poca delicadeza de querer casarse con Anita sabiendo que era la prometida de Fernando.

—Pero no comprendo cómo te has atrevido á ir con él por la calle y entrar juntos en un café.

—¡Ah!—respondió Anita.—No es tan desagradable, y además iba Lota con nosotros.

Fernando entró en ese momento con gran disgusto, por haber buscado á Anita en balde toda la tarde, y aun se enfadó más cuando supo que ella había estado paseando con el señor de Ruth.

Anita, sin tomarse el trabajo de dar ninguna excusa, le preguntó bruscamente:

—¿Dónde está Sardes?

—Dispénsame, querida Anita—dijo Sofía;—aún no he podido hacerte saber que mañana se va con su padre adoptivo, y no vuelve hasta dentro de quince días ó tres semanas. Estuvo aquí en cuanto saliste tú.

—¿Qué oigo?—exclamó Anita.—¿Sarde se va sin decirme adiós! ¿Por qué no enviaste en mi busca? ¿Por qué no vuelve esta noche?

—No tiene tiempo; el viaje se ha resuelto de pronto.

—¡Eso es horrible!

—¿Qué hay en ello tan horrible?—preguntó Lindal riéndose.

—Sardes—replicó Sofía—está muy ocupado en los asuntos del Conde.

—Lo cual no le impide—dijo Anita—dedicarse á la música y al estudio de las letras.

—Pues bien, querida cuñada—dijo Lindal;—voy á ir á su casa, y le diré la conmovedora pena que sientes por esa larga ausencia de quince días.

—¿De veras vas á su casa? ¡Oh! vamos también nosotros, Fernando.

—No; yo me he despedido ya de él, y no conviene que hagas tú semejante visita.



—¿Piensas enseñarme las conveniencias sociales? Iré con Lindal, y así nadie tiene nada que decir.

—Estás loca — respondió el Comandante; — no quiero llevarte.

Durante esta conversación, Sofía se había acercado á su costurero y tomado de él un objeto que parecía producirle apuros. Volvióse donde estaba su marido, y le dijo:

—Tengo que enseñarte un regalo que me ha hecho Sardes.

—¿Un regalo?

—Sí—contestó ella ruborizándose;—es una reliquia que le dió en España un fraile, diciéndole que aseguraba la felicidad en la casa donde se conservase.

Al decir estas palabras, enseñó una cabecita de ángel, hecha de marfil, cincelada con arte, y puesta en un marco de oro.

—Es una cosa muy bonita — dijo Lindal atrayendo á su mujer;—pero nuestra casa no necesita ninguna reliquia. ¿No eres tú su ángel protector?

Estas palabras, que algunos meses antes hubieran regocijado el corazón de Sofía, le produjeron en aquel momento una impresión desagradable. No respondió nada, y volvió á guardar la cabecita de ángel.

Así que Lindal hubo salido para visitar á Sardes, Anita empeñóse otra vez con su novio en que la llevase á la casa de los franceses para decirles adiós. Aun siendo tan irrazonable esta petición, el bueno de Fernando estaba conmovido con las lágrimas y las súplicas de la joven. Esta, después de los ruegos, recurrió al enfado. Declaróla él entonces, con todas sus letras, que no podía acceder á su deseo. Anita exclamó que se ponía mala, y se la llevaron á la cama como si fuese una criatura.

—¡Ah, Sofía;—dijo Fernando;—qué desgraciado soy viendo que tengo un rival, y que ese rival es uno de mis mejores amigos!

—¿Qué piensas?



—Pienso que Anita ama á Sardes. ¿Podrá él ser indiferente á tantos hechizos?

—Tu amigo—murmuró Sofía con voz conmovida—es inocente con toda certeza.

—Sí—replicó Fernando con extraña sonrisa;—yo también creía haber advertido que su corazón estaba ocupado por otra. Pero ¿quién puede fiarse de las inclinaciones de un corazón movible como el viento?

Apenas pasaron algunos días desde la marcha de Sardes, sintió Sofía un profundo vacío y una tristeza que por primera vez la iluminaron acerca del verdadero estado de su alma, y le produjeron descontento de sí misma. Tanto sufría con su agitación moral, que cayó enferma y tuvo que quedarse en cama. La fatiga que sucede á la fiebre, sosiega algunas veces las agitaciones del alma y el retorno á la salud en la edad juvenil: es como una nueva primavera; siéntese uno más ligero y más alegre. Eso es lo que aconteció á Sofía. Estaba sola en su aposento, un poco pálida, pero con una palidez que aún más la embellecía, contemplando con soñadora mirada los tiestos de flores puestos en la ventana, mientras procuraba poner de acuerdo su conciencia con los sentimientos que no podía vencer.

—¿Tengo yo la culpa — pensaba — si á despecho mío se han apoderado de todo mi sér esos sentimientos? ¿Tengo yo la culpa, si la indiferencia que Lindal me demuestra desde hace varios años me ha obligado en cierto modo á recobrar mi libertad? Nunca he dejado de reconocer su mérito, mientras que él parecía desdeñar lo que puede haber de bueno en mí. ¡Cuánto no he hecho para agradarle, y cuántas noches no he pasado llorando al ver su frialdad! ¿Qué delito he cometido para que así transcurra mi juventud sin goces? Porque sólo el amor es quien da encanto á la vida. ¿Quién podría permanecer insensible al amor de Sardes? Aquel día en que Lindal me hizo verter tantas lágrimas, que aún siento vergüenza por ello, ¿no me decía que si dos esposos pueden prometerse fide-



lidad eterna no pueden prometerse eterno amor, y que si llegaba yo á amar á algún otro, sólo tenía el deber de procurar el secreto? Eso es lo que haré; no confiaré á nadie este amor que será puro como el cielo, que me dará más fuerza para cumplir mis deberes, que ennoblecerá mi alma; poco tiempo me queda ya de ver á quien ha subyugado mi corazón, de oír la voz que me ha entonado una canción mágica. Pronto pasará este verano, se irá Sardes, y no volveremos jamás á vernos; pero el recuerdo del amor que he inspirado, el recuerdo de semejante amor, y de tal hombre, brotará para consolarme, para darme fuerzas con que soportar en lo sucesivo todos los dolores que puedan herirme.

Tranquilizada Sofía por esos razonamientos, dedicóse con nuevo celo á cumplir sus deberes, á poner en orden su casa y á velar por la educación de su hijo. Pero no triunfaba en sus esfuerzos, su cara no estaba despejada como en otros tiempos, y Antonio se aburría con ella. No podía explicarse ella misma cómo fracasaba en sus tentativas; parecía que el alma estaba ausente de su labor. Cuando daba una lección á su hijo, sentía una secreta impaciencia, que en vano trataba de reprimir; si le contaba historias distraíase, lo notaba luego el niño, y él mismo la interrumpía en sus relatos. Los momentos más agradables para ella eran los en que se sentaba al piano y repetía las canciones que Sardes le había enseñado; entonces se olvidaba del mundo entero. Quedábase sola con frecuencia. Anita salía de continuo, ya para ir de paseo con su prima Lota, ya al teatro ó á alguna reunión; la acompañaba á menudo el señor de Ruth, pues no podía hacerlo Fernando al verse obligado por su nuevo empleo á largas excursiones por el campo. Transcurrieron los quince días que habían de estar ausentes ambos forasteros, y aun otros quince días más, careciéndose de noticias acerca de su viaje; por fin el Comandante recibió un día carta del Conde, anunciándole que Sardes había caído muy enfermo y por ello tenía que aplazar su regreso á Copenhague; en cada línea de la carta veíase la ansiedad que le



producía el estado de su hijo adoptivo. Al leer Sofía estos tristes detalles, sintió una emoción tal, que estuvo á punto de ponerse mala.

Por fortuna, en el mismo momento en que el Comandante le entregaba la carta del Conde fue llamado para que saliera fuera de la sala, y no pudo percatarse de la emoción de su mujer. Esta tuvo tiempo para adquirir un aspecto más tranquilo y disimular su dolor; pero persiguióla día y noche la idea del peligro á que estaba expuesto Sardes, la imagen de este amigo enfermo y quizá moribundo. También ella enfermó, y su marido, que no adivinaba la causa, le prodigó más cariños y atenciones que nunca. Sofía recibió esos testimonios de ternura con una gratitud tanto más viva cuanto menos digna de esas pruebas de afecto se sentía, y dijo para sus adentros: «Lindal es un buen amigo; he hecho muy mal en pretender obligarle á ser un enamorado.»

Aquellos días tan penosos para Sofía no eran mucho mejores para Anita, incapaz de soportar una contrariedad, ignorante del modo cómo emplear el tiempo é inepta para encontrar sosiegos y satisfacciones duraderas. En cuanto se quedaba un par de días en casa, era presa de tétrica melancolía. Una vez que estaba en una de esas malas fases, dijo á Sofía:

—Sé que me criticas porque ando de acá para allá con tanta frecuencia y me dejo acompañar por el señor de Ruht; también confieso que quizá habré hecho últimamente más de alguna simpleza, pero era efecto de la desesperación. ¡Cuán desgraciada soy! ¡Qué perspectiva me aguarda! A pesar de mis deseos, Fernando abandona el ejército para retirarse como un oso á un bosque desierto, y quiere que yo también me sepulte allí. «Dentro de un año—me dice—podremos casarnos y vivir con economía.» ¡Bonito porvenir! Yo quisiera que oyese las reflexiones que me hace Lota, diciéndome: «¿Es propio de tí el desterrarte en un oscuro retiro, estando hecha para brillar en la buena sociedad? Sé razonable, abandona á Fernando y accede á los deseos del señor de Ruht. Es rico, tiene una gran



casa en Berlín, te ama, hará todo cuanto quieras en cuanto estéis casados, te llevará consigo á París. Advierte también que es joven y no más desagradable que mi marido, con quien vivo muy tranquila desde hace algunos años.» Esto es lo que Lota me repite de continuo.

—¿Y qué le contestas tú?—preguntó Sofía.

—¿Qué voy á contestarle? Que no amo al señor de Ruht.

—Pues si amas á Fernando, ¿por qué no has de ser feliz viviendo con él en el campo? Estoy segura de que pondrá todo su empeño en hacerte tu casa lo más agradable posible.

—Eso no basta, es preciso que haga lo imposible.

Al cabo de un instante de silencio, Anita tomó la palabra otra vez y dijo suspirando:

—¡Ah! Sofía, no es ese mi único cuidado; hay otro mucho más cruel para mí. ¡Ese pobre Sardes está enfermo, Dios mío!

Sofía la miró, ruborizándose, y Anita prosiguió:

—Hace mucho tiempo que todos notan su melancolía. Por desgracia para él y para mí, me ama; pero el miedo de ofender á su amigo Fernando no permite á su alma caballeresca expresarme su amor. ¿No lo has adivinado todo? ¿No se descubriría su secreto en todas sus palabras y canciones? Pocos días antes de marcharse, estando á solas con él, le dije: «Es fácil ver que está usted enamorado; sin duda se dejaría el corazón en España, en Francia ó sabe Dios en qué país.» «No—me respondió,—quisiera poder abandonar mi patria con tanta facilidad como las naciones de que usted me habla.» No pudiendo yo conseguir que se me declarase.....

—Pero, Anita—exclamó Sofía,—semejante conversación por parte de una señorita, es increíble.

—No me sermonees; yo soy más hábil que tú para dirigir un diálogo. Volviendo á Sardes, después de algunos rodeos, acabó por decirme: «No trate usted de hacer que descubra mi secreto; si lo conociese, perdería en la estimación de usted. Aquélla á quien amo no puede saber mis sentimientos, y ni aun me atrevo á desear que llegue á saberlos.» ¿Qué dices de

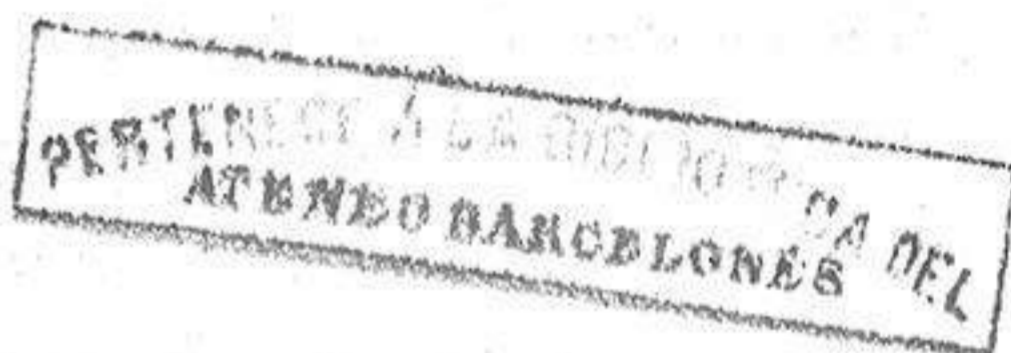


esto, Sofía? ¿No era bastante claro? ¡Dios mío, por haber luchado contra su pasión está enfermo, y yo desconsolada al pensar que he destruído para siempre el sosiego de un hombre así, porque sus sentimientos son profundos y su amor no es un juego.

Aunque Sofía tuvo otro convencimiento muy distinto que su hermana, sin embargo, desagradóle muchísimo esa confesión. Despertáronse en ella dudas y celos. Con frecuencia había temido que Sardes le expresase con claridad su amor; ahora deseaba con viveza conocer el fondo de su pensamiento.

Poco tiempo después, la familia del Comandante salió para Hauslunde; sólo Fernando tenía que pasar aún en Copenhague una pequeña temporada.

## II



Dos días antes de la Pascua de Pentecostés, una tarde deliciosa, acercábanse á Hauslunde dos jinetes: eran Fernando y Sardes. Cabalgaban despacio y parecían muy entretenidos en su conversación.

—Te doy las gracias por tu confianza, querido Carlos—dijo Fernando;—perdóname el haberte descubierto tu secreto con mis injustas sospechas. Inexplicable alivio siento al saber que no eres mi rival. Eranme tanto más penosos los celos, cuanto que mi mejor amigo los causaba.

—He querido tranquilizarte—dijo Sardes;—pero también noto consuelo al poder hablarte de mis sentimientos.

—Confianza por confianza. No puedo prometer buen éxito á tu amor. Sofía está por encima de todas las debilidades de su sexo.

—¡Dios mío!—exclamó Sardes.—¿Qué entiendes por buen éxito? Adoro á Sofía, y mejor quisiera morir que atacar en lo más mínimo á su dignidad, aunque pudiese. No sé lo que deseo; pero estoy seguro de sentirme feliz sólo con que pudiera



saber cuánto la amo y que guardaba de mí un recuerdo.....

Péro lo incomprensible para mí es que tu hermano no la ame

—Te equivocas—replicó Fernando.—Algunas veces le he vituperado por el modo de conducirse con ella; pero le está más fuertemente adherido de lo que él mismo piensa y sufriría de una manera cruel si la perdiese.

Hablando así ambos amigos, costeaban la caleta, á orillas de la cual se erguía la casa del Comandante. Pasaron frente á una casita, junto á la que había un embarcadero y unas redes de pesca.

—¿Ves?—dijo Fernando;—ahí vive un pescador viejo. Detrás de aquella verja está el pabellón del jardinero. Mira ese bosque rodeado casi por el mar: es uno de los sitios más bellos de Seelandia. Parémonos aquí á contemplar este paisaje; allí se alza, detrás de grandes árboles, el gótico castillo de mi hermano. Mira cómo han reverdecido en primavera esos árboles, cómo se han abierto las flores en el jardín.

—Sí. Es un pequeño paraíso, respondió Sardes. Pero, ¿de donde viene ese toque de campana que tan bien se armoniza con el canto de las aves?

—Es la campana de la iglesia, que suena así todas las tardes.

—¿Y qué monumento es ese que entreveo en el jardín?

—Es una especie de obelisco que mi hermano hizo erigir en memoria de su primera mujer. Es de mármol blanco, y su inscripción dice así: «¡A la memoria de María!»

—Paréceme que esa piedra blanca enmedio del obscuro verdor de los árboles, sólo puede producir una impresión desagradable, como un aparecido que se presentase en una regocijada fiesta.

—Tu imaginación crea seres fantásticos—respondió Fernando—en los cuales no piensa aquí ninguna persona. Tan acostumbrados estamos á ver ese monumento, que nadie pone atención en él, excepto Sofía, que algunas veces va á colgar alguna corona de flores, como para aplacar á los manes de aquella á quien sustituyó en el corazón de Lindal.



—¡Qué buena es Sofía! La reconozco en ese acto. Pero dime, tú que conociste á la primera mujer de tu hermano, ¿cómo era?

—Todo lo contrario de Sofía: buena moza, altiva é imperiosa; bastante guapa, pero de una belleza varonil; montaba muy bien á caballo, recorría los campos á galope, disputaba con los labriegos, zurraba á las mujeres y trataba con mucha crueldad á toda su servidumbre. Sin embargo, quería apasionadamente á mi hermano, y hasta creo que ella misma se lo declaró. Él era joven y quedó conmovido por ese afecto; ella le enriqueció, pero en cuanto fue mujer suya, le hizo sufrir horrores con sus celos y su carácter impetuoso. A consecuencia de aquella unión, le ha entrado un temor desmedido de dejarse dominar por ninguna mujer. Ese miedo hace que ni siquiera se atreva á manifestarse dulce y cariñoso. No tiene razón en eso, porque Sofía es de un carácter tierno, y le ama.

—¡Dios mío, le ama y él es insensible á su amor!—exclamó Sardes.—¡Qué horrible es eso!

En aquel momento fueron interrumpidos por un pescador, quien se ofreció á llevarles por mar.

—No—respondió Fernando—tenemos que seguir en línea recta nuestro camino.

Dirigiéndose luego á Sardes, dijo:

—Sin embargo, recuerdo que tengo que dar un rodeo para ver si han traído todas las cosas que remití ayer para la fiesta. Mi hermano desconoce aún todas las disposiciones que he tomado con ayuda de algunos amigos míos. Esta noche le hablaré de ello, para que de ningún modo crea que los preparativos por mí dispuestos son por el estilo de los de la señora de Maltz. Por supuesto, ya ha pensado él acerca de esa diversión, y cuantos hayan de tomar parte en ella encontrarán recursos para equiparse en Landsvy.

La barriada de Landsvy era un conjunto de casitas muy modestas, habitadas por obreros á quienes Lindal había hecho venir de diferentes lugares. Vivían en ellas un herrero,



un carpintero, albañiles y otros diversos artesanos á quienes el Comandante concedió casa gratis con jardín, y que tenían bastante trabajo para ir viviendo. También había escuelas para los niños del uno y del otro sexo, y una especie de asilo para los ancianos. Complaciase Fernando en enseñar á su amigo esa obra inteligente y liberal de Lindal; en cuanto á Sardes, no podía menos de admirar el espectáculo de aquella industriosa colonia. En el quicio de cada puerta, hombres vestidos con pulcritud descansaban á aquella hora de la tarde de sus faenas del día; las mujeres estaban sentadas á uno y otro lado, ya hilando, ya teniendo en brazos á sus hijos. Levantáronse todos y saludaron con respeto á los dos compañeros de viaje. Cerca de Kroen dijo Fernando á Sardes:

—Tengo que seguir un poco más lejos; aquel es el camino del castillo. Nadie sabe tu regreso ni te aguarda; te dejo que entres solo en casa de mi hermano, pero muy pronto me reuniré contigo.

Alejóse al decir estas palabras, y Sardes, palpitándole el corazón, abrió la puerta que para él era como la del Paraíso.

En Hauslunde todo el mundo estaba ocupado con los preparativos de la fiesta. Como ya hemos dicho, ocurriósele á Lindal la idea de organizar para entonces una especie de torneo que, en sentir suyo, había de complacer á las señoras y ocupar gratamente á los campesinos después de los trabajos propios de la estación. El Comandante deseaba que hubiese alegría y animación en sus dominios. Todos los domingos por la tarde se reunían junto al castillo, en una verde pradera, los colonos de su hacienda para jugar y bailar. Había cerca de allí una cocina donde mandaba preparar para ellos una comida rústica. Esta vez quiso celebrar el gran día de la Pascua de Pentecostés de un modo enteramente nuevo, y procuró que tomasen parte en el torneo todos los jóvenes propietarios de los alrededores y algunos amigos suyos de Copenhague. También instó á cierto número de campesinos que se distinguían por su habilidad en el tiro al blanco ó en otros ejercicios.



Hauslunde tenía verdadero aspecto de castillo; una de sus alas estaba reservada toda ella para los extranjeros, y Sofía se ocupaba en ordenarla desde algunos días atrás. Aquella tarde, después de haber estado todo el día ocupada en sus faenas, bajó al jardín y dirigióse á un banquito solitario, oculto entre arbolillos y cerezos, que á la sazón difundían por el aire el aroma de sus odoríferas flores. En torno de ella cantaban los ruiseñores.

Sentóse en aquel poético retiro, contemplando la hermosura del lugar y aspirando el aire embalsamado de la tarde.

—¡Qué delicioso asilo! ¡Cuántas veces he venido aquí y me he gozado en pasar largos ratos de recogimiento! En otro tiempo, cuando venía yo aquí, sentíame libre como un pájaro escapado de la jaula. Cuando Lindal ó Anita me habían dado algún disgusto, cuando pasaba yo algunas veces la noche llorando, sentía nuevo bienestar viniendo aquí. Mi Antonio jugaba en rededor mío, y al sentarme en este sitio, muchas veces olvidé todas mis penas. Parecíame que los genios buenos revoloteaban en torno mío y se complacían en devolver la alegría á mi corazón. ¿Por qué no sucede así ya? ¿Qué mal he hecho? ¿A quién perjudican los sentimientos que tengo en mi alma? ¡Era yo tan feliz este invierno con el amor que Sardes me demostraba!... Estaba orgullosa, y ahora me siento humillada, atormentada no sé por qué... ¿Su amor he dicho? ¡Ay! ¿Es seguro que á mí sea á quien ame? ¿No será más bien á Anita? Esta cree en ese amor como yo misma lo creí. ¡Hace tanto tiempo que no hemos tenido noticias de él!..... ¿Quién sabe (es horrible esta idea), quién sabe si aún vive ó si languidece en la soledad y el sufrimiento? ¡Y aquí se prepara una fiesta! ¡Ah, Dios mío; sálvale, por compasión! Me ha dado este talismán, que, según él dijo, había de proteger á esta casa. ¿Por qué no lo guardó para protegerse él mismo? ¡Queridito querubín—añadió, llevándose á los labios la reliquia,—si es cierto que los ángeles cuidan de los afligidos, ruega por Sardes y por mí!



Dijérase que un ángel invisible había escuchado los votos de la joven, pues en el momento de acabar de pronunciarlos estaba Sardes á sus pies. Iba él á paso lento por las calles del jardín, cuando al dirigir á una y otra parte la mirada vió á través del follaje un vestido blanco; aproximóse con precauciones, y bien pronto reconoció á su amada. Oculto por los árboles pudo contemplarla sin que le descubriese. Vió que lloraba, que tenía en la mano y se llevaba á los labios la reliquia dada por él; no pudo dominarse por más tiempo, y se arrojó ante ella, besándola los pies y los pliegues de la falda. Declaróle su amor llorando, le cogió la mano y exclamó que el fraile no le había engañado al hablarle de la virtud de ese talismán, puesto que acababa de abrirle la puerta del cielo. Sofía estaba tan sorprendida, tan confusa, que no pudo responder ni una palabra. Serenóse por fin, y rogó á Sardes que se levantara. Este tomó asiento en el banco, tan estrecho, que no podía permanecer junto á ella sin tocarla.

—Querido Sardes,—dijo así que hubo recobrado la tranquilidad.—Bien sabe Dios cuánto me alegro de volver á verle; pero debo confesar mi parecer de que da usted excesiva importancia á la emoción en que me sorprendió.

Sardes la miró con tal aire de tristeza, que á Sofía le produjo una verdadera conmoción. Y añadió con los ojos bajos:

—Siempre he tenido cariño al culto de los ángeles. En las horas de aflicción se experimenta una necesidad instintiva de dirigirse á seres invisibles y poderosos, capaces de acordarse de nosotros. Acordábame de lo que usted me dijo al darme este talismán: invocaba á un ángel bueno.

—¿Conque estaba usted afligida? ¿No tiene usted confianza en mí para decirme cuál era la causa de su tristeza?

En aquel momento corrían las lágrimas por su rostro varonil. Sofía no pudo verlas sin emocionarse; le cogió las manos y le dijo:

—Pensaba en que estaba usted gravemente enfermo, languideciendo, tal vez moribundo; y me afligía el advertir que



aquí se preparaba una fiesta, mientras un amigo tan querido...

No acabó la frase. Sardes la estrechó entre sus brazos exclamando con una explosión de júbilo:

—¿Es posible Sofía? ¿Ha llorado usted á un amigo ausente, y se apartaba de esa fiesta su pensamiento para dirigirse á él? ¡Oh, cuántas gracias doy á Dios que me ha hecho vivir suficiente tiempo para escuchar estas palabras! Cuando estaba enfermo, de buena gana hubiera muerto sólo por obtener de Sofía un recuerdo, una lágrima.

—¡Ay de mí! — dijo Sofía — ¿Puede usted dudar que no haya estado inquieta por usted, que no haya echado de menos á un amigo á quien debo unas horas tan dulces? Pero, se lo ruego: dígame que será para mí un amigo, un hermano, pero no un.....

—Comprendo, — respondió Sardes; — pero no tema nada; perdóneme haberla hecho una declaración que no quería hacer. No condene de ningún modo la dicha que siento al poder hablarle del sentimiento que llena mi alma entera. Sí, usted es el ideal que había yo soñado sin poder encontrarlo; usted reúne todo cuanto puede hechizarme; suyo es mi corazón en vida y muerte; no cometerá contra usted la menor infidelidad. Pero la venero como á un sér de naturaleza superior, y ni uno de mis deseos será ofensivo para su virtud. Aquí está mi sitio, aquí, á sus pies; aquí es donde estaré siempre con el pensamiento, cuando ya no esté á su lado.

Arrodillóse de nuevo al decir estas palabras, le cogió las manos y se las besó con ardor.

—Me llaman,—dijo Sofía levantándose.

Y en efecto, una voz acababa de pronunciar su nombre. Salieron ambos de su escondite y se encontraron con Anita, quien al ver á Sardes se dirigió á él con exclamaciones de alegría. Se cogió á uno de sus brazos, mientras Sofía iba cogida del otro; con las mejillas rojas y centelleantes los ojos, entraron así los tres en el salón, donde estaban Fernando y Lindal. Este último tuvo que hacer algún esfuerzo para dar la bien-



venida á su huésped; pareció más satisfecho cuando supo que el Conde Adalberto debía llegar al día siguiente.

Sintióse revivir Sofía, y la fiesta próxima se le representaba como un día solemne; continuó sus preparativos con gozoso ardimiento. Al otro día el castillo estaba lleno de forasteros, entre los cuales figuraban Adalberto y el Sr. de Ruth.

Las jóvenes se encaminaron de Laudsby y encargaron trabajo á varios artesanos.

Por la tarde las mujeres estaban ocupadas en la habitación de Sofía, y les hicieron una visita Fernando y Sardes; ocupábanse ellas en arreglar los premios que habían de otorgarse á los vencedores en el torneo. Eran de dos especies: unos para los caballeros, otros para los campesinos. Por ejemplo: si un caballero ganaba el primer premio recibiría un par de pistolas; si lo ganaba un campesino daríanle un vaso de plata; premios inferiores eran diversos objetos de un valor meramente ideal. Sofía enseñó un lazo de cintas que había llevado en un baile y dijo:

—Si un aldeano gana este adorno se lo regalará á su novia, quien ha de alegrarse de llevarlo puesto.

—No,—exclamó Sardes,—nadie me arrebatará este tesoro.

Se ha notado con frecuencia que el día de una fiesta que ha preocupado mucho no es tan grato como su víspera. La del día de Pentecostés, cuando la familia de Lindal se sentó á la mesa con sus convidados, cada uno experimentaba un bienestar indecible. Era una hermosa noche de verano, estaban abiertas todas las ventanas, refulgía la luna en el cielo é iluminaba el salón. Fuera, en el prado, habíase servido la cena para una buena banda de músicos ambulantes que iban á quedarse en Hauslunde durante las fiestas. Para manifestar agradecimiento al Comandante por su hospitalidad, entonaron cánticos que daban nuevo hechizo á aquella velada. Lindal era muy hábil para hacer los honores de su casa, y regocijábbase en aquel momento por el placer que manifestaba su amigo Adalberto.



Se habló de los sucesos probables del día siguiente, de la gloria que iban á conquistar los caballeros; y algunos de los justadores trataban ya de interesar el corazón de las hermosas damas por quienes debían romper una lanza. Preguntóse á las señoras cuáles eran sus colores. El señor de Ruth hizo esa pregunta á Anita. Fernando le interrumpió diciendo á gritos:

—Sólo yo puedo llevar los colores de mi novia.

—Mi color es el de la rosa—dijo Anita—y á nadie prohibo que lo tome.

—En ese caso—replicó el señor de Ruth—cuidaré de proveerme de una cinta de color de rosa.

—Y yo tambien,—exclamaron otros dos caballeros.

El rostro de Fernando se puso como la escarlata; mordióse los labios y guardó silencio. Sardes, que estaba sentado junto á Sofía, dijo á ésta:

—Creo conocer el color favorito de usted: es el del cielo.

En aquella reunión estaba un joven oficial que durante algunos años había parecido ocuparse mucho de Sofía. Acercóse á ella y dijo con tono modesto:

—¿Me es lícito preguntar á la señora de la casa cuál es el color predilecto suyo?

—De veras no sé si prefiero alguno de ellos—respondió Sofía;—sólo puedo decir que me gustan todos los matices alegres de la luz.

—El blanco es la luz misma—replicó el oficial—y me parece que ese es el que usted prefiere. En este momento lleva usted vestido blanco y cintas blancas, con un ramito de violetas: lo recordaré.

Al oír Sardes estas palabras sintió tales celos, que hubiera querido que en el combate del día siguiente se empleasen espadas desnudas. Lindal, que había oído esas mismas palabras, regocijóse de ellas al pensar que podían afligir á Sardes.

J. L. HEIBERG.

(Se concluirá).



# APUNTES PARA UN ESTUDIO

## SOBRE LAS CATEDRALES ESPAÑOLAS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNDO BARCELONA

(CONCLUSIÓN)

Sepultada bajo inmensa balumba de absurdos agregados, con habitaciones sobre sus naves, lisos muros cubriendo sus capillas absidales, espantables linternas sobre el crucero y sinnúmero de construcciones híbridas, desaparece al exterior la Catedral de Toledo. No es posible imaginar más desdichado conjunto, en el cual apenas si puede adivinarse la primitiva forma, ora por aislada ojiva, ya por olvidado trozo de imposta ó aislado pináculo que, como vago recuerdo, aparece tímidamente entre las fábricas modernas. Las portadas, los restos más importantes de los siglos XIV y XV, han sido adicionados bárbaramente. ¡Qué archivoltas del greco-romano más degenerado para coronar riquísimos arcos abocinados! ¡Qué medallones barrocos sobre calados doseletes! ¡Qué pesadas estatuas alternando con las ideales creaciones de Alvar Martínez y Anequin Egas! ¡Y para remate de tanto desacierto, aquellos absurdos é inútiles arcos en espolón con que el arquitecto Durango coronó el hastial Oeste para cobijar el simulacro de la Sagrada Cena, encaramado allá en lo alto del frontón, á manera de escena de teatro en elevado y rústico escenario! Cuando desde las alturas del alcázar de Alfonso VI



contéplase aquel conjunto de piedras, tejas y pizarras, divíbase la linterna de la capilla que guarda los restos de D. Alvaro de Luna, con sus cubos y contrafuertes de belicoso aspecto, única construcción que se destaca de aquel caos, irguiéndose cual enérgica protesta contra la invasión de tan extraños elementos.

Curioso por demás sería un detenido estudio comparativo de las tres catedrales que sintetizan el apogeo del arte ojival en España. Nos falta competencia para esta empresa, y basta á nuestro propósito apuntar los principales rasgos de analogía ó disparidad que ofrecen.

La Catedral leonesa supérale en el atrevimiento de su construcción, si bien es de más reducidas dimensiones.

La superficie total es de 3.400 metros (1). La nave mayor tiene 30 metros de elevación hasta la clave, y 78 metros de arco entre cada tramo de bóveda. Los pilares que la sustentan ofrecen en su base una superficie de 1,70 metros, que se reduce á 0,80 metros en el arranque de las ventanas altas. No es posible pedir mayor atrevimiento constructivo.

La de Burgos, que indica mayor timidez en sus proporciones, tiene 3.800 metros de superficie, con tramos de bóveda de 60 m. s. y 26 m. l. de altura, sostenidos por pilares de 3,40 metros de área en su base.

La reducida elevación de sus naves bajas y el terminar éstas en la del crucero, quitan elegancia á su interior, defecto que se nota más en el ábside, falta á un tiempo de la gracia que distingue á la de León, y de la incomparable girola toledana.

La planta de ésta, de sin igual grandeza, representa el apogeo del arte ojival en España.

Su amplia superficie, que alcanza 6.000 metros; la elevación de su nave, de 30 m. l.; sus tramos de bóveda, de 119 metros

---

(1) Las dimensiones que se citan no son más que aproximadas, basando éstas para nuestro objeto.



de área, sostenida por pilas de 13 metros de superficie en su base; su magnífica girola y su espléndido crucero, le dan esa sublimidad no igualada por ninguna otra en nuestro suelo.

Presenta la de León el puro y sencillo triforio, con sus dos calados paramentos, sostén de los enormes ventanales que dan al templo una diafanidad que falta á la de Burgos, de triforio menos razonado, aunque artísticamente concebido, y de sencillos ventanales, exentos de esbeltez; y muéstrase la nave de Toledo desprovista de triforio, primer paso en la transformación de este elemento constructivo del arte ojival, en cuya decadencia se redujo á aisladas tribunas ó simple ándito en el arranque de las bóvedas.

Es, en suma, la Catedral de León de incomparable serenidad arquitectónica, apenas turbada por aislado sepulcro ó modesta verja. Admírase en ella la pureza de la línea, la franca y lógica disposición de sus elementos, sin postizos ni agregados, y apenas distraída por sobria ornamentación, trazada con la mayor sencillez de líneas. La contemplación de este monumento produce en el ánimo verdadera tranquilidad, porque está de tal modo aparente la disposición de sus elementos, y éstos se acusan por todas partes con tanta ingenuidad, que el espíritu se apodera sin esfuerzo del misterio de su existencia. Contribuyen á tal efecto por modo muy importante, aunque secundario, la singular circunstancia de que este templo no ha sido desfigurado por aditamentos posteriores, que, aun siendo tan suntuosos como los que avaloran las catedrales de Burgos y Toledo, no por eso dejan de alterar su traza, destruyendo la armonía que ha de ostentar todo edificio para la completa impresión estética.

Menos feliz en este punto la Catedral de Burgos, ve casi cubierta su masa por espléndidas obras de arte, cuyos primores hacen menos deplorable la mutilación del cuerpo en virtud de la magnificencia del ropaje.

Olvídase en su interior la desaparición de las capillas absidales ante las bellezas que ostentan las del Condestable y San-



tiago; admírase el pétreo *artesonado* que corona el crucero (pues como tal debe considerarse su estrellada bóveda); piérdese al exterior la vista de sus esbeltos arbotantes, ocultos por las capillas laterales y humillados ante las incomparables siluetas de las flechas de fachada, de la linterna del crucero y de las agujas del Condestable; y al interior distráese el ánimo ante aquella serie de sepulcros y retablos, nota característica de este templo, cuyo exterior no tiene igual en nuestro país.

Majestuosa impresión de grandiosidad produce el interior de la Catedral de Toledo. La amplitud de su área, la elevación de sus naves y la esplendidez de su girola, causan sin igual efecto. Por modo diferente que la de Burgos, aquí se admira en toda su pureza la primitiva fábrica, pues la magnitud del monumento ahoga en su conjunto los suntuosos agregados. La desaparición de algunas de las primitivas capillas absidales no se nota tampoco en igual medida, pues reducidísimas en esta iglesia, eran casi meros accesorios. En la de Burgos, las construcciones posteriores á la traza original roban la atención desde luego; aquí hay que buscarlas; allí perjudican el edificio; aquí apenas se perciben.

Si de lo constructivo pasamos á lo ornamental, veremos que en la legionense las *cardinas* y *crochets* de impostas y cornisas, archivoltas y pináculos, de marcado sabor francés, están ejecutados con trazos sencillísimos, casi geométricos. Pertenecen á una escuela naciente, pero que tiene perfecta idea del efecto decorativo á *distancia*. Observad si no aquellos *crochets* de las archivoltas de los hastiales, de los piñones de las armaduras y de los gabletes de las ventanas. De silueta casi esférica, cuya nervatura se acusa vigorosamente, produce un enérgico efecto de claro oscuro, así como las *cardinas* de sus cornisas, de anchas hojas y angulosa silueta, y las bichas de sus gárgolas, sobriamente concebidas y tratadas.

La ornamentación de la Catedral de Burgos ofrece tres diversos tipos. Sobria también y severa durante el siglo XIII, conviértese en opulenta manifestación en el siglo XIV. Acaso



no haya en España riqueza ornamental comparable á aquélla, que en los capiteles y archivoltas del claustro alto presenta la flora más varia en hojas de cardo, de yedra, vid y palma, flores de lis y de azucena, tratado todo con perfecto estudio del natural que no excluye la estilización propia de las buenas escuelas decorativas. Ya no son los geométricos tallos de León; el cincel busca el picado de las hojas, la nervatura de los tallos y el movimiento de las flores. Semejante escuela produjo un siglo después la sustuosísima ornamentación con que los Colonias y Siloes llenaron los sepulcros de Villegas y Fuente Pelayo, los retablos del Condestable y de Santa Ana. En ellos el artista extrema ya su observación, y para buscar mayor efecto de claro obscuro y de silueta, violenta el movimiento de las hojas y suple detalles minuciosos que el natural no da, pero todo ello tratado con grandiosidad, con inimitable maestría y con infinito gusto, no alcanzado jamás, en mi sentir, por ninguna de las escuelas españolas del siglo XV. Y allá en el XVI, cuando Vallejo levantó la linterna del crucero, la ornamentación, llena de gracia y soltura, había olvidado totalmente su objeto, cincelando en aquellas inmensas alturas nimios detalles de orfebrería, bellísimos en sí, pero completamente inútiles en tales sitios.

La ornamentación de la Catedral de Toledo, sencilla y hermosa en sus comienzos, peca, en mi opinión, de prolija y falta de grandiosidad en las obras del siglo XIV. Observad las portadas del hastial Oeste, y decidme si aquella flora y aquella imaginería están en proporción con la inmensa arcatura que decoran. Diríase que la escuela ojival, al fundirse en Toledo, ya mediado el siglo XIV, con el arte mudéjar que construía sinagogas y palacios, habíase dejado influir por el prurito de la nimiedad dominante en las decoraciones de aquel estilo.

Respecto á la estatuaria, preséntase algo arcáica en algunas obras decorativas de las catedrales de León y Burgos. Ofrece, sin embargo, aquélla un trozo de sin igual belleza: el timpano de la portada principal. La escena del juicio de las



almas está tratada con una finura y una sencillez de líneas, que, sin excluir el idealismo característico de la estatuaria de esta época, alcanza la perfección del Renacimiento florentino. La figura del ángel que pesa las almas es digna del cincel de un florentino.

Las obras que esculpieron en la *Caput Castellæ* los artistas de los siglos XIV y XV presentan un estudio casi perfecto de los paños, sin olvidar el idealismo de las cabezas y de las actitudes. En Toledo se manifiesta ruda en los lienzos exteriores del coro y de la portada Norte, con rasgos que recuerdan el arte románico; pero se afina y pule, y llega á la mayor perfección en aquella sin igual portada de los Leones, cuyas figuras, de marcado sabor alemán, parecen arrancadas de un dibujo de Alberto Dureró ó de un tríptico de los Wan-Eyk. Es, en suma, la estatuaria de esta puerta bastante á inmortalizar el nombre de Anequin Egas, y marca, en mi sentir, el límite de la escuela del siglo XV, si bien con un carácter exótico que le aleja de las de Burgos y San Juan de los Reyes.

Finalizaba el siglo XIV cuando Barcelona veía comenzar su Catedral, en la segunda manera del arte ojival, con sus dos torres en el crucero y su linterna levantada por excepción en el comienzo de la nave baja y no en el crucero como en las demás iglesias castellanas. Llama la atención en aquélla el esbeltísimo ábside, que puede contemplarse sin estorbos al interior, gracias á la tradicional costumbre seguida en Cataluña de excluir de sus templos los inmensos retablos mayores, reduciéndolos á sencillo y exento baldaquino, según se hacía en las buenas épocas del arte ojival.

Transcurrió el siglo XIV, en el que se edificaron en 1315 la Catedral de Gerona, de amplia y única nave; en 1350, la de Oviedo; en la misma época, la Seo, de Zaragoza, de originalísimo ábside mudéjar; la de Murcia, en 1388, y la de Pamplona, en 1397. Esta última es digna de especial mención por su singular ábside, de capillas triangulares, y presbiterio termi-



nado en ángulo agudo, trazado que no conozco en ninguna otra.

Al principiar la décimaquinta centuria, Sevilla, rica, poderosa y mal avenida con su antigua mezquita, sienta en 1402 los cimientos de su iglesia, *que había de ser tan grande, que los que la viesan, hubieran de tener por locos á sus autores*, según la frase conservada por la tradición. De cinco naves y capillas laterales, con linterna elevadísima, que, construída en 1506 por Alonso Rodríguez, vino á tierra cinco años después, presenta sus naves inconclusas.

Incompleta como ha llegado á nosotros, con su decadente estilo y su viciosa construcción, produce en el ánimo singular efecto de grandiosidad, bien distinto del experimentado en Toledo, pero no por eso menos sublime. Martín Gainza suplió en 1551 la falta del ábside; y aquel monumento, con sus naves ojivales, su alminar y su patio árabes, su capilla real plateresca y su sagrario y sacristías greco-romanos, presenta la amalgama más heterogénea y pintoresca que pueda imaginarse.

La Catedral de Sevilla es la última de las concebidas en la verdadera época ojival. Con ella concluyó aquel arte, lleno juntamente de simplicidad y magnificencia. Allí terminó también la vida del arquitecto anónimo que creaba, de la masonería que ejecutaba, del poder popular que juntaban sus energías para dejar enhiesto el manumento de su fe.

## V

Luchaba el moribundo estilo ojival con el pagano Renacimiento, cuando en 1513 fue trazada la nueva Catedral de Salamanca. No carecía de fuerza en España la naciente escuela; representábanla Juan de Badajoz, Alonso de Covarrubias, Berruguete y Borgoña. Pero no se derrota fácilmente un es-



tilo que en tres siglos de dominio sembró nuestro suelo de monumentos. Contendieron encarnizadamente los partidarios de ambas escuelas sobre la forma artística de la futura Catedral, y sometido el acuerdo á un verdadero Congreso de arquitectos, decidióse al fin que el nonnato templo se ejecutase en el estilo *viejo*, es decir, en el ojival, siguiendo la traza de Antón Egas y Alfonso Rodríguez, y encomendando los trabajos á Juan Gil de Ontañón. Obra nacida de criterio tan ecléctico, de influencias tan opuestas, había de carecer necesariamente de calor y de unidad. Y así resulta que el colosal monumento, de enormes dimensiones, que contrastan con la subdivisión de las molduras de sus pilares y arcos que le dan aspecto de debilidad, con prolija ornamentación en sus portadas, donde apunta el plateresco, ofrece un conjunto suntuoso, pero frío y sin vida; un cuerpo bello, pero débil, con un alma que no se percibe. Es, pues, una iglesia de decadencia, con desproporcionadas naves sin triforio y con el crucero cubierto por una cúpula que elevó Churriguera en 1705, y es acaso la menos extraviada de sus obras.

Más acertada en sus proporciones y más pura en sus detalles aparece la Catedral de Segovia, en la que el mismo Juan de Ontañón dió muestra de su gran pericia trazando en 1525 la planta del templo que había de sustituir á la iglesia en mala hora destruída por las revueltas de que fue teatro Segovia en 1521. ¡Lástima que no haya llegado á nosotros esta Catedral, que, como edificada en el siglo XII, sería, á no dudar, un hermoso ejemplo del más castizo estilo de transición! Consolémonos, sin embargo, ante la contemplación de la actual iglesia, de una pureza y simplicidad de líneas y proporciones que encantan. De tres naves con girolas y capillas absidales y crucero coronado por greco-romana cúpula construída en 1615; con sus esbeltos pilares en que no se nota la aparente debilidad que afea los de su hermana la de Salamanca; sobria de ornamentación y llena de luz, supera á aquélla en estilo y en impresión, ya que no en dimensiones. Emplazada en ciudad más pobre que la salman-



tina, libróse de los delirios arquitectónicos del siglo XVI, que hicieron de la torre de la Catedral de Salamanca y de las pechinas de su cúpula campo abierto á sus aberraciones; y aunque su campanario, su crucero y sus portadas no son del más puro estilo, debe á la suerte haber conservado un interior tranquilo y puro y un exterior claro y lógico.

El arte ojival, que moría en estas dos Catedrales, agitóse agonizante, destrozando en sus convulsiones la mezquita cordobesa de Abderramán, y dando como última muestra de su poder aquel templo elevado por Fernán Ruiz en 1523, y en el que apenas se perciben trazas y detalles del estilo en su más completa decadencia.

## VI

Dominaba ya el arte importado de Italia. El arquitecto Siloe, que había dejado en diversas comarcas de España muestras de su talento, trazó en 1529 la Catedral de Granada. Tan perfectamente satisfacen las necesidades materiales y morales del templo cristiano las disposiciones de la arquitectura ojival, que los hombres del Renacimiento no sabían, ó no querían, apartarse de ella. Imaginad una planta del siglo XIII con sus tres naves, su crucero, su girola y sus capillas absidales; elevad sobre ella pilares con las alargadas proporciones características del estilo ojival y con análoga agrupación de elementos; vestidlos con desproporcionadas columnas greco-romanas; en donde el rígido módulo ha desaparecido; coronadlos con clásicos entablamentos; tended sobre ellos estrelladas bóvedas y romanas cúpulas, y tendréis idea de esta Catedral. Análoga estructura presentan la de Málaga, comenzada en 1528, y la de Jaén, de 1552. Semejante amalgama no ha podido producir más que híbridos engendros, á los que el talento de los Siloes y Valdelviras apenas si acertó á dar un falso aspecto de grandiosidad. Y no podía ser de otro modo.



Aparte del divorcio absoluto existente entre las ideas que informaron el paganismo y el cristianismo; aparte de la diferencia de los tiempos y de los medios de construcción, existen entre el arte clásico y el ojival una disparidad en el principio fundamental de ambas arquitecturas, que las hace antitéticas. Como ha dicho el insigne Viollet-le-Duc (1), los órdenes clásicos se emplean siempre variando la dimensión, nunca la proporción. «Quitad — dice — la escala al dibujo de un monumento clásico, y os será imposible adivinar las dimensiones de sus elementos.» En el arte ojival, por el contrario, la escala *humana* se encuentra siempre independientemente de las dimensiones del edificio. En la mayor Catedral, lo mismo que en la más modesta iglesia de aldea, las dimensiones de los elementos son iguales, puesto que la figura humana, que es el *módulo* de este estilo, no varía. Unid, pues, dos artes cuyos principios están separados por tal abismo, y decid si es posible obtener un efecto armónico. Menos lógicos los Siloes y Valdelviras que Bramante y Miguel Angel, quisieron unir el espiritualismo ojival con las formas paganas, si bien avalorándolas con la sencillez de medios y la gracia de los detalles.

\*  
\* \*

Y aquí puede darse por terminada la historia de las españolas Catedrales. La formación de la unidad nacional parece que trajo aparejada la muerte de la unidad de la fe; y falta la nación de aquel espíritu que en las últimas centurias de la Edad Media impulsara á todos, reyes y prelados, nobles y plebeyos á una sola empresa, disgréganse las iniciativas y desaparece aquella entusiasta y anónima colaboración que dió forma durante largo período de tiempo á nuestras Catedrales, sustituyéndose por individual iniciativa, que edifica muchas y

---

(1) Ob. cit., *Architecture*.



casi siempre mezquinas iglesias para el servicio de comunidades y fundaciones piadosas; espíritu parcial que, coincidiendo en breve plazo con el apogeo de las riquezas de las Indias y con el perigeo del gusto artístico al principiar el siglo XVII, cierra la historia de nuestras iglesias episcopales, historia que tiene como epílogo la Catedral de Valladolid, enorme y helador fragmento que parece concebido por Herrera y atajado en su construcción por la Providencia para simbolizar el truncamiento del verdadero arte religioso en España, enterrado bajo tan dura y fría losa sepulcral. Pero aquella desgraciada época, falta de alientos para elevar templos dignos de una grandeza de la que tanto alardeaba, abundaba en ellos para mutilar los sagrados cuerpos que nos legaron las anteriores épocas; y Churriguera, Tomé, Donoso y tantos otros, verdaderos inquisidores del arte, se encargaron de destruir hermosas y racionales bóvedas de crucería para colocar absurdas cúpulas; tirar interesantes capillas, para elevar espantables engendros, y demoler retablos y sepulcros, para sustituirlos por retorcidas creaciones; y León, Burgos y Toledo (por no hablar más que de las tres joyas españolas) vieron construir fábricas que, como el hastial y el crucero legionense, la burgalesa capilla de Santa Tecla y el Transparente toledano, contristan el espíritu haciendo lamentar que falsas apreciaciones estéticas hayan podido influir en lo que no debiera ser jamás cuestión de moda.

No terminaron aquí las desdichas de nuestras Catedrales, pues el gusto del siglo XVII, que ensalzaba á Moratín denigrando á Lope y Calderón, tenía que armonizar tan peregrina teoría estética apreciando en más las frías y correctas columnatas greco-romanas de D. Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva, que las sentidas concepciones de los Mateos, Cebrianes y Enriques. Líbrenos Dios de negar el talento de aquellos eximios arquitectos, su exquisito gusto, su observación profunda de las proporciones y su concepción grandiosa. Glorias serán siempre del arte arquitectónico el nonnato tem-



plo de Covadonga, el Museo de Pinturas de Madrid y tantas otras obras notabilísimas: fundamento mayor para deplorar que la equivocada idea que su tiempo tenía del genio medioeval les hiciese despreciarlo, calificando de *bárbaro* precisamente el arte más sutil é ingenioso que ha existido, negándole todo valor y sustituyéndole en muchos casos por sus frías concepciones, muy hermosas en sí, pero fatales para ser aplicadas sin juicio estético. Ejemplo la infeliz portada de la Catedral de Burgos, que sustituyó á los abocinados arcos, y la interesante imaginería ojival; y los absurdos arcos en espolón, desdichado remate del hastial de la iglesia toledana, que al negar á los pintados vidrios las luces con que contaran los Vergaras para el lucimiento de sus transparentes imaginerías, han privado á todos la contemplación exterior de la magnífica rosa central. Y al ver arrumbados en un rincón del interior de la Catedral de Pamplona los hermosísimos capiteles que pertenecieron á su primitiva fachada, deploramos amargamente su demolición para ser sustituida por el actual pórtico greco-romano, á pesar de su hermosura; que si, como dice Víctor Hugo, por el dedo se conoce al gigante, por aquellos restos se deduce lo que sería el hastial del templo pamplonés.

¡Desdichado arte el de la Arquitectura donde caben monstruosidades semejantes, que no pasaran sin protesta en otro alguno! ¿Qué reflexiones no hubiesen sugerido al insigne Jovellanos, al justo enaltecedor de D. Ventura Rodríguez (1), la sustitución en antiguo y mutilado pergamino de alguna estrofa de Jorge Manrique ó el marqués de Villena por clásico fragmento de la Eneida? ¿Hubiesen alabado los Mengs, Tiépolos, Bayeus y Maellas el cambio en ideal tríptico de Fra Angélico de Fiésole, de alguna de sus seráficas figuras por pagana cantante de las que á la sazón descubría en los frescos de Pompe-

---

(1) Véase *Elogio de D. Ventura Rodríguez*, por D. Gaspar Melchor de Jovellanos.—Madrid, 1790.



ya nuestro gran Carlos III? Tamaños desafueros no hubiesen pasado sin protesta en el mismo siglo en que se enaltecían las más absurdas sustituciones en nuestros monumentos arquitectónicos. ¿No hemos de lamentar, por lo tanto, que lo que parecía inaceptable atrevimiento en un arte, mereciese entusiastas elogios en otro?

## VII

Aquí finalizaría el estudio que de nuestros templos episcopales he bosquejado, si no hubiese de reseñar los trabajos que corresponden á nuestro siglo XIX. Epoca de fiebre, de intensas luchas, de grandes decaimientos y de materiales aspiraciones, no podía pedírsele lo que no estaba en su mano dar. Pero hagámosle justicia: si sus energías no van dirigidas por los senderos del arte cristiano, no por eso ha olvidado la conservación de los monumentos que nos dejaron los anteriores siglos. Quizá le guía en esta empresa, más que la fe, la cultura general fomentadora de los estudios arqueológicos. Pero, sin profundizar en este punto, ensalcemos á los hombres que han vuelto la hermosa iglesia de León á la vida que estuvo á punto de perder, haciéndola revivir entre sus ruinas; que reparan la catástrofe de la de Sevilla; que han dotado de nueva fachada á la de Barcelona; que acuden á defender y restaurar la de Burgos, y que tienen constantemente puesta la vista en todas nuestras Catedrales, prontos á remediar los daños que los tiempos y los hombres puedan causar en ellas.

Y como epílogo á nuestra tarea, dirijamos la vista al legendario Cubo de la Almudena, donde, á costa de esfuerzos sin cuento, va surgiendo una nueva iglesia, inspirada en la contemplación de nuestras antiguas Catedrales, como si quisiese resumir la espléndida serie que, empezada en aquella pobre basílica que Tioda construyó en Oviedo, fue desarrollán-

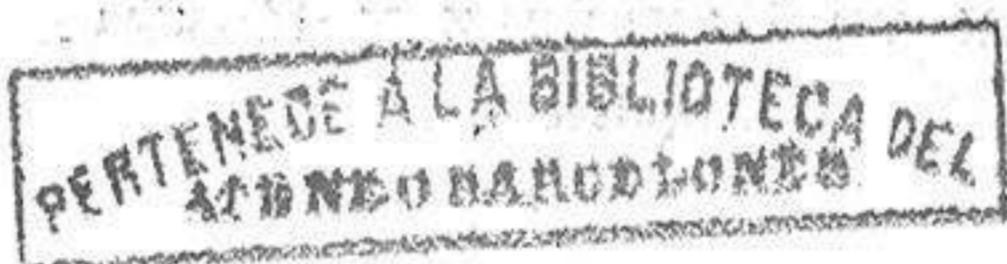


dose esplendorosa y magnífica, al par que nuestra gloriosa historia, para decaer con nuestra grandeza: nueva y elocuente prueba de que la Arquitectura, la madre de todas las artes, es el símbolo y compendio de las épocas y de los hombres. ¡Quiera la Providencia que la nueva Catedral de Madrid se eleve en breve plazo, rica y espléndida, para escuela de nuestras artes y fortaleza de nuestros decaídos ideales!

VICENTE LAMPÉREZ X ROMEA,  
Arquitecto.



# LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA



## III

### EL ROMANTICISMO

PRIMER PERÍODO.—LA POESÍA LÍRICA.—LAMARTINE.—DELA-  
VIGNE.—BÉRANGER.—ALFREDO DE VIGNI.—SAINTE BEUVE.—  
ALFREDO DE MUSET.

El que venía á renovar la poesía y á expresar el estado general de conciencia que siguió á la caída del Imperio, Alfonso de Lamartine (1), tenía un gran antecedente: era lo menos literato posible, en el sentido profesional de la palabra. Hízose literato años después, compelido por la inexorable necesidad; pero cuando apareció en escena, nadie como él pudo compararse en frescura á la violeta silvestre. Chateaubriand, al publicar su primer libro, poseía ya un pasado literario, relación y trato con gente del oficio, esbozos y manuscritos guardados en carpetas; no así Lamartine. Influencias del hogar y de la religión; una infancia tranquila y dulce pasada en el campo, en la solariega residencia de Milly; una madre amante y tierna, empapada en las teorías pedagógicas de Juan Jacobo; un

---

(1) Alfonso María de Lamartine, nació en Macon, en 1790; murió en París, en 1869.



colegio católico, el de Belley, formaron apaciblemente el alma de Lamartine. La Revolución no pudo hacerle pesimista como al conde de Maistre, porque Lamartine estaba en la cuna cuando regía el terror; en cambio, el Imperio, su seco positivismo y su brutalidad de acción, le lastimaron y repugnaron.

Contaba Lamartine treinta años ya; había servido en los Guardias de Corps, había viajado, amado á la supuesta Elvira, y no había impreso ni un renglón desigual. Un amigo suyo, publicista, acertó á ver sobre su mesa un manuscrito: eran las *Meditaciones*. Tan ajeno estaba á sospechar que Lamartine compusiese versos, que le preguntó si aquellos eran suyos: leyólos con sorpresa, con asombro, con éxtasis; amenazó con publicarlos, y Lamartine se alarmó sinceramente: trazadas aquellas estrofas para desahogar su corazón, para evocar un recuerdo querido, para derramar la plenitud del alma, no aspiraba á la celebridad, y hasta temía profanar sus sentimientos más puros si entregaba á la multitud lo que debe guardarse sellado en lo íntimo. Este recato, este miedo á rasgar el velo de la poesía, y al par los estremecimientos de vocación poética, nadie los contará mejor que Lamartine mismo; oigámosle: «Siempre recordaré»—dice en su lírico estilo—«las horas pasadas en la linde del bosque, á la sombra del silvestre manzano, ó corriendo por las colinas en alas del interior entusiasmo que me devoraba. La alondra cantora huía impulsada por el viento; así mis pensamientos arrebatában mi alma en un torbellino incesante. ¿Eran mis impresiones de tristeza ó de alegría? No lo sé. Participaban á la vez de todos los sentimientos; eran amor y religión, presentimientos de la vida futura, gozo y lágrimas, desesperación y esperanza invencible. Era la naturaleza que hablaba á un corazón virgen; pero, en suma, era poesía. Yo trataba de expresar esta poesía con versos; y estos versos no tenía nadie á quien leerlos; me los leía á mí propio, y encontraba con dolor y asombro que no se parecían á los demás que yo veía por ahí en los tomos flamantes recién publicados. Y pensaba: no van á hacer caso de los míos; parece-



rán raros, extraños, locos; por lo cual, apenas borrajados, los quemaba. He destruído así tomos enteros de esta primera y vaga poesía del corazón, é hice bien, pues si los publicase caerían en ridículo y concitarían el desprecio de los que alardeaban de literatos entonces.»

He citado estas palabras del poeta porque el estado de exaltación en que se pinta, el transporte que le causan las voces de la naturaleza es un fenómeno general de 1815 á 1820: reinaba entonces indefinible inquietud, y aspiraba á concretarse en forma poética y musical, como sólo podía expresarla Lamartine. A la generación sanguínea del Imperio sucedía la generación nerviosa, sentimental y neocristiana de la restauración, y el joven obscuro y desconocido que rasgaba ó quemaba sus versos según iba componiéndolos, iba á encarnar en estrofas deliciosas esas aspiraciones de su edad, iba á exhalar los sollozos divinos; se preparaba á sustituir las cuerdas de la lira mitológica con las fibras del corazón humano, pulsadas y conmovidas por los estremecimientos del alma y las voces de la naturaleza.

Por muy espontáneo que fuese Lamartine al amanecer en el horizonte de la poesía, tuvo antecesores y confesó maestros: no sólo le precedieron las tiernas elegías de Millevoye, en especial la titulada la *Caída de las hojas*, sino también, y muy principalmente, Bernardino de Saint Pierre, el Tasso, Osian, Goethe con su Werther, influyeron en la formación del genio lamartiniano. Sólo que en Lamartine estas influencias pierden el carácter de literarias: van á depositarse en el sentimiento, no en la memoria, y en vez de dictar imitaciones más ó menos felices, infunden un modo de ser que es ya genial y propio, cuando por primera vez se manifiesta. Si Lamartine atravesó ese período en que un poeta titubea siguiendo los pasos de otro poeta, jamás lo sabremos, porque al publicarse las *Meditaciones* ya no se proponía modelo, sino que producía obra perfecta en sí, donde se revela de una vez el gran poeta nuevo, superior al pasado, igual únicamente á sí mismo.



En este respecto, Lamartine se diferenciaba de cuantos le habían precedido, de los románticos de la época imperial. Ni Chateaubriand, que practicó el romanticismo sin entender su teoría; ni la Staël, que definió y teorizó el romanticismo sin practicarlo, consiguieron desechar el lastre del siglo XVIII que llevaban como se lleva al cuello una piedra pesada. El primer romántico puro y sin aleación de clasicismo, y el primer cristiano sin mezcla de paganismo ni de rebeldía, es Lamartine.

Los temas de la poesía de Lamartine se reducen á dos principales, y que acaban por fundirse: Dios y el amor. Una de las fuentes más secas y más cubiertas por arena infecunda y abrasada en el siglo XVIII, fue el amor humano. De él habían hecho asunto para estampitas galantes, tema para madrigales libertinos, en que la frivolidad de la forma no acertaba á velar el descarnado materialismo del fondo. Parecerá á primera vista que no cabe juzgar á una sociedad según su manera de entender, de describir y de expresar por medio del arte el sentimiento amoroso; y, sin embargo, hay pocos síntomas tan elocuentes y tan significativos para el observador: como se siente, así se vive. Aquella aridez de la época de Voltaire, sólo contrastada por las efusiones de Rousseau; aquella licencia del Directorio, aquel cortejar á paso de ataque del Imperio, son característicos. De manera bien distinta sentía ya la generación de Lamartine, la que entre 1820 y 1830 sufría las borrascas del corazón y el ansia de lo infinito; y el poeta que encerró en estrofas melodiosas la fórmula de su manera de sentir, aparece como un revelador, casi como un apóstol. En la poesía de Lamartine, el amor es una especie de efusión platónica que se eleva hasta la religiosidad y que por el camino de la exaltación sentimental viene á abismarse en Dios. Las almas de los enamorados, píntalas Lamartine ascendiendo juntas al través de los ilimitados espacios sobre las alas del amor, y convertidas en un rayo de luz, caen transportadas en el santuario de la divinidad, y se confunden



y mezclan para siempre en su seno. Es un reflejo del Paraíso de Dante, que ilumina el lirismo moderno, y aspira á remontarse hasta Platón y la escuela alejandrina, cuyas doctrinas bebía Lamartine en las lecciones de Víctor Cousin, ya que no en el texto mismo del filósofo de la armonía y la pureza.

Al lado de este culto del amor que le ganó los corazones de las mujeres y de la juventud—según él mismo solía decir—Lamartine envió al cielo el incienso de otro culto: el de la inspiración, el de la Musa. Los versos de Lamartine, aquellos que ocultaba y se resistía á entregar á la curiosidad del vulgo, eran como holocausto ofrecido á una deidad, como el himno que entonan los bramantes alzando las manos en figura de copa. Hay que leer la protesta de Lamartine cuando le acusaron de poner su musa al servicio de las pasiones políticas. «¡No,» exclamó: «no he cortado yo las alas del ángel para amarrarlo aullando al carro de las facciones! Lo que hice con la Musa fue conducirla á lo más secreto de la soledad, como hace con una cándida hermosura un celoso amante; defender sus lindos pies de los guijarros y del barro de la tierra, que herirían y mancharían su tierna desnudez; ceñir su frente de inmortales estrellas, perfumar mi corazón para albergarla, y no permitir que bajo sus alas se cobijasen sino el amor y la oración!»

Cuando el amigo que sorprendió el manuscrito de Lamartine consiguió llevárselo á la imprenta; cuando cayó su maná celeste sobre las almas que peregrinaban en el desierto; cuando las ondas del lago lamartiniano derramaron su frescura misteriosa, esencia de la poesía misma, estalló un clamor de entusiasmo. Muchos no habían encontrado esperanza ni consuelo en las demostraciones apologéticas del *Genio del Cristianismo*, ni en las flamígeras visiones y los vaticinios del conde De Maistre, pero sintieron penetrar hasta los huesos el dulce rocío de los versos de Lamartine, y lloraron, como lloró Alfredo de Musset en una negra noche de desesperación, al escuchar su acento divino. Lamartine había nacido para ser un foco que



atrajese los rayos dispersos de la simpatía; poeta elegiaco, nada tuvo de misántropo, ni su dolor y sus quejas se parecen en cosa alguna al amargo esplín de René, ni al tedio de Werter. Lamartine es un creyente, aunque por momentos desfallezca y dude; un alma embebida de resignación y paz; un optimista que se entrega en brazos de Dios; uno de los que no han renegado, ni blasfemado, ni escupido al cielo; de los consoladores, de los que llevan en las manos el bálsamo de nardo para ungir á la humanidad, aunque al verter la fragante esencia la mezclen y disuelvan con sus lágrimas. Sencillo, espontáneo, revestido de paciencia y conformidad, pero siempre noble. Muchos tienen á Lamartine por el poeta más verdadero del período romántico, en el cual representa el lirismo, el elemento íntimo de la poesía, el que revela el alma, y no un alma excepcional, ulcerada y misantrópica como la de un Byron ó la de un Alfredo de Vigny, sino un alma-espejo, donde todos ven reflejarse la suya propia, y cuyas efusiones, por lo mismo, tienen que ser en alto grado humanas y universales. Lamartine gozó de este privilegio, porque, según la feliz expresión de un crítico francés, al hacerse centro del mundo no olvidó que el centro supone la circunferencia. Desde Lamartine, la poesía, y en general la literatura, van paulatinamente desviándose del público, situándose aparte y fuera de él, hasta llegar á completo divorcio. Hubo otros poetas más populares que Lamartine en un momento dado, por ejemplo, Víctor Hugo; más predilectos de la juventud, y lo fue Alfredo de Musset; más familiares al vulgo, más activos, y lo fue Béranger; pero más dulcemente pegados al corazón que Lamartine, más en armonía con un sentimiento general perenne, que ni depende de la edad, ni de las vicisitudes políticas, ni de las escuelas literarias, sino de un fondo moral y religioso constante en nosotros sin que nos demos cuenta de su presencia, no los hubo entonces, y ¡quién sueña en que los haya ahora!

Lamartine era simpático, cualidad difícil de analizar, como



no sabemos analizar la sensación del calor, pero que á manera de calor se percibe y siente. Simpático, no al estilo del calvatrueno Alfredo de Musset, que escandalizaba á las gentes timoratas, ni al del burgués y campechanote Béranger, sino al modo que es simpático un caballero noble y apuesto, algo melancólico, á quien atribuimos sentimientos elevadísimos, en quien no podemos concebir acción grosera ni baja. El nombre de Alfonso Lamartine tiene el sonido del órgano en una Catedral al anochecer.

Tal vez el secreto del atractivo de Lamartine consista en que, efectivamente, fueron sus versos melodías de órgano, música religiosa, y su alma, á pesar de ciertos dejes panteísticos, un alma innegablemente cristiana.

Las virtudes que emanan de la poesía de Lamartine, especialmente de las *Meditaciones* y de las *Armonías*, son la resignación, la oración, la castidad, la paciencia, y un cristianismo exento de toda pasión política, sin tendencias reaccionarias. Es realmente angélica en sus primeras poesías y en mucha parte de *Jocelyn* la inspiración de Lamartine; le brotan en los hombros alas de immaculado candor.

No extrañemos que cuajase pronto la leyenda de Lamartine, y que la figura del gran idealista se idealizase, convirtiéndose en algo inmaterial y etéreo. Lemaître describe al Lamartine de la leyenda «pío, célico, lánguido, afeminado, de pie sobre un promontorio, entre nubes, el cabello flotante, el harpa de David apoyada contra el luengo levitón». Era el cisne, que no se comprende sino bogando en el lago azul, á la sombra de los pensativos sauces; á su nombre latían apresuradamente los corazones femeninos, y de los rincones de provincia, de ciudades arcaicas semejantes á las que describe Balzac en algunas de sus novelas, recibía Lamartine cartas henchidas de suspiros, con tímidas declaraciones y petitorios de rizos de pelo, ó cuadernos de poesías donde un alma solitaria exhalaba sus querellas imitando las estancias de las *Meditaciones*, y queriendo seguir al poeta al través del espacio.



El verdadero Lamartine en nada se parecía á ese sér espiritado y quimérico. Era el Lamartine real y efectivo un hombre sano y de arrogante presencia, alto, esbelto y musculoso; su temperamento equilibrado se debía á los años de infancia y juventud pasados en el campo y á una sangre rica y pura. La vida agreste, la caza, el ejercicio, semanas enteras en el monte, entre los pastores de ovejas, le robustecieron el cuerpo; el cariño de sus hermanos y su madre le saneó el corazón. No se crió pegado á las faldas, ni con la candidez seráfica que la leyenda le atribuía; vivió, antes de la celebridad, á estilo de señorito de provincia, de alegre estudiante que tiene aficiones literarias, que opta á premios de juegos florales, que corre aventurillas amorosas, que juega alguna vez, contrae deudas y escribe á su madre para que le saque de apuros. La leyenda, lo mismo que el arte, transforma cuanto toca. Así, Lamartine, para sus fervientes admiradores, las damas que le adivinaron poeta y prepararon con triunfos de salón otros universales, fue un caballero del Cisne. Nunca debemos pisotear una leyenda, sino acariciarla y llevarla en el seno, á estilo de gusano de seda que ha de hilar la materia primera de una tela riquísima. En una de sus poesías, Lamartine, de quien se ha dicho satíricamente que poseía el don de la inexactitud, y que bordaba sus recuerdos hasta desfigurarlos, habló de cierta yedra tupida que tapizaba las paredes de su casa de Milly. Jamás había existido tal yedra; pero la madre del poeta, con piadosa mano, apresuróse á plantarla, y hoy se enseña al viajero. La madre del poeta, al plantar la yedra, colaboró para el ideal.

Del hidalgo campesino y del cazador que duerme en la majada y se levanta con estrellas, aparecen rastros á cada instante en los versos de Lamartine. Familiarizado con la naturaleza, la sintió y describió con efusión piadosa, y el fondo campestre de *Jocelyn* es su mayor encanto. Las estrofas de Lamartine, si á veces huelen á incienso, otras veces trascienden á heno recién segado. No es Lamartine, sin embargo, un pai-



sajista de profesión; el paisaje le sirve de fondo, nunca de asunto; y si en otros poetas la tierra pesa y las montañas abruma, en Lamartine todo es vaporoso y fluído; con razón se ha dicho de sus descripciones que tienen por objeto hacer leve, y como á flor de sentidos, la sensación.

Rebosa Lamartine espontaneidad y facilidad, que á veces rayan en negligencia. Improvisador genial, no trabaja sus versos á cincel y martillo como Víctor Hugo: los canta. La blandura y la ondulación, la penumbra y el misterio de la cadencia de las cláusulas, delicadamente engarzadas en diamantina y sutil cadena, son las dotes de Lamartine, poeta sugestivo ante todo; por ellas se explica el actual renacimiento lamartiniano, el culto que los decadentistas rinden al cantor de Elvira. En sus versos saborean la dulzura del período lento y flexible que puede compararse al *largo assai* en la melodía; de él podrían aprender la voluptuosa languidez y la incidencia suave; en él encuentran la exquisita *morbidezza*, la estrofa indecisa de contornos, vista á la claridad de la luna y como al través de un velo de encaje: el anhelo del decadentismo, para eterna desesperación de sus adeptos realizado por un poeta natural, sencillo y sincero, de quien se ha dicho que por momentos hasta parece un poeta primitivo, poseedor de la abundancia caudalosa y la inocencia juvenil que caracteriza á las edades pastoriles y agrícolas del mundo.—Este sabor primitivo de Lamartine se ha demostrado comparando trozos de sus poesías á otros sacados de los antiquísimos poemas indios, del Mahabarata, el Ramayana y el libro sagrado de los Vedas.

En todo autor fecundo hay una ó dos obras que se destacan de entre las demás, ó por expresar mejor su ser artístico, ó por ejercer mayor acción literaria. De Chateabriand, escogeríamos, por influyente, el *Genio del Cristianismo* y *René*, por lo bien que descubre el alma del poeta. Las dos obras significativas de Lamartine son las *Meditaciones* y *Jocelyn*. En las *Armonías* se aísla del mundo, es abstracto y metafísico; en las *Meditaciones*, tierno y claro. *Jocelyn*, anunciado como epi-



sodio de un poema interminable, del cual era otro fragmento suelto *La caída de un ángel*, causó transportes parecidos á los que acogieron las *Meditaciones*: el sacrificio del cristiano, el platonismo del enamorado, la caridad heroica del sacerdote, despertaron ese entusiasmo ardoroso y refrigerante á la vez que causa la obra de arte cuando se armoniza con lo más elevado y noble de nuestro ser moral, y nos hace estrechar en un solo abrazo la bondad y la belleza, hermanas no siempre unidas. Abarcarlas juntas, es el sueño que hizo soñar Lamartine, y el alma humana se lo agradeció.

No cabe aquí un estudio completo de las obras de Lamartine; son tantas, que hasta la lista parecería enfadosa. Si desde el año 48 puede decirse que su misión poética terminó, hasta el día de su muerte, hasta los setenta y nueve años de edad, siguió produciendo, apremiado por las deudas. Poseía el peligroso don de la facilidad y la fluidez de estilo; brotábale la elocuencia, á manera de manantial que no se agota. Las obras de Lamartine que han dejado memoria, son, sin duda, en verso, las *Meditaciones*, las *Armonías* y *Jocelyn*; en prosa, la *Historia de los Girondinos*, las *Confidencias* autobiográficas, con los encantadores episodios de *Graziella* y *Rafael*, y algunas páginas insuperables que se encuentran en las *Biografías*, entre ellas la semblanza de Fenelón, de tanta felicidad expresiva como un buen retrato. Lo demás es trabajo encargado por editores, cobrado con una mano y entregado con otra á los acreedores impacientes: no hay para qué hablar de él, como no sea para lamentar que á tal extremidad se viese reducido el Cisne.

Lamartine no sabía calcular; era fastuoso y liberal como un magnate, y aunque en algunos de sus biógrafos se lee que casó con mujer rica, lo cierto es que ni aun tuvo esa previsión: tomó esposa,—son sus propias palabras, y no hay motivo para dudar de ellas—«para ordenar severamente su inútil existencia; para vivir según las leyes establecidas, divinas y humanas; porque los días corren, los años se van, acábase la vida,



y necesitamos para ella un objeto, y objeto elevado, á fin de agradar á Dios, fuera del cual todo es nada. Así encontraremos la paz del alma y la verdad interior». Excelente era el propósito, pero al ordenar el corazón y las pasiones, no supo Lamartine ordenar la bolsa: tuvo la imprevisión de la cigarra, que canta y no entroja para el invierno. A Lamartine, por otra parte, no le estaría bien el papel de hormiga. Su viaje á Oriente lo realizó con la magnificencia de un soberano: aspiraba á la aureola que los países lejanos dan á los peregrinos de la poesía, y que si no era la ganada en Grecia por Byron, podía competir con la que de América trajo Chateaubriand. Después, la caída de los Borbones y el advenimiento de la rama de Orleans le empujaron á la política; su campaña tribunicia fue brillante y no tan vacía de ideas como algunos aseguran: su conducta honrosa y hasta heroica; su papel, decisivo en la Revolución de 1848. Esta página de la vida de Lamartine merece ser estudiada. Existe hoy una escuela fundada y capitaneada por el profesor italiano César Lombroso, que sostiene y pretende probar con datos estadísticos, por cierto muy incoherentes y nada exactos, que el genio es una psicopatía, y los individuos superiores ó progenerados, á manera de dementes, que doran su enfermedad con la luz de la gloria. Los escritores y poetas que por ahora hemos conocido, en estas páginas, dan un mentís á la teoría de Lombroso. No me atrevo á afirmar que en Rousseau y en Chateaubriand no hubiese algo anormal y psicopático: pero en la *Staël*, en Lamartine (y de seguro en Víctor Hugo, Jorge Sand y Alejandro Dumas) comprobamos y seguiremos comprobando una salud mental á prueba del trabajo más asiduo, y una óptima complexión que da por fruto longevidad envidiable y senectud fecunda. De estos individuos normales en todo, excepto en el genio, el más normal, el más firme de sentimiento y de espíritu es acaso Lamartine. Su vanidad inofensiva, su indulgencia y su desprendimiento, no son anomalías, sino accidentes de un carácter abierto y generoso, que infun-



día respeto y cariño visto de cerca. La medida de ese carácter la dió en pocas horas; pero horas decisivas y críticas. «No conozco nada más bello ni más heroico—escribe Lemaître, en su completo estudio dedicado á Lamartine—no conozco nada más digno de ser vivido que los cuatro meses de poder de Lamartine, después de que, con la *Historia de los Girondinos*, derrocó un trono. Cosa inverosímil, que ya sólo concebimos en las antiguas Repúblicas: Lamartine reinó efectivamente por medio de la palabra. El día en que, acorralado contra una puertecilla del Hotel de Ville, de pie sobre una silla de paja, viendo cómo le apuntaban los cañones de los fusiles, picándole las manos la punta de los sables, accionando con un solo brazo mientras con el otro estrechaba á un hombre de la plebe, un andrajoso que se deshacía en lágrimas; el día en que, oponiéndose al populacho, ciego é irresistible como el mar, lo contuvo con frases y arrancó la bandera roja de manos del motín, el mito de Orfeo fue realidad, y Lamartine tan grande cuanto cabe que lo sea el hombre» (1).

Pasó aquel momento; retiróse á la vida privada Lamartine, y, uncido el Cisne á un carro de labor, empezó á ganarse la vida como humilde jornalero de las letras. Escribió en la cama, para evitar el frío; escribió al dictado, al lápiz, al vuelo, sin tregua ni reposo: novela, historia, biografía, autobiografía, confesiones, crítica, drama, libros de vulgarización, y hasta no sé si textos para las escuelas de niños. Hay una página de las *Nuevas Confidencias*, que no puede leerse sin pena: en ella refiere Lamartine cómo, después de haber vendido las primeras *Confidencias* para descargar de hipotecas la amada posesión de Milly, el asilo de su infancia, el sepulcro de sus padres, sus *Charmettes*; después de entregar á la voracidad

---

(1) Cuando escribí este párrafo vivía aún, y asistía á oirme en el Ateneo, el español más semejante á Lamartine en muchos respectos: el insigne Emilio Castelar. Lo que entonces no podía decirse por no herir modestias, debe hacerse observar hoy: este párrafo parece escrito para él.



del público migajas de su corazón; después de ser acusado de impudor, de inconveniencia y de mal gusto, nada menos que por Sainte Beuve, el sacrificio había sido estéril, el precio no alcanzó á salvar la finca, y Milly se vendió... «Alégrense mis detractores» exclama Lamartine, con amargura en él extraña..... Sólo dos años antes de su muerte, en 1867, se determinó Francia á ofrecer, á título de recompensa nacional, una renta anual de cinco mil duros al hombre que había evitado el derramamiento de sangre y las trágicas escenas de la revolución desencadenada en París; al que salió del Poder con las manos limpias y alta la frente, y al que en ella ostentaba una corona de laurel inmarcesible. Fue el óbolo de Belisario; y así y todo, honra á la nación que lo votó, no porque suponga gran liberalidad—todos sabemos cómo suele repartirse el presupuesto—sino porque supone reconocimiento de jerarquía—lo más raro en estos tiempos de igualdad vanidosa y desigualdad infundada.

El Renacimiento cristiano tuvo de su parte, como hemos visto, á Chateaubriand y Lamartine, y no olvidemos que también á Víctor Hugo en sus primeros años. Sin embargo, no cabía unanimidad en una generación mal purgada de las doctrinas del siglo XVIII. La contrarrevolución fue poderosa, sobre todo en los años del Imperio y en los primeros de la Restauración monárquica; pero ya vuelve á levantar cabeza, sin programa, el jacobinismo.

Sin salir de los dominios de la poesía lírica, vamos á encontrar estas tendencias, representadas por Casimiro Delavigne y por Béranger.

Casimiro Delavigne se hizo popular dos años antes que Lamartine, con las *Mesenianas*, elegías patrióticas, donde, como refieren los *Viajes del joven Anacarsis*, que lamentaba los mesenios su decadencia y opresión, el poeta lloraba la afrenta de la patria, sometida al yugo extranjero; la rota de Waterlloo; la destrucción del veterano ejército, vencedor en cien campañas,—y evocaba la mística figura de Juana de Arco,



la Valkiria de las Galias, para echar otra vez de Francia á los invasores. Delavigne fue un poeta mediocre, y no le nombraría yo aquí si no hubiese acertado á iniciar, con Béranger, la apotheosis de la gloria militar y la rehabilitación poética del Imperio, que es una tendencia hoy muy difundida y activa en Francia.

Mientras el Imperio existió, y Napoleón pesó sobre los destinos de Francia y de Europa, hízose aborrecible á los poetas y á los artistas, hasta á los mismos que pensionaba; apenas cayó precipitado de su columna, y probó, como decía Manzoni, el triste destierro, la epopeya napoleónica se impuso á la imaginación y se hizo una sola carne con la patria. Las *Mesenianas* tuvieron la suerte de interpretar el sentimiento nacional, menos difuso, más enérgico y acérrimo que otros sentimientos puramente humanos. Acordóse Delavigne, como se acordó entre nosotros Quintana, del ejemplo de Píndaro; comprendió que las circunstancias, cuando son extraordinarias y de dignidad suma, pueden inspirar á los poetas sin desdoro, y fue el vate de circunstancias, que sigue el filo de la opinión, que da forma y voz á la cólera y á la esperanza de un pueblo. Arrastrado por la ola patriótica, contribuyó á encresparla. De ahí dimanó su popularidad; de ahí también su caducidad; por eso, veinte años después de su muerte, sus obras dormían ya bajo una capa de polvo, y no se pensaba en reimprimir aquellas *Mesenianas* tan celebradas un tiempo. Aunque se dijo de Delavigne, con notable exactitud, que representó en arte, en política y hasta en su vida llana y vulgar el justo medio, que ni fue clásico ni romántico, ni bueno ni malo, las tendencias de su musa, rebosando de los límites del liberalismo vago y benévolo, llegaron al jacobinismo sañudo. La campaña contra los *hombres negros*, como llamaba Béranger á los jesuitas, la sostuvo en la poesía seria Delavigne; á su voz, salió de la tumba el amarillento espectro de Voltaire.

Pedro Juan Béranger (1) es otro enemigo, más encarnizado

---

(1) Pedro Juan de Béranger.—Nació en París en 1780; murió en París en 1857.



y temible aún, de la monarquía restaurada, de la aristocracia de sangre y del catolicismo; en general de la contrarrevolución. Procedía Béranger, por filiación intelectual, del siglo XVIII; había asistido, en tiernos años, á la formidable escena de la toma de la Bastilla, y sus biógrafos aseguran que el canto de la Marsellesa le arrancaba lágrimas. Hay en Béranger una nota propia: mientras la literatura, desde la Revolución hasta los primeros años de la Restauración, es obra de la clase aristocrática, ó al menos ennoblecida, y la lista de los grandes escritores parece una página de la Guía—vizconde de Chateaubriand, vizconde de Bonald, conde de Maistre, baronesa de Staël, conde de Vigny, conde Hugo,—únicamente Béranger hace brillar en las letras un nombre francamente plebeyo—*vilain et très vilain*,—como decía al jactarse de que su abuelo era un pobre sastre. No se parecía en esto á su maestro Voltaire, que no pudo resignarse nunca á no figurar entre la nobleza que se remonta á las Cruzadas. Si Béranger no pregonase su baja extracción y su educación deficiente, podríamos adivinarlas en sus canciones, tan á menudo adocenadas y groseras en el sentir, con un no sé qué de mal gusto y ordinariéz. A los catorce años, Béranger, que vivía en Perona, entró de cajista en una imprenta; ni cursó las aulas, ni estudió latín; y los admiradores que le pusieron al nivel de Horacio, mejor debieran compararle al verde y fresco Lafontaine, saturado, como Béranger, de lo que llaman allende el Pirineo *gauloiserie*. Aunque Béranger se alababa de haber despertado á las abejas en el monte Hymeto, lo cierto es que carecía de humanidades.

Volvió á París Béranger, y dejando correr los días de la mocedad entre la miseria, alegremente combatida (¡qué bien se pasa en una bohardilla á los veinte años!, dice el estribillo de una de sus canciones), empezó á brujulear su vocación literaria. En aquel período fue Chateaubriand—¡quién lo dijera!—el que subyugó su fantasía y el modelo que se propuso; y antes de conseguir el hallazgo de un género propio, la viva y sucinta *chansonnette*, Béranger escribió *Meditaciones* y hasta ensalzó



en rimas soporíferas el restablecimiento del culto. Por fin, en 1813, con una oportunidad fulminante, con una malicia trascendental, lanzó su primer canción, la famosa y deliciosa titulada *El rey de Ivetot*: he aquí dos estrofas traducidas en prosa:

«Había una vez cierto rey de Ivetot, de quien la historia no hace gran caso. Se acostaba tempranito, se levantaba tarde, y dándosele un comino de la gloria, dormía tan ricamente. Su corona era un gorro de algodón: en su palacio de techo pajizo hacía cuatro comidas diarias, y recorría el reino montado en un asnillo, sin más guardia ni escolta que un can. No sería gravoso á sus vasallos, si no padeciese una sed inextinguible: á cada moyo de vino le cargaba de impuesto una olla; pero, ¡qué diablo!, un rey que hace felices á sus súbditos, también es justo que viva.»

Relacionemos con las circunstancias la cancioncilla, y comprenderemos su efecto. Era el momento en que las guerras de España y Rusia, infaustas para las armas francesas, habían engendrado descontento profundo; en que Napoleón pedía á la nación exhausta, no la olla de vino del buen rey de Ivetot, sino nuevos é incalculables sacrificios de dinero y trescientos mil soldados más; en que Luis XVIII, en cambio, ofrecía desde el extranjero paz y amnistía; en que todas las potencias europeas se coligaban contra Francia, y los aliados disponíanse á marchar sobre París; el momento en que se acercaban la abdicación, Elba y después Santa Elena. El pacífico rey de Ivetot, que se ríe de la gloria, que no estruja al pueblo, parecía un ideal. Los liberales vieron en *El rey de Ivetot* la sátira del despotismo; los partidarios de la Restauración, el elogio de las tendencias que representaba. Napoleón hubiese podido ver en la canción satírica una lección de filosofía profunda: el rey de Ivetot, con su gorro de algodón por diadema, caballero en su jumento, era más feliz que el árbitro del mundo.

Lo curioso es que Béranger, después de estrenarse con la apología de la paz, apenas cae Napoleón siéntese inflamado en



ardor bélico y no sueña—dice graciosamente un crítico—más que en aconsonantar *gloria* con *victoria*.

Ni el mismo Víctor Hugo contribuyó á formar la leyenda napoleónica como el autor de los *Mirmidones*, de la *Bandera vieja* y de los *Recuerdos del pueblo*. Sobre el pedestal de la adversidad, más grandioso que el de la fortuna, el vencido de Waterloo, con su levitón gris, la mano en la solapa, empezaba á señorear la imaginación. La literatura le había derrocado y la literatura vindicaba su memoria.

La campaña de Béranger no se redujo á combatir á los Borbones con el prestigio de los recuerdos bonapartistas. También sacó á relucir el herrumbroso arsenal de Voltaire y Diderot contra la Iglesia. El cancionero tocó todos los registros: ya estoico, ya epicúreo, ya deista bonachón, ya impío descarnado, no sólo satirizó las creencias, sino que ridiculizó ciertas ideas éticas, cristianas en su origen, pero admitidas y respetadas hasta por los racionalistas, y en conjunto por la sociedad, que en ellas descansa. A la honestidad la calificó Berán-ger de sandez; al decoro, de hipocresía; cuantos pisaban la iglesia fueron para él detestables mojigatos; escarbó la ceniza hasta reavivar el fuego de la negación dieciochena, y preparó y apresuró la caída de las lises.

La fuerza de las canciones de Béranger reside en su misma brevedad y agilidad, en el sonsonete del estribillo que las grabó en la retentiva, y permitió cantarlas al choque de los vasos y al retintín de los cuchillos que los hieren á compás. Se cantaron á los postres, en las mesas de familia y en las cuchipandas entre estudiantes y grisetas, en los *caveaux* con ribetes literarios y en las tabernas y chiscones; las cantó su autor, las cantó la burguesía, las cantó la plebe, y si se perdiese la edición entera de las canciones, en la memoria de los franceses se encontrarían archivadas, como el Romancero estuvo un tiempo en la de los españoles. Entre una copa de Romanée y otra de Chambertin, desde los brazos venales de Fretillon y Liseta, las canciones de Béranger anunciaban el advenimien-



to, primero de la monarquía ciudadana de Luis Felipe, de gorro de algodón como el rey de Ivetot, y después del segundo ensayo de República.

Ofreció Béranger un ejemplo nada común: versátil y hasta contradictorio en las ideas, fue consecuente en la conducta. No quiso aceptar sueldos ni cargos, no quiso entrar en la Academia; prefirió ser hasta su último instante el cancionero popular. Cuando Chateaubriand, muy abatido y viejo, le decía: «¡Hola, Béranger! Ya tiene usted su República», Béranger contestaba con perfecto idealismo: «¡Ah! Prefería soñarla.»

Porque coloco á Béranger entre Lamartine y Víctor Hugo, no se crea que les igualo. Béranger es un poeta que chorrea el jugo de su raza; galo hasta la médula, hasta cuando parece respirar el ambiente de Horacio ó de Tíbulo, ó cuando produce la ilusión fugaz de un moderno Anacreonte; artista, porque sabe encerrar un asunto en corto espacio, y disparar la flecha satírica emplumada en la riente copla; pero jamás pudo Béranger salvar la misteriosa valla que separa al genio del ingenio; y el que quiera notar la diferencia de estatura que hay entre dos satíricos de los cuales sólo uno es poeta excelso, compare la *Bandera vieja* de Béranger con la sublime invocación á las banderas contenida en *Los castigos* de Víctor Hugo.

Ejemplo edificante desde el punto de vista de la fraternidad literaria, fue la estrecha amistad que unió á Béranger con Chateaubriand, Lamennais y Lamartine. Sainte Beuve dice con donaire que cuando se figura reunidos á estos tres bajo el emparrado del cancionero, cree estar viendo *El Carnaval de Venecia* de la literatura. Si buscamos contrastes, ninguno como el que forman Béranger y Chateaubriand; no es ya contraste, es irreductible oposición; el plebeyo demócrata y el hidalgo legitimista; la alegría de vivir y de beber y el incurable tedio; la prosa poética y la poesía prosáica—porque Béranger, fuerza es confesarlo, muchas veces rimó prosa pura, y si se exceptúan sus canciones socialistas, como *Juana la roja* y *El Viejo vagabundo*, y algunas fantasías como *El Hombrecillo gris*,



diríase que pone en verso artículos revolucionarios. Aunque sus canciones parecen la facilidad, la improvisación misma, era realmente premioso y laborioso, y hasta rebuscado, violento y académico en la forma—él, que prefería á la Academia de la Lengua la cueva de los bebedores. El siglo XVIII le había hecho mal de ojo, como tenía que hacérselo á los que en él buscasen veta poética, y por eso Béranger, con toda su malicia chispeante, con sus dotes de miniaturista y de grabador de camafeos, nunca figurará sino entre los poetas menores.

He dicho que Chateaubriand era la antítesis de Béranger. Con más exactitud debí decirlo por el desdeñoso Alfredo de Vigny, (1) tan cuidadoso en evitar la popularidad como Béranger en solicitarla. El báquico emparrado de Béranger y la torre de marfil de Vigny..... ¡qué ideales tan opuestos! Mientras Béranger trabajaba para la hora presente, se uncía al carro de la opinión, Vigny, lejos de la muchedumbre, preparaba con mano segura el porvenir de su fama. En vida, y sobre todo en sus primeros años, no fue Vigny un ídolo como Lamartine; pero hoy, cuando la crítica hila delgado y se contrastan y depuran méritos, el olvidado nombre de Vigny asciende cada día, y se coloca en primera línea, á corta distancia de los más grandes.

Aquella idea peregrina que se formaban de Lamartine sus cándidas adoradoras provincianas, realizábala Vigny plenamente; tenía el lindo rostro y los rubios rizos de un querube, y era un dechado de delicadeza y finura, hasta de inmaterialidad. Cuéntase que nadie consiguió sorprenderle sentado á la mesa, y Alejandro Dumas refiere que la actriz señorita Dorval, después de ser por espacio de siete años amiga íntima de Vigny, contaba con asombro, casi con terror, que, en tanto tiempo, sólo una vez le había visto comer.... ¡un rábano! Aunque Alejandro Dumas sea fuente turbia y sospechosa, la anécdota

---

(1) Alfredo de Vigny. Nació en Loches, en 1793; murió en París, en 1863.



retrata á Vigny, y confirma el dicho humorístico de Sandeau, el cual aseguraba que con Vigny nadie de este mundo se había tratado familiarmente, ni Vigny mismo. Pulcritud, reserva y corrección, eran la armadura tersa y glacial con que resguardaba su pecho el más desesperado de los románticos.

Al tener que decir en qué se funda la estimación creciente hoy otorgada á Vigny, siento un recelo muy natural: el riesgo que corro de extrañar y contristar á los que me leen. Quisiera poderos justificar la admiración tardía que inspira Vigny, y para ello necesitaría largos comentarios. En Vigny se celebra, más que al poeta, al pensador; se alaba la profundidad y elevación de ideas, la trama intelectual que bordó de poesía. Y aquí está lo triste: las ideas de Vigny no son otra cosa sino el pesimismo más hondo y radical que se ha conocido en este siglo, con ser el siglo de Leopardi y de los filósofos de la nada, desde Schopenhauer hasta Nietzsche.

No hay erial ni desierto que al alma de Vigny pueda compararse. Hijo de uno de aquellos filósofos de la generación enciclopedista, que se nutrían de la negación apasionada, transformó los principios de su padre en otros más desconsolados cien veces: forjó para su uso, despreciando la propaganda, un completo nihilismo moral é intelectual. Seria y concienzudamente ateo, no sólo en religión, sino en amor, esa otra religión de los poetas líricos, no lo proclamaba á gritos, y su programa consistía en oponer un frío silencio al tenaz silencio de la divinidad (son sus palabras). El pesimismo de Alfredo de Vigny es tan glacial y denso, envuelve tan completamente su alma estoica, que muchos críticos preguntan qué desgracias pudo sufrir para petrificarse hasta tal punto, y no encuentran en su vida nada que justifique el dolor de este nuevo Job sin paciencia. Vigny no era rico, pero tampoco estaba en la miseria precisamente. Al pesimista, por otra parte, no lo hace la desdicha, sino una especial disposición y contextura de su espíritu: como que la desdicha algunas veces, lejos de destilar ponzoña, destila bálsamo de resignación y de espe-



ranza; y un caso de esta bella transformación del alma por el dolor es el que estudió Javier de Maistre en su precioso diálogo *El leproso de la ciudad de Aosta*,—lo más contrario á las doctrinas de Vigny.

Vigny no creía en nada, de tejas arriba ni de tejas abajo. El caso es más singular de lo que se piensa: no creer en nada requiere esfuerzo inaudito. El entendimiento, ante la sombría puerta de la negación absoluta, se detiene como atacado de vértigo. Rectifico: en algo creía Vigny: creía en una virtud no divina, sino humana; virtud sin palma celestial, que parece brotar de la tierra: el honor. Una chispa del rayo que abrasó la soberbia frente de Luzbel había caído sobre la de Alfredo de Vigny, y su orgullo, brillante vicio del alma superior, era estela de bronce que se mantenía enhiesta entre la desolación y la ruína. El orgullo de Vigny se revelaba con los modales y las costumbres, en esa misma reserva cortés propia del trato muy exquisito, y que acaso es la forma más caracterizada del desdén; en el horror á la exhibición ruidosa de los sentimientos y de las heridas morales; y este modo de ser peculiar, este aislamiento y claustración en la ebúrnea torre contribuye á que Vigny suba cuando baja el romanticismo, pues en él reconocen un verdadero precursor los partidarios de la impasibilidad y los teóricos del arte refinado, á quienes hasta repugna el aplauso del vulgo.

Hoy Vigny es más grande por su influencia y por haberse adelantado á sus contemporáneos, que por méritos propios: es artista superior, poeta corto de resuello, sutil y alambicado, sin el vuelo de águila de Víctor Hugo, ni el suave bogar de cisne de Lamartine; pero Hugo, Lamartine, Leconte de Lisle, Baudelaire, Sully Prudhomme, todos se inspiraron en él. *La caída de un ángel* proviene de *Eloa*; las españolerías de Musset proceden de *Dolorida*; Víctor Hugo, en *La leyenda de los siglos*, se acordó de *Moisés*. Fue asimismo Vigny el primer novelista walterescotiano que tuvo Francia, y el primer autor dramático que siguió las huellas de Shakespeare. Anunció



también el simbolismo: sus poemas *La cólera de Sansón*, *Eloa* y *La casa del pastor*, son realmente simbólicos. Con todo el caudal de nuevas direcciones que trajo Vigny á la literatura, el público apenas le conoció: y si no le lisonjearía la ruidosa popularidad, tampoco le agradaría pasar inadvertido para los contados inteligentes que produce cada época literaria: su personalidad era sobrado intensa y enérgica para resignarse al olvido, y tenía que sorprenderle que, v. gr., Caro, al escribir un libro sobre el pesimismo en el siglo XIX, y estudiar á Leopardi en concepto de poeta de la desesperación y la infelicidad, no le dedicase á él, Alfredo de Vigny, su compatriota, ni un párrafo, ni dos líneas siquiera. Y, sin embargo, el pesimismo de Vigny es más entero que el de Leopardi todavía, y sin duda más espontáneo, pues al cabo Vigny no era contrahecho, ni desconocía las amorosas venturas, que es fama ignoró el poeta de Recanati. Nunca éste, ni en sus más acerbas inspiraciones, atribuyó á la naturaleza lenguaje tan cruel como le hace hablar Vigny: «No escucho vuestros clamores ni vuestras quejas; apenas noto que sobre mí se desarrolla la comedia humana; sin mirarlos ni oírlos, confundo el hormiguero y la inmensa capital; no distingo el terruño de la ceniza; al soportar á las naciones, me desdeño de aprender su nombre. Me llaman madre, y soy una tumba; mis inviernos desmochan el árbol de la humanidad, y mis primaveras no sienten vuestra adoración.» «Desde entonces—añade el poeta—detesto á la naturaleza impía; veo en sus aguas nuestra sangre, bajo sus praderías nuestros muertos, cuyo jugo chupa la raíz de las plantas... La odio, sí, con odio invencible.» Pero este poeta que reniega de la naturaleza, ¿al menos creará en el sentimiento, en el amor, en una Nerina, como Leopardi? ¡Menos! La mujer, para Vigny, es un sér impuro de cuerpo y de alma; domina al hombre porque le acaricia desde la cuna, y arrullado por ella contrajo la necesidad de reclinarse en su tibio seno; pero ¡ay del incauto! Toda mujer es más ó menos Dalila... ¿Y el cielo? El cielo es sordo, mudo, ciego, insensi-



ble..... y el hombre, altanero y crispado, no debe llorar, ni rezar, sino morir cerrando la boca, sin exhalar ni un suspiro. Cuando un poeta profesa tales doctrinas, no en pasajeros arrebatos de rabia, sino sistemáticamente; cuando por ellas, precisamente por ellas, toma incremento su fama y se le ensalza y pone en las nubes, ¿no es verdad que advertimos y notamos un terrible síntoma, una indicación bien amarga y triste del estado del pensamiento contemporáneo? Y no se diga que las teorías de Vigny triunfan porque las reviste forma poética soberana. Sin duda hay bellezas en Vigny, pero no es el artista, es el desesperado el que cautiva á la generación actual.

Otro pensador en verso es el famoso Sainte Beuve, (1) respetado como crítico, como poeta arrumbado ya, pero que tuvo su hora y su papel peculiar en la historia de la poesía romántica francesa. Los primeros versos de Sainte Beuve vieron la luz bajo el pseudónimo de José Delorme, joven médico que había muerto del pecho. Los que nacimos después de mediado el siglo, recordamos que en nuestra niñez aún conservaba cierto prestigio poético la tisis: era enfermedad en cierto modo ideal y bella, propia de organizaciones selectas, de espíritus soñadores, y de la juventud sobre todo: el tísico moría mecido por ardorosas ilusiones, excitado por una especie de fiebre dulce, y se extinguía como el pájaro, cantando... y también tosiendo. Hoy la tisis ya es la tuberculosis; hoy se idealizan la salud y la fuerza, y si hay enfermedad de moda en las letras, es la neurosis; pero, antes que Alejandro Dumas (hijo) en la *Dama de las Camelias*, Sainte Beuve creó el romanticismo de la tisis en las *Confesiones autobiográficas* del supuesto doctor.

Otro tema nuevo trajo Sainte Beuve. Fue también iniciador de lo que después se llamó poesía intimista, género en que han descollado Coppée y Teodoro de Banville, y desplegó la

---

(1) Carlos Agustín Sainte Beuve. Nació en Boulogne, en 1804; murió en París, en 1869.



bandera de un realismo familiar y democrático, pintura de género inspirada por la lectura asidua de los poetas ingleses de la escuela lakista, Wordsworth y Coleridge; ideal de llaneza que contrastaba con la tendencia aristocrática de Chateaubriand y de Hugo en sus primeros tiempos, y con el altivo aislamiento de Vigny: por lo cual no faltó quien diese á Sainte Beuve el título de *Lamartine de la burguesía*. Ciertas afirmaciones que estaban comprendidas en la esencia misma del romanticismo, si no podía Sainte Beuve encarnarlas por carecer de facultades poéticas de alto vuelo, tenía que definir las y verlas con claridad, por lo mismo que era crítico ante todo. Medio frustrado como poeta, no se equivocó en el juicio y ejerció en el Cenáculo y respecto á Victor Hugo el papel de legislador y maestro. En concepto de tal definió las condiciones esenciales del verso romántico, reduciéndolas á tres: movilidad de la cesura, libertad del encabalgado y riqueza de la rima. La rima, en su opinión, es la primer ley poética; en ella reside aquella fuerza natural é innata, parte divina y misteriosa de la inspiración; y por esta teoría, que identifica la técnica con el ápice sumo del arte, Sainte Beuve es el nuncio de los parnasianos y de los partidarios del arte formal y puro. En Sainte Beuve, poeta arrinconado, y, sin embargo, de acción tan fecunda, se cumplió la ley que dispone que los artistas de segundo orden contribuyan más que los de primera línea al movimiento estético y á la aparición de escuelas nuevas; porque el verdadero genio no tiene imitadores: sólo se pueden imitar, exagerándolos, los defectos y la manera.—Cargado de merecimientos Sainte Beuve en la crítica, nunca se resignó á ver marchitos sus laureles de poeta, y un fermento de añeja envidia le llevó á arañar felinamente á Lamartine y á Alfredo de Musset.

Al nombrar á Alfredo de Musset (1) siento la dificultad de expresar con palabras el encanto de este poeta que en Francia

---

(1) Alfredo de Musset. Nació en París en 1810; murió en París, en 1857.



es moda desdeñar ahora, porque representa la frescura juvenil en un período del siglo en que la gente nace ó aparenta nacer con el espíritu envejecido.

Alfredo de Musset es una mezcla de sentimiento romántico y de lucidez picaresca, propiamente clásica, *gauloise*. Lo prueba el oficio que desempeñó en el Cenáculo, donde empleaba su humorismo y su donosa ironía en satirizar las risibles exageraciones de la escuela, los paseos nocturnos á contemplar la luna que asoma sobre su amarillento campanario. Para traer á los románticos al terreno del sentido común, Musset esgrimió las acicaladas armas del ingenio: la ocurrencia, la cuchufleta, el desplante y el gracejo más ático. No sólo en la célebre *Balada á la Luna*, que cayó á modo de ducha glacial sobre las calientes cabezas y las revueltas greñas de los cofrades en romanticismo, sino en las preciosas *Cartas de Dupuis y Cotonet*, el joven poeta supo demostrar raro instinto crítico, y ejercitar una cualidad muy francesa: la percepción de la ridiculez y el don de corregir las exageraciones con la risa.

La agudeza, la humorada, el desenfado con ráfagas sentimentales, caracterizan la primera época de Alfredo de Musset, aquella en que hacía, según propia confesión, versos de niño. Ya entonces, y quizás entonces más que nunca, poseía en alto grado el *esprit*, mezcla de vivacidad y agilidad en comprender, y donaire y concisión en expresar; don de cazar al vuelo lo más saliente y marcado de cuanto se ofrece y propone á nuestra consideración en el vario espectáculo del mundo, y condensar su esencia en una frase gráfica, ligera é insinuante como exquisito aroma. Aparte del *esprit*, se destaca otro elemento peculiarísimo en Alfredo de Musset, y para precisarlo habría que definir una cosa indefinible, que no es precisamente la elegancia, ni la distinción, pero se les asemeja: el *dandysmo*. La palabra no es castiza, pero no puedo sustituirla con otra equivalente.

¿En qué consiste el *dandysmo*, brillantemente representado dentro de las letras inglesas por lord Byron, y de las fran-



cesas por Alfredo de Musset? No ciertamente en los blasones, pues Musset no los poseía: pertenecía á una familia de la clase media acomodada. Tampoco en llevar vida calaveresca, ni en llenar de nombres femeninos una lista como la de Don Juan, ni en tener desafíos, ni en jugar fuerte, ni menos en raspar con un trozo de vidrio el paño del frac á fin de adelgazarlo, según se refiere que hacía el rey de los *dandyes*, el célebre Jorge Brummel. Los requisitos del *dandysmo* pueden reunirse en un sujeto, sin dar por resultado un *dandy*. El *dandysmo* es un aura, un vapor, un granito de sal, una futesa, cualquier cosa; un modo de presentarse, de hablar; una insolencia fina, un incopiable estilo propio que hace rabiar á los imitadores; y, en literatura, un acento desdeñoso que no se confunde con otro acento, un desenfado que subyuga y hechiza, porque es la negación de la pedantería, de la ñoñez y del apocamiento; una malicia aristocrático-intelectual que traspasa. Entre los literatos contemporáneos españoles, Campoamor ha tenido á veces el estilo *dandy*.

Ante la imposibilidad de sugerir por medio de la frase lo peculiar de la primera época de Musset, recurro á decir que sus versos producen el efecto del Champagne, no el de ningún otro vino, ni siquiera el que imaginamos que producirá la ambrosía de los dioses: el del Champagne solamente. Cuando el Champagne, leve, chispeador, con la áurea transparencia del topacio bohemio, cae en la amplia copa de cristal; cuando al rozar los labios su delicada espuma se despierta el cerebro, se avivan las percepciones y se enciende la fantasía, apresúranse las ideas con el ritmo de un corro de ninfas danzadoras, de ninfas, entiéndase bien, no de desenfrenadas y ébrias bacantes. No diré que el Champagne sea espiritual, pero sí que presta espiritualidad á la materia,—y lo mismo sucede con los versos de Alfredo Musset.

Así y todo, después de haber escanciado á sus contemporáneos ese vino de luz; después de producir *Nasmuna* y *Don Paez*; después de burlarse solapadamente del Cenáculo á pretexto de la



casta Diana, y de evocar las serenatas y las estocadas de las callejuelas españolas, Musset no era todavía lo que se llama un gran poeta, un poeta que desde la imaginación llega á lo hondo, á las fibras secretas del alma. No lo fue hasta que le sucedió..... ¿qué? ¿Alguna extraordinaria aventura? No en verdad; sino la más usual y corriente; pero aventura que, según hace notar con su habitual acierto el insigne crítico Fernando Brunetière, no obstante su vulgaridad, no le acaeció ni á Lamartine ni á Víctor Hugo: sentir una pasión grande y sincera y sufrir un mortal desengaño.

Esta página es toda la biografía de Alfredo de Musset. No hay para qué transcribirla aquí: es sobrado pública, como que se ha divulgado á campana herida, y casi diré que á toque de rebato, en periódicos y Revistas, y hasta en gruesos volúmenes, escritos expresamente para defender, ya la causa del poeta abandonado y vendido, ya la de la ilustre inconstante. Al arte y á las letras no les importa el nombre ni la ocasión: lo único que les interesa es que á la cruenta herida del alma de Musset se deben sus obras maestras, las que le harán inmortal; sus *bellos clamores*, sus *gritos divinos*, según frase de Gustavo Flaubert; las incomparables *Noches*, más apasionadas que el *Lago* de Lamartine, y casi tan puras como él, porque Musset, al contacto del dolor, acendró su inspiración y la elevó á la dignidad y á la hermosura sublime que sólo procede del verdadero sentimiento; dejó de ser el pajecillo, el dandy, y fue el hombre. Ni *Rolla*, ni *Namuna*, ni los proverbios, cuentos y comedias, ni la *Balada á la Luna*, ni aun el tierno *¡Acuérdate!* consagraron á Musset para la incorruptibilidad de la gloria, sino las *Noches* y la *Epístola á Lamartine*, poesías donde vierte sangre un corazón desgarrado, y donde la variedad y el contraste de los afectos, la indignación terrible y la repentina calma dolorosa, la invectiva y el ruego, los sollozos y los himnos, alternan con el magnífico desorden y el soberbio empuje de las olas del mar en día de desatada tormenta. Bien comprendía el poeta que de sus lágrimas iba á formarse su co-



rona de laurel, y en *La noche de Mayo* pone estas palabras en boca de la Musa, consejera del poeta: «Por más que sufra tu juventud, deja ensancharse esa santa herida que en el fondo del corazón te hicieron los negros serafines. Nada engrandece como un gran dolor: que el tuyo no te haga enmudecer; los cantos desesperados son los más hermosos, y los conozco inmortales que se reducen á un gemido. El manjar que ofrece á la humanidad el poeta es como el festín del pelícano: pedazos de entraña palpitante».

Cuatro son las admirables elegías tituladas *Noches*: la *Noche de Mayo*, la *Noche de Diciembre*, la *Noche de Agosto*, la *Noche de Octubre*. Están escritas en tres años: desde Mayo de 1835 á Octubre de 1837: tanto duró la impresión violenta y trágica que dicta sus estrofas. Tres de ellas tienen forma de diálogo del poeta con la Musa: el poeta solloza y se retuerce, y la Musa, la consoladora, la amiga, la hermana, la única fiel, le murmura al oído frases de esperanza, le vierte en el corazón los rayos lumínicos de su túnica de oro. En la *Noche de Diciembre* no es ya la Musa quien habla al poeta, sino una fúnebre visión, un hombre vestido de negro, que se le parece como un hermano. «Dondequiera que he llorado; dondequiera que he seguido ansioso la sombra de un sueño; dondequiera que, cansado de padecer, he deseado morir..... ante mis ojos se apareció ese infeliz vestido de negro, mi propia imagen.» Al final de la elegía sabemos el nombre de la visión: es la soledad, es el abandono..... compañero eterno del poeta, hermano gemelo de su alma. Sin duda la *Noche de Mayo* y la de *Octubre* son las más bellas de las cuatro elegías, y así lo declaran los críticos por unanimidad; pero en la de *Diciembre* hay una melancolía más penetrante y más incurable.

Hasta en prosa, lo mejor que escribió Musset fue inspiración directa de la historia de amor que él llamó misteriosa y sombría, aunque no pudo llamarla secreta. La *Confesión de un hijo del siglo*, novela autobiográfica, encierra, y no en germen, sino bien desarrollados ya, los temas y casos pasionales que con



fortuna aprovecha hoy para sus celebradas novelas psicológicas Pablo Bourget; y al calor de la humillación y de la rabia, se forjó la intencionada é ingeniosa sátira *El mirlo blanco*, digna de ser comparada á los mejores cuentos alusivos de Voltaire. Cuando se cicatriza la llaga; cuando se mitiga el padecimiento y vuelve al espíritu de Musset la serenidad perdida; cuando la Musa cumple su misión consoladora; cuando atónito le parece que es otro y no él mismo el que tanto sufrió, al disiparse la embriaguez de la pena se disipa el estro: las últimas producciones de Musset ya no traen el sello de fuego, ni son obra de los negros serafines: el poeta acaba decadente y frío como la placa de hierro apartada del horno. El ejemplo de Alfredo de Musset debiera hacer reflexionar á los que creen, como creía Flaubert, que la efusión del sentimiento, el grito arrancado por la pena, son cobarde exhibición de flaquezas vergonzosas, y que el poeta ha nacido para callarse cuanto realmente le importa, á ejemplo de cierto diplomático famoso, que suponía que la palabra nos ha sido otorgada, no para revelar, sino para encubrir y disfrazar el pensamiento. Bendita flaqueza, si lo fuese, la que nos valió esas *Noches* incomparables, la verdad misma, porque brotan empapadas en lágrimas amargas; *Noches* en las cuales, según la sugestiva frase del poeta, diríase que fermenta á deshora el vino de la juventud.

EMILIA PARDO BAZÁN.



# POETAS AMERICANOS

---

## EL DIÁLOGO DE LAS TUMBAS

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

Á D. José Echegaray.

En el fúnebre y lívido paisaje,  
Donde salta el panteón blanco y austero,  
La luna riega mortecinos lamos,  
Que platean la sombra del follaje,  
Brillan sobre la arena del sendero  
Y huyen después á los vecinos campos.....  
Perece que la luz se acobardara  
Al romper en la tumba: es como el riego  
De un agua pura, refrescante y clara,  
En un campo de sed que es todo fuego!  
¿Por qué tiemblas, oh luna misteriosa?  
¿Por qué pareces vacilar? Tú, acaso  
No eres un astro muerto? Ama la fosa;  
Desata tus collares cristalinos  
Sobre las tumbas; y con firme paso,  
Cruza por la alameda de los pinos,  
Que fingen ayés de crujiente raso!.....  
Alineadas las tumbas, ora abiertas  
Como bostezos de hambre, ora cerradas  
Como ojos de pereza, siempre juntas,



Bóvedas son á cuyas anchas puertas  
Se asoman de la luna las miradas,  
En busca de las vírgenes difuntas.....  
Acaba de morir la Ofelia casta,  
De alma de cera y juventud de lumbre:  
¿Quién el cirio apagó? Pasión nefasta  
Con soplos de huracán. Fue un ansia loca,  
Que arrojó un corazón, desde la cumbre  
A la profundidad, como una roca.....  
Dulce Ofelia, ¿en qué sueñas? ¿En la vida?  
Torna á la realidad; salta; despierta:  
Tal como hablabas al soñar dormida,  
Debes hablar también soñando muerta.  
¿Qué Hamlet criminal y pensativo  
Te ha sepultado en su alma taciturna?  
¿A dónde está quien apagó tu aliento  
Con su aliento mortal? ¿Acaso vivo?....  
Rasga el silencio de la paz nocturna  
Un suspiro, un rumor, un hondo acento,  
Que viene á tí, desde lejana úrna,  
Como confiado á la piedad del viento.....  
¡Es su voz! ¡Es la voz de tu asesino,  
Implorando perdón! Y se oye apenas,  
Como si se tardara en el camino  
Toda una eternidad..... Es clamor de ola,  
Que rompiendo en su límite de arenas  
Se esfuerza por gritar:—¡No, no está sola!.....  
¿Qué respondes, Ofelia? ¿Qué respondes  
A ese grito de horror? ¿Por qué te escondes,  
Como una flor que plega su corola?  
¿Tienes miedo tal vez?..... ¿Qué puede hacerte?  
¡Repulsión, odio..... No, no sabes de eso!  
Hoy tú no eres más débil, ni él más fuerte:  
Doblegados estáis al mismo peso.....  
Y un arma tieanes: tu virgine palma.



¡El penetró en tu vida, con la muerte;  
Pero no pudo penetrar en tu alma!.....  
Oye su voz y dile tu reproche:  
Que, entre la paz de la callada noche,  
En la que apenas el follaje zumba,  
Tendrás, cediendo á su postrer instancia,  
Mientras el viento borra la distancia,  
Un diálogo con él de tumba á tumba.....  
—¡No, no estás sola, Ofelia! Eras mi vida  
Y contigo acabé..... Pero, despierta;  
Que es lo mismo estar muerta que dormida.....  
—¡Dormida, para Dios; para tí, muerta!  
—Ténme piedad y escúchame un instante,  
El instante fugaz que nos separa  
De la justicia eterna..... Delirante  
Como nunca, corrí tras de tu huella;  
Y, al mirarte volar, con mano avara  
Cogí tu vida y me escapé con ella!  
Robé tu vida así: tú me robaste  
El corazón, que es más. Ya sé que he sido  
La sombra de tu sol; y si el contraste  
Resaltar hace más el bien perdido,  
Más saltará tu mérito, que asombra  
Y seduce á mi espíritu, afligido  
Y orgulloso á la vez de ser tu sombra.....  
¿Mas por qué deshojar la flor temprana,  
Antes que rompa su cerrado broche?  
La rosa sólo vive una mañana  
Por salvarse del hielo de la noche!  
¡Ah! si hubieras sentido un solo instante  
La sed de fuego, el ansia delirante  
Que mi lóbrego espíritu sentía,  
Mayor angustia desgarrase tu alma  
Que la angustia furaz de la agonía,  
Tras la que vino tu perpetua calma.



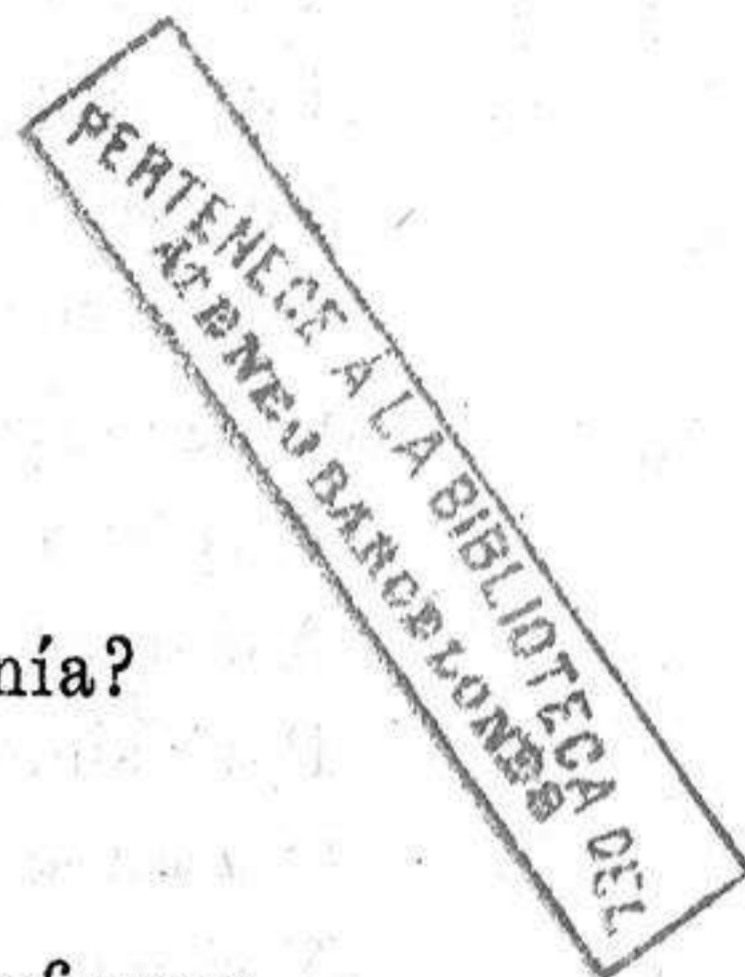
Duele así la inyección de adormidera,  
Que, si hiere la piel, infunde sueño  
Reparador al fin: mas suerte fiera  
Es la del infeliz que desespera,  
Y desvelado en excitante empeño  
Pasa sin descansar la noche entera.....  
¡Qué horrible es el dolor cuando perdura  
Y se goza en matar así las galas,  
Una tras otra, en siglos de amargura!....  
¡Nada importa el dolor cuando tiene alas!  
Hoy gozas de la paz. ¿No oyes el grito  
De eterna lid de los humanos séres,  
Que conturban la paz de lo infinito?  
Te libré de la vida ¿Qué más quieres?  
La vida es el dolor: la mejor parte,  
Del dolor siempre fue. ¿Mas, tú quién eres  
Para saber de la revuelta sirte  
Del pesimismo arrollador? Tú mueres  
Como viviste, sin por qué. Yo el arte  
Sé, en cambio, del dolor. ¿Quieres medirte  
Con la vara del mal? Mira tu huella;  
Y fíate después en la falacia  
De la vida..... ¿La ves? Repara en ella;  
Te creías feliz, porque eras bella;  
¡Y tu felicidad..... fue tu desgracia!  
—Es que yo era feliz porque en mi pecho  
A espiritual amor prestaba abrigo.....  
—Pero el rico, ¡oh mujer! tiene derecho  
De insultar con sus pompas al mendigo?  
Cuando la ley de la armonía irradie  
Como un sol, en las cumbres de la idea,  
Podrá gozarse el bien que se desea,  
¡Si gozar ese bien no daña á nadie!  
Tu bien era mi mal. Si fue egoismo  
Arrastrarte hacia mí, ¿también no lo era



En tí, vivir sin reparar siquiera  
 Un punto en mi pasión? Era lo mismo.  
 ¡Qué mal era mayor? ¿Qué alma más fuerte?  
 ¿Cuál pudo ser la senda preferida:  
 La paz reparadora de tu muerte  
 O la lucha angustiosa de mi vida?  
 Y ya que estás en la mansión serena,  
 Ya que plegaste por la fuerza el ala,  
 Confiésame: la muerte menos buena  
 Es mejor que la vida menos mala!....  
 —¡Oh Hamlet! ¿Y tú hablaste de armonía?  
 Deja que tras de ti mi rumbo tuerza  
 Y que te arguya ante la suerte mía,  
 Que nadie quiere el bien, cuando es por fuerza.....  
 —¿Y yo por fuerza no te amé? Y acaso,  
 ¿La fuerza no es el título de muerte,  
 Con que Naturaleza va á su paso  
 Arrollando á los débiles? El fruto  
 Vale más que la flor, porque es más fuerte,  
 Porque tiene más vida; así en el bruto,  
 Así en el hombre, así. ¿Qué bestia insana  
 Pudo hacer lo que yo: matar por celo  
 Y matarse después? Es que mi anhelo  
 Tiene una fuerza superior: ¡la humana!  
 —Perdona ¡oh Hamlet! que saber pretenda  
 El ardor, el afán, el vivo fuego,  
 Que te empujó por la terrible senda  
 Ciego de amor.....

—Es que el amor es ciego.

Te amé, te quise mía; y como tu alma  
 Era ya de otro amor, pensé en la calma  
 De los sepulcros, y cedió mi suerte,  
 Cual cede al viento la marchita hoja;  
 Y, á modo de Colón hacia otro mundo,  
 Quise arrojarme al seno de la muerte





Desde mi juventud, como se arroja  
El ágil nadador al mar profundo.....  
Ya que era refractaria el alma mía  
A la flor de los locos entusiasmos,  
Tuve sed de gozar en mis espasmos  
La voluptuosidad de tu agonía.....  
Te maté, porque sí: fue tu destino.  
Ofrecerte mi vida era muy poco:  
Quise ofrecerte más; me sentí loco,  
Y te ofrecí mi honor: ¡fui tu asesino!  
Así lo quiso nuestra infausta suerte:  
Para siempre apartados en la vida  
O para siempre unidos en la muerte.....  
Y si culpable fui, no lo fui en vano;  
Que al empuñar el arma del suicida  
¡Me hice justicia con mi propia mano!.....  
—¿Pero no te arrepientes? ¿No te llena  
De zozobra ese Dios, que acaso escucha  
Cómo conturban la mansión serena  
Las desgarradas voces de tu lucha?....  
—¡Miedo! ¿Por qué? ¡Sorpresa de alegría;  
Puesto que en nada mi razón creía  
Y me encuentro que hay Dios! Es lo que siente  
El mendigo, que, huyendo maldiciente  
Del vano ruido del festín sonoro  
Por las escuetas calles, de repente  
ve brillar en el suelo un disco de oro....  
Dios juzgará. Filósofo elocuente  
En breve frase mi razón encierra:  
Amarse y generar es solamente  
Perpetuar el dolor sobre la tierra.....  
Halle del griego el epitafio impío  
Quien el misterio de mi tumba viole:  
¡Oh! qué felicidad, si el padre mío  
Hubiera muerto, como yo, sin prole!....



No en vano hasta Satán, ya que le veo  
 Acercarse hacia mí, razón me muestra;  
 Pues si enmedio al ardor de su deseo  
 Y si enmedio al fragor de su palestra  
 Oyese el ¡ay! de un hijo, en su locura  
 No sabría que hacer: Dios lo maldijo;  
 Pero, entre su indecible desventura,  
 No aumentó su dolor con el de un hijo!.....  
 —Calla, calla, por Dios!

—Ofelia amada,  
 No estás sola: aquí estoy!.....

. . . . .

Era ya hora

De que en la obscuridad, cual carcajada  
 Enmedio de un dolor, saltase Aurora.  
 Aurora. Allá en los límites distantes,  
 Que de visiones el misterio puebla,  
 Rompieron á temblar los vacilantes  
 Diálogos de la luz con la tiniebla.  
 La luna, como Ofelia, se moría  
 Llena de palidez, lánguidamente,  
 Copiando, en su agonía, la agonía  
 De la marmórea virgen inocente.....  
 Rumoreaban los árboles. Las aves  
 Trinaban en el hueco de las fosas.  
 Soplaban brisas de perfumes suaves,  
 Llevándose y trayendo mariposas.....  
 De pronto, en la capilla, entre la urna,  
 Donde yace un Jesús de la Agonía,  
 Al desgarrar la lobreguez nocturna,  
 Espántase la luz del nuevo día;  
 Porque, saltando del recinto estrecho  
 Que sujeta sus miembros mal ligados,  
 El Cristo, enmedio de una paz que arredra,  
 Sentado se halla sobre el duro lecho,  
 Mientras que de sus ojos entornados



Deja rodar dos lágrimas de piedra.....  
¿Por qué llora? ¿Por qué? Toda la noche  
Oyendo estuvo el diálogo elocuente;  
Y á las últimas frases que, en derroche  
De luz y sombras, desató el demente,  
Sintió acaso nublar la conciencia,  
Porque pensó, con alma arrepentida,  
Que debió haber dejado descendencia  
¡Como ejemplo de amor para la vida!....

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima, 1899.



## RETOS Y DESAFIOS

---

### II



DESAFÍO DE BARLETA.—En el libro titulado *Il duello*, de Messier Giovan Battista Pigna, dedicado al Signor Donno Alphonso da Este, Principe di Ferrara, y publicado en Venecia en 1560, se define el duelo «batalla entre dos»; pero se añade que puede hacerse entre varios, siendo igual el número por cada parte é iguales las condiciones. «*Questi più con ugual numero distinto—se añade—sono stati veduti alle mano con la conditioni che al duello di due soli si richiezzono; una volta sono stati spagnnoli è francesi; un'altra francesi è italiani.*» La versión de nuestro Fortún García de Ercilla difiere de la del ferrarés Pigna en que afirma que el desafío de 1502 se llevó primero á cabo entre franceses é italianos, y después se verificó el de los españoles con los franceses. «Viviendo Hernando V—escribía García de Ercilla, en 1528,—hizo por Gonzalo Hernández de Córdoba dos combates, concertados de tantos á tantos. El primero entre trece franceses y otros tantos italianos. Se decía en el ejército francés no había cosa más inútil que los soldados italianos que había en el ejército español. Se disputaron cien ducados, y el caballo del vencido para el vencedor. Se hizo la batalla entre Adria y Quadrata, en la Pulla.



Los trece italianos vencieron á los trece franceses, y con trompetas y ministriles los llevaron presos á Barleta, siguiendo el ejército español aquella victoria, y dando voces los españoles ¡Italia! ¡Italia! y los italianos ¡España! ¡España!»

Sobre el segundo combate de los españoles con los franceses, tenemos otras tres versiones: la de la autobiografía que escribió Diego García de Paredes, ó *Suma de las cosas que le acaescieron fasta que se halló enfermo del mal que murió*; la de la *Crónica del Gran Capitán* y la del *Nobiliario de la casa de Córdoba*, también inédito. La *Suma* de García de Paredes dice: «Complida la tregua ovo concierto entre los campos comandados por los Reyes, que combaterian doce por doce.» El *Nobiliario*, en cambio, dice así: «Un lunes, anochecido, entró en Barleta un trompeta francés. Fuése derecho á la posada de D. Diego de Mendoza; pidió le llevase al Gran Capitán. Puesto en su presencia, le dió un cartel de once caballeros franceses, por el cual desafiaban á otros tantos españoles para otro día á las nueve, deseosos de echar de ver cuál de las dos naciones se adelanta á la otra en las armas, fuerza y destreza en gobernarlas. Pusieron condiciones ordinarias: una de ellas, que los vencidos quedasen prisioneros del vencedor, y dieron en rehenes un caballero francés. Admitió el Gran Capitán el desafío con las condiciones propuestas. Envió en rehenes al capitán Esteban Gayo, y señaló once caballeros españoles, buenos soldados, dejando á los demás bien envidiosos.»

En la nómina de los once soldados escogidos, «cuyos nombres—dice el *Nobiliario*—no es razón olvidemos, pues honraron nuestra nación», tampoco están concordes este documento y la *Suma* de García de Paredes. Este nombra al coronel Villalba, al coronel Aldana, al coronel Pizarro, al coronel Santa Cruz, al capitán Juan de Haro, al capitán Juan de Somano, al capitán Alvarado y á otros dos capitanes de la gente de armas; y el *Nobiliario* al alférez Gonzalo de Arévalo, Gonzalo de Aller, Pedro de Oñate, el alférez Segura y Moreno, su hermano Rodrigo Piñar, Martín de Fuerta, Diego de Vera, ca-



pitán de la artillería, el alférez Andrés de Olivares, Jorge Díez y Diego García de Paredes, «en fuerza y en valor uno de los más señalados españoles que ha habido.» Arengólos el Gran Capitán en el momento de partir para la estacada, acompañólos con Próspero Colonna y otros caballeros un buen espacio, y los nuestros llegaron con sendos pajes y cuatro trompetas al puesto una hora antes que los caballeros franceses. Cogieron un lado de la pica, dejando el otro á los contrarios, y á vista de la flor de los capitanes de uno y otro ejército, al ruido de las cajas y clamor de las trompetas, con gallardía nunca vista se fueron unos á otros, azuzados de la aclamación de los suyos. Al primer encuentro de los nuestros derribaron en tierra cuatro franceses, matándoles los caballos, y al segundo derribaron éstos un español, Gonzalo de Aller, contra el cual arremetieron los cuatro franceses que habían quedado á pie, hasta que lograron rendirle y sacarle fuera del campo. Diego de Vera, capitán de la artillería, hirió con el estoque á un caballero francés, que cayó muerto del caballo, y Andrés de Olivares derribó otro de los adversarios, rescatándolo y sacándolo también de la empalizada. En la cuarta embestida cayó otro de los nuestros, y, para hacerle rendir, dieron contra él todos los franceses. Los nuestros, para defenderle, pelearon valentísimamente, matando otros cinco caballos de los contrarios y ellos dos de españoles. Quedaron á caballo ocho castellanos famosos y siete de los enemigos; mas éstos se metieron entre los caballos muertos, amparándose de ellos, y aunque los españoles les acometieron con denuedo y valor grande, no hacían efecto, porque los caballos vivos se espantaban de los muertos. Al cerrar la noche, los franceses tenían uno de los suyos muerto, otro rendido y nueve caballos muertos; los nuestros un caballero rendido, dos heridos, tres caballos muertos y dos heridos. Los franceses movieron plática, declarando conocían su yerro y que se excedieron en afirmar que los españoles no eran tan diestros en las armas como ellos, y pidieron que, pues era tan tarde, se satisficiera con



lo hecho y saliesen todos del campo con el honor de buenos y valientes soldados. Los nuestros aceptaron la satisfacción, si, como trofeos de su superioridad, se les daban las armas que habían quedado en el suelo de los muertos y desjarretados. Así se les concedió; se trocaron los dos rendidos, y dos á dos fueron saliendo del campo.

Este lance tuvo además varios apéndices. El alférez rendido, Gonzalo de Aller, quiso batirse cuerpo á cuerpo con el francés rendido, objetando que él se rindió á cuatro que le hostilizaban y el francés á un español solo, Andrés de Olivares. Su cartel no fue contestado. Diego García de Paredes retó á otro capitán francés á batirse con porras de hierro. Admitido el combate por la fama del caudillo español, y hallando el francés dificultad en el manejo de la porra, acometió á García de Paredes con el estoque, hiriéndole por la escarcela del arnés: «é yo le dí—dice el mismo García de Paredes—con la porra en la cabeza, que le hundí el almete en ella, é murió.» El Gran Capitán propuso otro combate á pie entre veintidós hombres de armas nuestros, y otros tantos infantes franceses. No quisieron admitir, contestando que campo á campo se verían presto. Los gloriosos éxitos militares del Gran Capitán en aquella campaña, dieron, en efecto, presto á su nombre el lauro inmortal de la victoria y del heroísmo.

\*  
\* \*

DESAFÍO DEL REY DE FRANCIA, FRANCISCO I, AL EMPERADOR CARLOS V, REY DE ESPAÑA.—En el reto del Rey de Francia Francisco I al Emperador Carlos V, las opiniones estuvieron por mucho tiempo divididas en Europa. Andrés Alciato no halló causa dirimente para que se pudiera rehusar el duelo personal en la desigualdad de jerarquía, «*qua propter Comes á Marchione vel Duce non refutabitur: omnes enim spectabiles sunt.*» Mas Darío Attendolo aprobaba que el Marqués de Pescara, general del Emperador, hubiese rehusado el reto de



Monseñor Vandanesio, que le acusaba de haber faltado á su fe en la toma de Como; y respecto al del Supremo Jerarca del Imperio, creía que el Rey Francisco no le hubiera provocado, de haber sido Carlos V solamente Conde de Flandes. De esta opinión también habían sido en España el Duque del Infantado, en la *Consulta* que el Emperador le dirigió el 15 de Junio de 1528, y el ilustre jurisconsulto Fortún García de Ercilla, en el *Discurso histórico y jurídico* que sobre el mismo desafío escribió de orden de Su Majestad en el año que queda referido, y que fue el mismo en que se provocó el lance.

Las rivalidades entre Francisco I y Carlos V, nacieron con su accesión á sus respectivas coronas, y fueron, por parte de Francia, herencia que dejaron al fundador de la dinastía de Angulema, Carlos VIII y Luis XII, los perpetuos enemigos de Fernando V de Aragón. Las cuestiones de Italia, así la antigua de Nápoles como la nueva de Milán, bastaron, por sí solas, para recalentar aquellas emulaciones; pero á las querellas que de las dos emanaron, se unió la febril acedía de la elección del Imperio. Todavía no habían acabado de extinguirse en la Península los incendios de los agermanados de Valencia y de los comuneros de Castilla, cuando en 1521 empezaron las rebeliones de los Países Bajos, y Carlos imputó á Francisco que, hallándose con él en paz, prestara ayuda y socorros con sus hombres de armas á Roberto de La Marche y al Duque de Güeldres. La guerra, al cabo, estalló entre los dos jóvenes y ambiciosos Príncipes; hasta que en 1525 el Rey Francisco fue derrotado por las armas españolas en el Parque de Pavía, de donde vino prisionero á Madrid. A concertar su rescate llegó en persona á la corte de Carlos, la Duquesa de Alenzon, Madama Margarita, hermana del Rey cautivo, y en Madrid se estipularon las condiciones de su redención, que firmaron por parte del Monarca español, Carlos de Lanoys, Don Hugo de Moncada y el secretario Juan Alemán, y por la del Rey de Francia el Arzobispo de Ambrún, Juan de Selne y Felipe Chavot, sus embajadores. Y aunque por precio del



rescate se restituyó al Rey Carlos la antigua flor de lis de los Condes de Flandes y por rehenes al Delfín y al Duque de Orleans, habiendo jurado en fe de buen Príncipe que, caso de que dentro del tiempo de seis semanas no hubiera cumplido las capitulaciones firmadas «vendrá luego á Su Majestad en cualquier parte que él sea, é se rendirá su prisionero de guerra, como es al presente, para tener prision donde placirá al señor Emperador de mandar tanto y tan largamente que lo contenido en esta capitulacion sea enteramente acauado y cumplido.» Viniendo los dos Príncipes á Madrid en unas mismas andas, según atestigua García de Ercilla, y «entrando en plática, prometió otra vez Francisco á Carlos delante de una cruz que estaba en el camino, que es la mayor señal, de se tornar á Madrid, si no se guardase lo concertado». A esto el Emperador dijo: —*Si no lo hiziéredes, bien podré decir que lo hazeis vil y bajamente, y demandaroslo hé de mi persona á la vuestra.*» Y el Rey respondió «que él guardaría su fe, y que si no lo hiziese, ternia razon de hazerlo asi.» En el proceso escrito que el Emperador mandó formar, constan, además de los artículos de las capitulaciones referentes á estos compromisos, varias cartas dirigidas por el Rey Francisco al Emperador desde Francia, todas autógrafas, y en las que en la antefirma le llamaba «vuestro hermano, amigo é por jamás obligado.» (1)

(1) Las deferencias que Carlos V tuvo, é hizo tener á todos hacia la persona de Francisco I, durante su cautiverio, nada lo expresa más bizarramente que la carta que escribió á su médico el Doctor Alfaro desde Segobia en setiembre de 1525. Dice así: — «✠ EL REY.—Doctor Dalfaro, nro. médico: por q. el xpianisimo Rey de françia está con alguna yndispusycio | yo vos mando que luego como esta veays todas cosas dexades, os partays y vays á la villa de madrid donde está y le cureys todo el tiempo q. fuere menester como lo haríades a my Real persona | q. en ello seré servido | y yros eys a alarcon q. le tiene en guarda | q. él os yuyará como lo aveys de hacer. Del bosq. de segobia cinco de setiembre de mdxxv años.—YO EL REY.»—(ACAD. DE LA HIST.—*Papeles de familia de Gerónimo de Zurita.*—A. 110, fol. 13.—Este documento ha sido publicado por el Sr. Rodríguez Villa en su bello libro *Italia después de la batalla de Pavía.*)



Por Marzo de 1526, permaneciendo incumplimentadas las capitulaciones de Madrid, al señor de Castilmont, segundo Presidente del Parlamento de Burdeos y Embajador que el Rey Francisco había enviado con sus credenciales «para residir cabe vos é de día en día os hazer sauer de mí nuebas é vos dezir algunas cosas que le é mandado», escribió el Rey Carlos en Granada «que el Rey de Francia, vuestro amo, havia hecho *laxemente y maxchantemente* de no me hauer guardado la fée que yo tengo dél, segun la capitulacion de Madrid, y que si él quería dezir en contrario, yo le mantendré de mi persona á la suya; y que son estas las mismas palabras que yo dixé al Rey, vuestro amo, en Madrid; *que yo le ternia por LAXCHET ET MECHANT si él me faltaba de su fée que tengo dél; y en lo dezir, yo le guardo mejor lo que e prometido, que él no haçe á mí.*» Aunque á esto el Rey Francisco no contestó, en Enero de 1528, hallándose la corte del Emperador en Burgos, llegaron heraldos de los Reyes de Francia y de Inglaterra á desafiar al Emperador. Recibidos con gran aparato y cortés cordialidad, y dadas sus embajadas, y contestadas convenientemente, el Emperador dijo á Guiena, el Rey de armas del francés: «*Bien haueys oydo lo que tocante á vuestro officio os é dicho: lo que soys obligado á dezir, os ruego que lo hagays.*»—El Rey de armas respondió:—«*Syre, sin falta alguna yo lo haré.*»—Entonces el Emperador le dijo:—«*Allende desto, direys al Rey, vuestro amo, que creo no a sydo auissado de çierta cosa que yo dixé en Granada al presidente, su embaxador; que á él ba mucho, y que le tengo yo por tan gentil Príncipe, que si lo oviese sabydo, me haurya ya respondido: que hará bien de sauerlo de su embaxador; porque por ello conosçerá como le e yo mejor guardado lo que en Madrid le prometí, que no él á mí. Yo os ruego que se lo digays assí al Rey, y mirad que no hagays falta.*»—Eldicho Guiena, Rey de armas, respondió:—«*Sin falta alguna, Syre, yo lo haré.*»—Y hecha la reverencia, se fué.

En la *Historia de la vida y hechos del Invictísimo Emperador Don Carlos de Austria, V de este nombre, Rey de España,*



que por su mandado escribió Pero Mexía, su cronista, que no llegó sino hasta la coronación imperial de Bolonia, que manuscrita conservó en su despacho el Cardenal Granvela y que permanece inédita todavía, se anuda el hilo de los sucesos, diciendo: «Guiena, pues, dió el recaudo al Rey, y siendo avisado del dicho embajador, si no lo había sido antes de las dichas palabras, queriendo hacer el cumplimiento que le pareció sobre ello, desafiando al Emperador, aunque con más dilación de lo que parecía que fuese menester, estando el Emperador en Aragon, en la villa de Monzon, haciendo Cortes de aquellos reinos, en el mes de junio de este año, cuando el cerco y guerra de Nápoles estaba en el mayor hervor y furia, llegó allí Guiena, Rey de armas, acompañado de un gentil-hombre, llamado Montalvo, que era gobernador de Fuenterrabía, que por mandado del Emperador había con él venido para guiarle y hacerle tratar bien.»

Desde esta parte nada puede escribirse más lacónico y elocuente que la *Relación que envió el Emperador al Duque del Infantado*, en 15 de Junio, al pedirle su parecer sobre el desafío. Dice así: «En el día de la Trinidad, 7 días del mes de junio de 1528 años, Guiena, Rey de armas del Rey de Francia, llegó á las cinco horas después de medio día, á la villa de Monzon, que es en el Reyno de Aragon, acompañado de un gentil-hombre, llamado Gonzalo de Montalvo, el cual es Gobernador de Fuenterrabía, por mandado que el Emperador Rey, nuestro Señor, había ordenado para que tanto mejor el dicho Guiena fuese tratado, guiado y enderezado por el camino á que ninguno osase hacerle ningún displacer. El dicho Guiena, para cumplir lo que S. M. había mandado para siempre le hacer buen tratamiento, vino á apearse á la posada de Juan Aleman, señor de Bonclanes y del Concejo, y primer secretario de S. M., y el Guiena dijo al dicho señor de Bonclanes, cómo él venía para cosas muy importantes, que tenía á cargo declarar á S. M. y no á otro ninguno; y preguntándole el dicho señor de Bonclanes si había bien entendido la diligencia que



S. M. había mandado hacer para enviar al dicho Guiena el salvoconducto que había deseado, aunque no le fuera necesario, según los privilegios de su oficio, entonces el dicho Guiena dijo, que era verdad, que desde 4 días de mayo, más cerca pasado, que él era venido á cartas al embajador Micer Nicoló Perinot, señor de Granvela, para le rogar de le hacer haber el dicho salvoconducto para entrar en los reinos de acá y venir á ejecutar su cargo, tal diligencia había sido hecha que había placido á S. M. de le hacer enviar tres salvoconductos por tres partes de la frontera de Francia, y había sido bien tratado en los reinos de acá, segun que S. M. de su liberalidad y bondad lo había mandado; y que además, él había encontrado en su camino por este reino un correo de S. M. con cartas del dicho señor de Bonclanes al dicho gentilhombre Gonzalo de Montalvo, encargándole otra vez de parte de S. M. el buen tratamiento del dicho Rey de armas, y que no le fuese dicho ningún displacer: y que dicho gentilhombre le había dicho que cuanto mayor diligencia hiciere en venir á ejecutar su cargo, tanto más placer recibiría S. M., y que en este negocio hiciese libremente y á su voluntad, todo lo que el dicho Rey, su amo, le había mandado sobre la materia por lo que venía. El dicho señor de Bonclanes respondió al dicho Guiena que fuese bien venido, y que S. M. entendia que así fuese hecho en su tratamiento, como el dicho Montalvo le había dicho, y que siempre debía ser mejor tratado y honrado en estos reinos él fuese, y que avisaría á S. M. de su llegada, y no hacía duda que él sería bien y muy presto despachado.»

»Y el dia siguiente, que fue lunes, ocho dias del dicho mes de Junio, á la mañana, el señor de Bonclanes, por mandado de S. M., dijo al dicho Guiena que podia demandar audiencia cuando quisiese, porque S. M. deseaba mucho saber su cargo. E sobre esto el dicho señor de Bonclanes hizo dar aderezo al dicho Guiena para ir al señor Conde de Nassau, Marqués de Zenete, camarero mayor de S. M., para saber de él la hora que placia á S. M. de la dar para su audiencia. El dicho Guiena,



llegado al dicho señor Conde de Nassau, en su posada, le dijo haciendo la reverencia: «Señor, yo tengo cargo del Rey, mi amo, é soberano señor, os rogar de saber la hora que yo podré ser oído de S. M.; porque tengo mandamiento de le presentar un cartel e le decir algunas cosas de parte del dicho Rey, mi amo, que son de grande importancia». Sobre que el dicho señor de Nassau le dijo:—*Rey de armas, el Emperador os verá de muy buena voluntad, y yo me voy á hablar á S. M. para saber la hora que le placia de os dar audiencia, y esperadme, que yo os traeré luego respuesta.* Lo que el señor de Nassau hizo, diciendo al dicho Rey de Armas:—*El Emperador ha mandado que vengais á las cuatro horas, despues de mediodia; que él os oirá de muy buena voluntad, y que os enviará á llamar á la dicha hora; porque S. M. quiere que seais honrado y bien tratado, y que no os sea fecho desplacer ninguno.*

»El dicho dia, lunes, 8 de Junio, á la hora de las cuatro, después de mediodía, el Emperador y Rey, nuestro soberano señor, seyendo en la dicha villa de Monzon en la casa donde posaba el Duque D. Hernando de Aragón (Príncipe de Calabria) Virrey de Valencia, en la cual casa solía posar el Rey católico, de gloriosa memoria, seyendo S. M. en una gran sala estando en su silla real aderezada como á su dignidad imperial pertenecía, y acompañado de los excelentes ilustres Duque D. Hernando de Aragon, Virrey de Valencia; D. Hernando, hijo del Rey de Bujia, y el Arzobispo de Zaragoza, Don Juan de Aragon; el Obispo de Sigüenza, Virrey de Cataluña; el Arzobispo de Tarragona, Canciller de Aragon; el Obispo de Palencia, el Obispo de Barcelona, e muchos otros Obispos; el Duque de Cardona, Marqués de Pallás, Condestable de Aragon; el Conde de Benavente; el Conde de Nassau, Marqués de Zenete; los Condes de Rivagorza, de Aranda, de Salinas, de Belchite, de Fuentes, de Santiago, Caballerizo mayor de Aragon; D. Juan Manuel; el Conde D. Hernando de Andrada; D. Juan de Lanuza, Visorrey de Aragon; los Comendadores mayores de las Ordenes de Calatrava y Alcántara; el señor de La-



Xão, Micer Luis de Flandes, señor de Peraet; Micer Nicoló Perinot, señor de Granvela y muchos otros nobles y grandes de Estado y de autoridad de muchas naciones que sería prolijo nombrarlos todos; hizo venir al dicho Guiena, Rey de armas, honradamente acompañado, e despues que el dicho Guiena fue entrado en el cabo de la sala, vistió su cota de armas, y andando hacia S. M. hizo tres reverencias hasta el suelo, e desde la grada más baja del estrado, donde S. M. estaba, el dicho Guiena, teniendo una rodilla en tierra mientras hablaba, dijo lo siguiente:—*Sire, segun los buenos tratamientos que de antes me habeis mandado me hacer, y al presente os ha placido que se me hiciesen, suplico á V. M. sacratísima me dé licencia de hacer mi oficio, y que despues yo me pueda volver seguro como yo soy venido.*—S. M. le respondió:—*Rey de armas, decid lo que habeis á cargo: que yo quiero que seais siempre bien tratado.*

«Entonces el dicho Guiena se levantó en pie y dijo lo siguiente: «*Sire, el Rey, mi amo e soberano señor, habiendo entendido por mí las palabras que V. M. me dijo e mandóle decir, e lo que antes e despues vos habeis dicho e proferido contra su honra, queriendola dar por limpia e pura e sin nenguna sospecha delante del mundo, como verdaderamente él lo puede hacer, me mandó por respuesta os traer este presente escrito, firmado de su propia mano, el cual, Sire, os placirá de ver, porque por él vos conocereis que él satisface enteramente en todo: y en lo demás me quiera dar V. M. licencia de me poder volver al dicho Rey, mi amo, porque no tengo comision ni cargo de otra cosa.*» El dicho Guiena, diciendo las palabras sobredichas, tenía en su mano un papel, mostrando que era para lo presentar é dar á S. M., sobre que S. M., antes de tomar ni recibir el dicho papel, dijo al dicho Guiena: «*Rey de armas; ¿habeis vos comision del dicho Rey, vuestro amo, de leer ese escrito que vos traeis?*» El dicho Guiena respondió: «*Sire, el Rey, mi amo, no me ha dado cargo ninguno de lo leer.*» Entonces dijo S. M. al dicho Guiena: «*Rey de armas, yo entiendo lo que me habeis dicho, y veré el escrito que me traeis, y haré de manera que yo*



*satisfaga á ello y guardaré mi honra, y esto tomo yo á mi cargo. El Rey, vuestro amo, habrá mucho que hacer en lo hacer asi, y le seria casi cosa imposible: y quanto á lo que puede tocar á mi derecho, mi canceller dirá lo que ha de decir.»—Y entonces el Gran Canciller dijo lo siguiente:—«S. M., á las protestaciones de antes hechas, protesta que cualquier cosa que diga ahora ó despues él no entiende perjudicar ni derogar á los derechos que le competen y le pertenecen por el tratado de Madrid y por la observancia de ello otramente; antes entiende esos derechos deben quedar en su fuerza e vigor, y que esta protesta se entienda ser repetida en todos autos que S. M. hará ó podrá hacer de aquí adelante, tocantes á esta materia.»—Esto dicho por el señor Gran Canciller, S. M. en el mismo instante dijo al dicho Guiena lo siguiente:—«Rey de armas, aunque yo tenga algunas causas por las cuales el Rey, vuestro amo, podrá ser tenido por inhábil de hacer tal auto, fuese contra mí ú otro, esto no obstante por el bien público de la Cristiandad e por ivitar mas grandes derramamientos de sangre, y que las guerras hayan fin, pues por otro medio no ha querido entender en ello, yo le quiero tener en este caso y no en otro por habilitado.»—E diciendo esto, S. M. tomó en su mano el dicho escrito que el dicho Guiena, Rey de armas tenía, e así cogido el dicho papel, como estaba, S. M. le tuvo despues en su mano, sin leer, ni ver lo de adentro durante este acto.—El dicho Guiena dijo á Su Majestad: «Sire, si la respuesta que vos hareis al Rey, mi amo, es la seguridad del campo e que os plega de me mandar de la llevar, yo tengo mandamiento expreso de lo hacer; pero si fuese otra cosa que la dicha seguridad, yo no tengo comision, ni mandamiento alguno de llevar nada de ello: por ende os placeará, Sire, de otra manera no me constreñir, como no es acostumbrado, ni enviar nada al Rey, mi amo, otra cosa que la dicha seguridad del campo, porque él no faltará de se hallar en ello con las armas, en las cuales él tiene intención de se defender como él os escribe: y quanto á mí os placeará me otorgar licencia de me volver al dicho Rey, mi amo y soberano señor, para le dar*



*cuenta de mi cargo.*» — S. M. respondió al dicho Guiena: — «*A vuestro amo no es á me dar ley por la cual yo me deba conducir. Yo haré, como ante vos he dicho ya, esta causa; y porque puede ser que habrá cosa en el escrito que ahora vos me habeis dado, á la cual yo querría responder y enviar persona propia, yo os encargo de me hacer haber un salvoconducto para la dicha persona, pues que vos no quisisteis venir sin mi salvoconducto.*» — Entonces Guiena dijo: — «*Sire, yo haré todo lo posible en el dicho Rey, mi amo, y le escribiré para haber el dicho salvoconducto, y creo que no habrá falta en ello.*» — Y sobre esto, sin tener otra causa de cargo, se partió para salir de la sala, Su Majestad, en el mismo instante, presente el dicho Guiena, mandó al dicho Juan Alemany, de su Consejo y primer secretario, hacer auto de todo lo sobredicho.»

Apenas se ausentó el Rey de armas, después de firmar el acta que se había levantado, y de que dió fe «como verdadero diçiente, que es el antiguo nombre de mi oficio», el Emperador, que continuaba en el solio y rodeado de toda su corte, mandó leer el *Cartel del Rey de Francia*, que decía así: «Nos François, por la gracia de Dios Rey de Francia, señor de Génova, etc., á vos, Carlos, por la misma gracia Emperador de los Romanos y Rey de las Españas, hacemos saber que nos, seyendo avisados que en algunas respuestas que habeis hecho á nuestros embajadores y heraldos á vos, por el bien de la paz, queriéndoos sin razón excusar, nos habeis acusado diciendo que habeis nuestra fe, e que sobre ella, ultra de nuestra promesa, nos eramos idos e partido de vuestras manos e de vuestra pujanza para defender nuestra honra, la cual en este caso seria demasiadamente cargada contra verdad, habemos bien querido os enviar este cartel, por el cual, *aunque todo hombre guardado no puede tener obligación de fe, e que eso nos fuese excusa suficiente*; esto, no obstante, queriendo satisfacer á cada uno en nuestra dicha honra, la cual Nos hemos querido guardar e guardaremos, si á Dios pluguiese, hasta la muerte, os hacemos entender que si vos nos habeis querido ó



quereis cargar no solamente de nuestra dicha fe e deliberanza, pero que Nos hayamos hecho jamás cosa que á un gentilhom- bre, guardando su honra, no debe de hacer, Nos decimos que vos habeis mentido por la gola, y que tantas veces que la di- reis, vos mentireis, siendo deliberado de defender nuestra honra hasta el postrero cabo de nuestra vida: por ende, pues que contra verdad vos nos habeis querido, como dicho es, cargar. Y de aqui adelante no nos escribais alguna cosa; *antes Nos asegurareis el campo e Nos llevaremos las armas*; protestando que, si despues de esta declaración, en otras partes vos escribis ó decis palabras que sean contra nuestra honra, *que la vergüenza de la dilación del combate sea vuestra*, visto que, viniendo al dicho combate, es el fin de todas las escritu- ras. Hecho en nuestra buena villa e ciudad de Paris á 28 dias del mes de Marzo de 1528 años, antes de Pascua.—(*Firmado*).—FRANCOIS.»—Este cartel se leyó en francés, y luego traducido al castellano, y cuando en la lectura venían las palabras *men- tis*, el Emperador, «así como con risa» dijo que «aquel que había hecho y firmado el cartel era el mentiroso».

La presentación del cartel se hizo por Guiena el 8 de Junio, y el 15 escribía el Emperador al Duque del Infantado, envián- dole todo el proceso escrito, más «por ser el caso de la calidad é importancia que es», y no queriendo contestar, «deseando ver primero vuestro parecer»; le encargaba disponerle su res- puesta antes del día 25, tanto porque su partida de Monzón sería muy en breve, y quería dejar antes terminado este nego- cio, «porque de camino no había buenas disposiciones para ello», cuanto porque «pues vos conoceis las mañas del Rey de Francia, y cuánto me conviene responder con brevedad, por- que con la dilación no pueda tomar, ni tome ocasión de pone- llas por obra», importaba todo cuidado y diligencia. La res- puesta del Duque del Infantado salió de Guadalajara el día 20; el Duque contestó, «no con nombre de consejo, mas con aviso de lo que yo haría si tal caso por mí pasara con otro de mi me- dida»; y en su dictamen se halló tan conforme con las ideas y



las determinaciones del Emperador, que éste mandó en seguida escribir á su dictado su *Cartel* al Rey de Francia. Con él salió sin pérdida de días Borgoña, su Rey de armas, para Fuenterrabía á esperar el salvoconducto que se había pedido por medio de Guiena, con orden de que no encontrándolo allí, despachase un trompeta para pedirlo, no debiendo descansar un momento hasta poner en manos del Rey Francisco la réplica imperial; en lo cual y el señalamiento del campo quedaba demostrado que «en ningun tiempo faltó el Emperador, como escribe Pero Mexía, que el desafío hubiese efecto, lo que de parte del Rey no pasó así».

Respecto á la réplica del César, he aquí sus principales párrafos:—«Carlos, por la divina clemencia, Emperador de Romanos, Rey de Alemania y de las Españas, etc.—Hago saber á vos, Francisco, por la gracia de Dios, Rey de Francia, que ocho de este mes, recibí vuestro cartel fecho á 28 de Marzo, *el cual de más lejos que de París pudiera haber venido más presto*, y conforme á lo que de mi parte fuí dicho á vuestro Rey de armas, os respondo á lo que decís que en algunas respuestas por mí dadas á los embajadores y reyes de armas que por amor de la paz me habeis enviado, que, *riéndome yo, sin causa excusar*, os acuso á vos que yo no he visto algun Rey de armas vuestro, sino el que me vino á Burgos *á intimar la guerra*, y cuanto á mí, no habiéndoos en nada errado, ninguna necesidad tengo de excusarme; *mas á vos vuestra falta es la que ahora os acusa*; y á lo que decís tener yo vuestra fé, decís verdad: entiendo por la que me distes por la capitulación de Madrid, como parece por escrituras firmadas de vuestra mano, *que volveríades á mi poder como mi prisionero de buena guerra, en caso que no cumplieredes lo que por la dicha capitulación habeis prometido*; mas haber yo dicho, como decís en vuestro cartel, que estando vos sobre vuestra fé contra vuestra promesa, os erades ido y salido de mis manos é de mi poder, palabras son estas que yo nunca dije, *pues jamás yo pretendí tener vuestra fé de no iros, sino de volver en la forma capitulada. Y si vos esto hi-*



*ciérades, ni faltara, ni faltárades á lo que debeis á vuestros hijos ni á vuestra honra. Y á lo que decís que para defender vuestra honra, que en tal caso sería contra verdad muy cargado, habeis querido enviar vuestro cartel, por el cual decís que aunque hombre guardado no puede haber obligación de fé, y que esto os era excusa harto suficiente; no obstante esto, queriendo satisfacer á cada uno y también á vuestra honra que dezís quereis guardar y guardareis, si á Dios place, hasta la muerte, me haceis saber que si os he querido ó quiero cargar, no solamente de vuestra fé y verdad, mas de haber hecho jamás cosa que un caballero amator de su honra no deba hacer, decís que he mentido por la gola, y que tantas cuantas veces lo dijere, mentiré, estando deliberado defender vuestra honra hasta la fin de vuestra vida, á esto os respondo que, mirada la forma de la capitulación de Madrid, vuestra excusa de ser guardado no puede haber lugar, mas que tan poca estima haceis de vuestra honra; no me maravillo que negueis ser obligado á cumplir vuestras promesas: y vuestras palabras no satisfacen á vuestra honra; porque yo he dicho é diré, *sin mentir*, que *vos habeis hecho muy ruinmente y muy villanamente* en no guardar la fé que me distes, conforme á la capitulación de Madrid. Y diciendo esto, *no os culpo de cosas secretas imposibles de probar*, pues parece por escrituras firmadas de vuestra mano, las cuales vos no podeis excusar, ni negar; y si quisiéredes afirmar lo contrario, *pues yo os tengo habilitado ya solamente para este combate*, digo que por el bien de la cristianidad, y por evitar efusión de sangre, y poner fin á esta guerra, y poder defender mi justa demanda, *mantendré de mi persona á la vuestra ser lo que he dicho verdad*. Mas no quiero usar de palabra con vos, *pues vuestras obras, sin que yo ni otro lo diga, son las que os desmienten*, y también porque *cada uno desde lejos puede usar de tales palabras, más que de cerca*.*

»A lo que decís que contra verdad os he querido cargar, y que de aquí adelante no os escriba cosa alguna, más de aseguraros el campo, *que vos traereis las armas*, conviene que ha-



yais paciencia que se digan vuestras obras y que yo escriba esta respuesta; por la cual digo que *acepto dar el campo* y soy contento de asegurároslo por mi parte por todos los medios razonables que para ello se podrán hallar; y á este efecto y por más pró de expediente, desde ahora os nombro lugar para el dicho combate, sobre el rio que pasa entre Fuenterrabía y Hendaya, en la parte y de la manera que de comun consentimiento sea ordenado por más seguro y conveniente; y me parece que de razon lo podeis de ninguna manera recusar, ni decir no sea harto seguro, pues en él vos fuisteis soltado, dando vuestros hijos por rehenes y vuestra fé al volver, como dicho es; y también visto que pues en el mismo rio fiásteis vuestra persona y la de vuestros hijos, podeis fiar bien ahora la vuestra sola, pues yo pondré también la mia, y se hallarán medios para que no obstante el sitio del lugar, ninguna ventaja tenga mas uno que otro, y para este efecto, y para concertar la eleccion de las armas, que pretendo yo pertenecerme á mí y no á vos; porque en la conclusion no haya largas ni dilaciones, podremos enviar gentiles hombres de ambas partes al dicho lugar, con poder bastante para platicar y concertar así á la igual seguridad del campo, como la elección de armas y el dia del combate y la respuesta que tocará á este efecto. Y si dentro de cuarenta días, despues de la presentación de éste, no me respondeis, ni me avisais de vuestra intención sobre esto, bien se podrá ver que la dilación del combate será vuestra, y que os será imputado e ayuntado con la falta de no haber cumplido lo que nos prometisteis en Madrid.»

El sesgo que desde aquí tomó el desafío del Rey de Francia al Emperador Rey de España, no correspondió á la idea de la grandeza de carácter que la historia atribuye al monarca francés. Antes de concluir Junio el Rey de armas Borgoña se estableció en la frontera hispano-francesa en el lugar que el Emperador había determinado. Todas las gestiones para obtener el salvoconducto pedido por el Emperador mismo á Guiena se frustraron, hasta que en el mes de Septiembre, y fia-



do en la inmunidad y los privilegios de su oficio, se presentó en París. En los *Anales de Aquitania*, impresos en Poitiers, y escritos por el mismo secretario del Rey Francisco que presencié y certificó todo lo que ocurrió en París, Mr. Gisbert Bayard, señor de Neuville, Baile de Montplasier y Vizconde de Mortaing, se halla la descripción de la audiencia concedida á Borgoña, en la cual, por parte del Rey Francisco, se faltó á todas las leyes de aquella exquisita cortesía con que Guiena había sido recibido por el Emperador en Monzón. Ciñéndonos al acta que suscribió é insertó después en sus *Anales*, excusamos juicios que pudieran tildarse de apasionados del cronista Pedro Mexía, del jurisconsulto Fortun García de Ercilla, ni de los demás que escribieron de estos sucesos con los documentos originales en su presencia.

Mr. Gisbert Bayard escribe así: — «En el principio de setiembre de 1528, el embajador de Hungría se fué á hablar al Rey. A los diez días fue avisado el Rey que el de Armas del Emperador electo era venido en París, y quiso, de parte de su amo, presentar algunas cartas. El Rey lo recibió en la gran sala; á mano derecha estaban sentados el Duque de Alenzon y el de Berry, y los Condes de Foix y d'Armagnac, el Duque de Vendôme, Par de Francia, y otros grandes, y los mayordomos y oficios palatinos y el Parlamento de París, y un número de gentiles hombres, no menor de doscientos. Entre los grandes estaba el embajador que había sido de España, Messer Juan de Calvimont. El Rey dijo á Borgoña:—*Rey de armas, ¿traes tú la seguridad del campo tal que mi agresor, tu amo, debe dar á un defendiente como yo?*—Borgoña respondió:—*Sire, vuestro placer será de me dar licencia de hacer mi oficio.*—El Rey:—*Dame la patente del campo, é yo te daré licencia de decir después todo lo que querrás de parte de tu amo.* — El Rey de armas empezó su discurso diciendo: — *La sagrada Magestad.*— El Rey le interrumpió y le dijo: — *Muéstrame la patente del campo: ca yo pienso que el electo Emperador sea tan gentil Príncipe, ó lo debe ser, que él no querría usar de tan gran hi-*



*pocresía que de enviarte sin la dicha seguridad del campo, considerado lo que le he enviado á decir, y también tú sabes que tu salvo conducto contiene que tú traes la seguridad del campo.—*

*El Rey de armas respondió:—Sire, yo creo y pienso traer cosa de que vuestra alteza se debe contentar. Debiérase acordar el Rey de los ilustres franceses, pues dicen que es tan entendido, que la mejor y la mayor parte de la fortaleza consiste en sufrir y en tener paciencia: que como de la fortaleza se trata en los peligros de muerte, que son mancomún en la guerra, así consiste principalmente, no en anticiparse á ellos, mas en sostenerlos.—*

*El Rey:—Rey de armas, dáme la patente del campo, dámela: y si ella es suficiente, yo la acepto, y después di lo que quieras.—*

*El Rey de armas:—Sire, yo tengo mandamiento del señor Emperador, mi amo y soberano, de no la dar sin que primeramente le digese alguna cosa de que encargo hé.— El Rey:— Tu amo no puede dar leyes en Francia y de otra parte las cosas son venidas á tal punto, que ya no es menester más palabras: y debes saber que yo no he hecho llevar palabras por mi Rey de armas á tu amo; mas lo que le he enviado á decir ha sido por escrito signado de mi mano, al cual no era menester otra respuesta que la dicha seguridad del campo, sin la cual no estoy determinado de darte audiencia. Ca tú podrías decir cosa que no te sería pasada, y tampoco no eres tú á quien yo tengo de hablar é de someter; mas solamente al electo Emperador.— El Rey de armas dijo entonces que le diese licencia y salvoconducto para volverse: lo que el Rey le otorgó, y dijo al dicho Rey de armas:—Toma auto,—y después lo pidió á Maestre Gisbert Bayard, consejero, notario y secretario de Estado y de la Cámara del Rey, que se lo dió.»*

En toda Europa se afeó que el Rey Francisco se hubiera negado á oír al Rey de armas del Emperador, violando el derecho público de las gentes. El Rey Francisco se defendió rechazando hasta el sitio del campo asegurado que el Emperador le daba, y Carlos V arguyó por medio del jurisconsulto García de Ercilla, que realmente no podía disponer de otros:



«No había seguridad en Inglaterra, decía, pues el Rey Enrique tenía desafiado al Emperador; ni en Hungría, porque el Rey era hermano de Carlos V; ni en Portugal, dos veces cuñado y primo hermano. Y para ir á otro lugar, ó había que atravesar por Francia, ó ir por los mares, infestados de enemigos. Con todas estas cosas, tuvo el Emperador voluntad de tentar otra vez si podría atraer al Rey de Francia á pelear, y redobló las diligencias convenientes para el combate; pero viendo transcurrir el tiempo sin que el Rey Francisco tomase otra determinación que pensionar á Pedro Aretino, á Andrés Alciato y otros escritores á fin de que saliesen á su defensa en Italia y otras partes de Europa, para hacer más cumplidamente lo que debía, escribió el Emperador á todos los Grandes de España, Alemania, Flandes é Italia, exhortándoles á darles su parecer, no como vasallos, sino como caballeros. A todos pareció que toda la solicitud que el Emperador pusiese en hacer más diligencias sobre este combate, sería sobrada y en vano; porque habiendo el Rey de Francia estado en poder del Emperador por vencido y prisionero, y habiéndole libertado y restituído á su reino y héchole tan grandes bienes, si no habían bastado los beneficios, ni la obligación de ser agradecido, ni la necesidad y el bien de la paz, ni el juramento y pleito homenaje del Rey y del caballero, no se debía esperar que él osase combatir con él mayormente sobre causa tan injusta y de tan gran culpa. Todos afearon su proceder y declararon al César que era indigno de pelear con caballero tan cumplido como lo era el Emperador.

Convencido éste al cabo de que el Rey de Francia «sólo quería dilatar este negocio, más con fraude que con intención de llevarlo á cabo,» renunció al duelo personal con su enemigo, y para buscar otros medios para dar la paz á Europa, en seguida marchó á Italia para coronarse en Bolonia, ir á socorrer á su hermano contra los turcos y á contener la propagación de la herejía de Lutero, que perturbaba todo el continente.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



# EL MARQUESADO DE BOGARAYA

(CUESTIÓN LEGAL)

---



*Erit lex.... manifesta.... ne aliquid  
per obscuritatem in captione contineat.*

S. ISIDORO.—*Etimologías.*

*¿Qué mayor desgracia puede suceder á  
una nación, que la de no tener leyes y  
reglas fijas por donde gobernarse?*

SEMPERE.—*Vínculos y Mayorazgos.*

## I

*La Gaceta* de 19 de Diciembre de 1899, publicó el siguiente anuncio de la *Dirección General de Contribuciones directas*:

«Transcurridos más de seis meses que señala el Real decreto de 28 de Diciembre de 1846 y la Instrucción de 14 de Febrero de 1847 desde el fallecimiento de D. Gonzalo Saavedra y Cueto, Marqués de Bogaraya, sin que conste que interesado alguno haya obtenido la sucesión en el antedicho título, se publica por *primera vez* la vacante con objeto de que los que se consideren con derecho á él, dirijan sus reclamaciones al Ministerio de Gracia y Justicia, en demanda de la Real carta de sucesión en la expresada dignidad, en el término preciso de seis meses señalado por las citadas disposiciones.—Madrid, 16 de Diciembre de 1899.—*El Director General, ANGEL GONZÁLEZ DE LA PEÑA.*»

Ocho días después, el 27 de los referidos mes y año, presentaba en Gracia y Justicia una instancia D. Rodrigo Saavedra y Vinent, Marqués de Villalobar, como más próximo heredero, según dice, de su tío D. Gonzalo Saavedra y Cueto, Marqués de Bogaraya; y tres días más tarde otra D. Hernán Ramírez de Saavedra y Alfonso, primogénito del Duque de



Rivas, como *inmediato sucesor* de su padre, heredero del Marquesado de Bogaraya, por muerte, sin descendencia, del último poseedor, segundo de la Casa de Rivas.

Son, pues, los dos solicitantes primos hermanos, nietos ambos, por línea de varón del célebre Duque D. Angel. Representa D. Hernán Ramírez de Saavedra la línea primogénita (1); y ostenta el Marqués de Villalobar la representación del tercero de los hijos varones del insigne poeta (2).

Tratándose de una familia que se ha manifestado en nuestra época como modelo de familias unidas, siendo proverbiales no sólo el común ingenio, sino el fraternal amor de todos sus individuos, alimentado por el diario comunicar de ideas y de afectos, y la reunión constante alrededor de aquella mesa presidida por el talento y la autoridad de la noble compañera del *Cantor de Malta*, no hay que buscar la presente pugna en motivos menos levantados que los del deber (3). Más que el

---

(1) Que conserva el patronímico *Ramírez*, honrado por el famoso D. Francisco, conquistador de Málaga y marido de *la Latina*, fundadores de dos mayorazgos en cabeza de sus dos hijos Fernando y Onofre (Nuflo), progenitores de los Condes de Bornos y de los Duques de Rivas.

(2) D. Angel Saavedra, tercer Duque de Rivas, tuvo los siguientes hijos, enumerados por orden de edad: Octavia, Marquesa de la Ribera; Enrique, Marqués de Auñón; Malvina, Marquesa del Villar; Gonzalo, Marqués de Bogaraya; Corina, Señora de Rubianes; Leonor, Marquesa de Heredia; Ramiro, Marqués de Villalobar; Teobaldo, Marqués de Viana, y Fausto, Conde de Urbasa. Todos tienen descendencia, menos Gonzalo y Teobaldo.

(3) Digo en *nuestra época*, porque en otras no se libró la ilustre Casa de Rivas de la grave carga de familiares disensiones. «El jueves, día de la Ascensión—escribe Pellicer en sus *Avisos de 3 de Mayo de 1644*—se celebró la boda del hermano tercero del señor Duque de Béjar, con la señora doña Leonor Velázquez Dávila, hija mayor y heredera del señor Marqués de la Puebla. No se halló en ella el señor Marqués de Rivas, medio hermano por su madre de la novia. Poco antes apartó casa y se retiró a Rivas, por razón de los pleitos que él y el señor Conde de Castellar, su hermano, han empezado á tener con su padrastro, en razón de la hacienda.»—(*Semanario Erudito*. Madrid. MDCCXC. Tomo XXXIII, pá-



ejercicio de un derecho, nos place declarar desde luego, que en esas opuestas solicitudes aparecen los dos sobrinos del Marqués de Bogaraya cumpliendo la que consideran sagrada obligación de conservar un título que recordará siempre á un simpático caballero, Príncipe de los jinetes españoles durante cerca de medio siglo, excelente Alcalde, querido y respetado Gobernador de Madrid.

*Nobleza obliga*, y la de los deudos del popular Marqués de Bogaraya no podía permitir caducase una dignidad, que ha logrado notoriedad en nuestros días y fue reivindicada para su Casa después de reñido pleito. Sin el anuncio de la Dirección de Contribuciones, el actual Duque, guardado el año de luto, impuesto por la costumbre y por el cariño que profesaba á su hermano, hubiera solicitado se extendiera á su favor la real carta; pero la penuria del Tesoro, sin duda, ó el más exacto cumplimiento de las disposiciones legales y la *Instrucción* de 5 de Diciembre último, le ha impedido hacer valer su derecho, causando el de *sus dos inmediatos sucesores*. Bien sabe el actual Duque de Rivas que no hubiera sido rechazada su instancia, por ser esa disposición legal, como tantas otras, letra muerta; pero hombre de un espíritu de rectitud, como conocemos muy pocos, entusiasta por la justicia, y naturaleza á quien instintivamente repugna todo lo que no sea marchar con la cabeza muy levantada por el camino recto, no ha querido exponerse á que se le recordara el riguroso precepto de los artículos 9.º del Real decreto de 28 de Diciembre de 1846, 6.º de la *Instrucción* para llevarle á efecto, y 136 del *Reglamento sobre procedimiento administrativo del Ministerio de Gracia y Justicia*. Si otros no, el Duque de Rivas cumple esas,

---

gina 170.) En los *Avisos* de 12 de Enero del mismo año, da cuenta del fallecimiento de doña Francisca de Ulloa, Marquesa de la Puebla, casada en primeras nupcias con el quinto Conde de Castellar, de quien dejaba al Conde *que hoy es*, al Marqués de Rivas, el aguerrido D. José Ramírez de Saavedra, y á doña Beatriz de Saavedra, Marquesa de Quiria, en Valencia.



como todas las leyes; la Patria y su Rey le han tenido siempre á su servicio: con envidiable perspicacia, aplaudido celo y caballeresca lealtad, representó á España y á su desventurada Reina en Florencia; cortesano de la desgracia, compartió con Isabel II las amarguras del destierro; formó parte de sus Consejos y mereció la confianza y amistad del malogrado Don Alfonso, á quien acompañó desde París á Madrid y á quien representó en los funerales del Príncipe Imperial. Cánovas, conocedor del mérito que, á pesar de la modestia empeñada en ocultarle, reconocen todos en el digno heredero del gran Duque de Rivas, le ofreció la cartera de Estado: rechazó ese y otros importantes cargos que pudieran redundar en su provecho ó personal honor y brillo; pero, á la menor indicación de la augusta madre de su Rey, prescindiendo entonces de enfermedades y achaques, que jamás ha padecido su enérgica voluntad, fué á Granada y presidió aquellas solemnes fiestas de la coronación de Zorrilla, representando á su soberana, como lo hicieran en tiempos mejores, y en más arduos negocios, un Diego Hurtado de Mendoza, un Saavedra Fajardo ó un Condestable de Castilla.

## II

«Los Títulos se equiparan en cuanto á la sucesión á los mayorazgos y, por lo tanto, lo mismo que respecto de estos acontecía, la sucesión es perpetua en todas las líneas: principio no sólo conforme con la voluntad presunta del fundador, en cuanto ésta supone ser que dure y se perpetúe, cuanto con los principios á los cuales se debe en los Estados la existencia de una aristocracia titulada, según los cuales, para que ésta cumpla los fines de su institución, debe entenderse y transmitirse de sucesor á sucesor por una continuidad de tiempo ilimitada» (1).

(1) Dictamen de la Sección de Estado y Gracia y Justicia del Consejo Real en el expediente sobre sucesión en el Marquesado de Valle-Ameno,



Porque en los títulos de Castilla, según la jurisprudencia constante del Tribunal Supremo, «se sucede por el orden de los mayorazgos regulares, si no se previene otra cosa en la concesión» (1); «se reputa regular todo mayorazgo, mientras no se acredite lo contrario» (2); y «todo mayorazgo se presume regular y sujeto en el orden de sucesión al que establece la ley 2.<sup>a</sup>, tít. XV, Partida 2.<sup>a</sup>, siempre que el fundador no haya dispuesto expresa y claramente lo contrario (3). Es la famosa ley de sucesión á la Corona, que rige ordinariamente la de los títulos de Castilla, como no se trate de alguno de libre elección ó irregular, pues en la sucesión de títulos, como en la de los mayorazgos, «todas las reglas ceden á la voluntad del fundador, según dispone la ley 5.<sup>a</sup>, tít. XVII, libro X de la *Novísima Recopilación*» (4).

Es indudable, pues, que la antigua legislación vincular subsiste hoy en lo referente á Títulos y Grandezas: las leyes desvinculadoras que introdujeron tan radical modificación, cambio tan profundo en el régimen de la propiedad material, no destruyeron los fundamentos de esta otra menos tangible, y que, como de carácter honorífico, se vió inmune de los ataques que despertara la codicia.

«Los títulos, prerrogativas de honor y cualquiera otra preeminencia de esta clase, que los poseedores actuales de vinculaciones disfrutan como anejas á ellas, *subsistirán en el mismo pie, y seguirán el orden de sucesión prescrito en las concesiones escrituras de su fundación ú otros documentos de su*

---

13 Julio, 53, pág. 31 del folleto *Grandezas de España y Títulos del Reino*.—*Compilación de las antiguas leyes, Reales decretos y Reales órdenes, dictadas desde el año 1846, de la jurisprudencia del Tribunal Supremo y de varios dictámenes del Consejo de Estado*.—Madrid.—Imprenta de la *Revista de Legislación*....., 1898.

(1) Sentencia de 6 de Diciembre de 1879, pág. 34 del folleto citado.

(2) Idem de 4 de Octubre del 62, pág. 35 del folleto.

(3) Idem de 27 Jul. 82, pág. 36 del id.

(4) Sentencias: 13 Marzo 65; 26 Enero 66, y 5 Abril 69, pág. 35 del id.



procedencia», dijo el art. 13 de la ley desvinculadora del año 20, que constituye, después de la de 19 de Agosto de 1841, el verdadero estado de derecho en la materia.

Importa rectificar el error de que los títulos y grandezas han sido *desamortizados*, pues lejos de ello, subsisten *en el mismo pie* que antes de la Revolución española; siguen vinculados, y están sujetos á las normas del régimen jurídico que les dió vida.

Por eso pudo declarar el Tribunal Supremo en 12 de Julio de 1879, que «la voluntad del fundador debe cumplirse en todo cuanto sea compatible con *la libertad de los bienes, único objeto que se propuso la ley de 11 de Octubre de 1820*», y por eso escribió el insigne Pacheco: «El punto y objeto principal de esta ley, tal como lo habían concebido los legisladores de 1820, estaba terminado con los artículos de que hemos hecho mención hasta el presente (1). Ya se había dispuesto la desamortización de las fincas que componían las vinculaciones, ya se habían dado las reglas que deberían seguirse en su disolución y extinción. Con más ó menos acierto estaba concluída la obra capital á que llevaba á nuestras Cortes el espíritu liberal de la época; la razón económica había triunfado enteramente de las antiguas razones políticas, y héchose completo lugar en nuestra legislación española. Pero había algo adherido á los vínculos que no consistía en bienes materiales, y que, sin embargo, tenía en realidad valor é importancia en una nación como la nuestra. Sin hablar de privilegios y prerrogativas que no estuviesen conformes con la Constitución y los principios de igualdad legal consignados en ella, podían ocurrir, desde luego, al ánimo, varias distinciones de honor concedidas á los poseedores de los vínculos, varios derechos personales perpetuados también en éstos, y que ni los unos ni los otros eran capaces de división entre sus hijos y descendientes. Las grandezas y títulos por un lado, los derechos de presentación y pa-

---

(1) Los doce primeros.



tronazgo por otro, correspondían, sin duda, á tales clases, y exigían por lo mismo alguna declaración que completase el cuadro de la reforma proyectada. Las Cortes lo conocieron así, y decretaron el artículo que acabamos de copiar (1). Por él *conservaron la vinculación de los títulos nobiliarios...*» (2).

Mucho se engañará, no obstante, quien crea que esa vinculación fue absoluta. Influidos aquellos legisladores por el espíritu de la época, establecieron en el mismo art. 13 una excepción que vulneraba gravemente el principio vincular. «Pero si los poseedores—de las prerrogativas que salvaba de la supresión dice—disfrutasen dos ó más grandezas de España ó títulos de Castilla, y tuviesen más de un hijo, podrán distribuir entre éstos las expresadas dignidades, reservando la principal para el sucesor». Esta facultad, concedida á los *poseedores* actuales, ó sea coetáneos de la ley, se hizo *extensiva á los sucesores de aquéllos* por la ley de 17 de Junio de 1855 (3), entendiéndose la sección correspondiente del Consejo de Estado que se trata de una *facultad absoluta sin preferencia de sexo ni edad*. En virtud de facultad tan amplia, vemos continuamente poseídos por segundones títulos y grandezas que, según el puro espíritu de la legislación vincular, debieran llevar los primogénitos.

El rigor de la ley ha sido, fue, mejor dicho, suavizado por la costumbre. Los poseedores de varios títulos no se han creído con derecho á disponer de ellos sin contar con sus inmediatos sucesores; y en 1865, el Duque de Rivas, antes de ceder el Marquesado de Bogaraya, solicitó y obtuvo el permiso de su hijo primogénito el Marqués de Auñón; y hoy, D. Alonso Alvarez de Toledo, segundo del Marqués de Martorell, ha impetrado el consentimiento del jefe de su casa, el Duque de Medi-

---

(1) El 13.

(2) *Comentarios á las leyes de desvinculación...*, por D. Joaquin Francisco Pacheco.—Cuarta edición.—Madrid, 1850, pág. 61.

(3) Pág. 62 del folleto.



nasidonia, y de sus inmediatos sucesores, antes de pedir la Real Carta de sucesión en el Marquesado de Villanueva de Valdueza, vacante por muerte de su tío D. Pedro, hermano menor del actual Jefe Superior de Palacio. Pruebas son estas de cortesanía y buena crianza que no mandan las leyes, y mucho menos á los bien nacidos, por suponer las aprendieron desde la cuna. De ridículo ha sido tachado el art. 6.º de la Constitución de Cádiz, que enumera entre las obligaciones de los españoles la de *ser justos y benéficos*, y extemporánea sería la prescripción legislativa que recordara, á los que presumen de nobles, la necesidad de mostrarse urbanos y fieles observantes del cuarto precepto del Decálogo, primero de los que se refieren al provecho propio y del prójimo, y base de toda organización social. Las Casas, como las sociedades, no pueden mantenerse sin grandes hábitos de respeto, sin rodear á la autoridad y á la persona que la ejerce de todo género de consideraciones, pues en ellas es la jerarquía tan indispensable como en todo humano consorcio. Labor verdaderamente patriótica realiza el que se esfuerza en fortificar los vínculos de subordinación, hoy tan relajados, y en restablecer la disciplina social, harto menospreciada al presente. No se olvide que el cuarto mandamiento es el único que lleva aparejado su premio y sanción en este valle de lágrimas, y que en ese precepto «Honra á tu padre y á tu madre para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará», comprendidos se hallan los superiores. Nadie duda, en familias tradicionales y católicas, que lo sea el hermano mayor, á quien Dios *da á entender quel adelanta y le pone sobre los otros porque lo deben obedecer et guardar así como á padre et á señor* (1). Rendido á la evidencia de estas enseñanzas, solicitó el Marqués de Viana de su hermano mayor, jefe de su Casa, antes que de su Reina, el permiso que juzgó necesario para disponer de su Título y Grandeza en favor de su sobrino el Conde de Urbasa; y de tal modo obse-

---

(1) De la famosa ley 2.<sup>a</sup>, tit. XV de la Partida 2.<sup>a</sup>

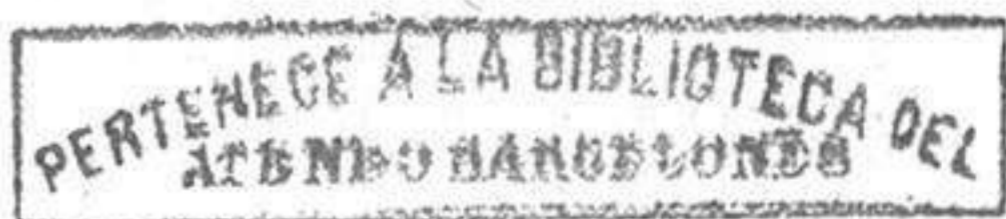


quioso con el representante de la autoridad familiar ha de mostrarse siempre quien tenga en algo los derechos de la sangre y aspire, no al mero nombre, sino á la realidad de bien nacido, digno de ostentar una distinción nobiliaria. ¡Desdichado del pueblo ó del hombre que no cumple más deberes que los escritos en las leyes humanas!

Pero, apartándonos de esta digresión á que nos ha llevado el pesar producido por los hábitos de insubordinación é indisciplina que connaturalizándose con nosotros amenazan destruir todo espíritu de obediencia, y con él todo germen de ordenada vida social, repitamos con el competente comentarista Pacheco que los legisladores del año 20 *conservaron la vinculación de los títulos nobiliarios*.

Este es el principio, la ley, la norma suprema que puede sufrir la modificación pasajera á que autoriza la facultad que hemos citado, pero sin quitar á los títulos su esencial carácter vincular. Así, por ejemplo, el padre de tres hijos, poseedor de dos títulos, podrá, reservando el principal al primogénito, ceder el otro al menor, pero no evitar que por ministerio de la ley vaya ese título cedido al respectivo primogénito, ó al sucesor inmediato. En una palabra: la facultad de distribuir los títulos no comprende la de variar el orden de sucesión: el poseedor es un mero usufructuario, no es fundador, ni por tanto legislador, sino súbdito: por concesión graciosa de la ley puede privar, *por una vez*, al inmediato sucesor de alguno de los títulos que sin el uso de esa facultad heredara, pero no le es lícito convertir en perpetuamente irregular un mayorazgo regular.

## III



El 25 de Julio de 1683 publicóse en la Real Cámara la merced de Título de Castilla concedida por el Sr. D. Carlos II á D. Francisco José de Zapata Bernuy de Mendoza, el cual designó como sujeto y nombre de la dignidad con que se le hon-



raba su cortijo de Bogaraya, antiguamente Bocharaya, fertilizado por una de las ramblas de la sierra granadina, que hace de aquel suelo uno de los más privilegiados de la naturaleza (1). En 12 de Agosto de 1687 se canceló el título de Vizconde por el de Marqués, que siguió transmitiéndose por las leyes de sucesión á la Corona, ó sea de un mayorazgo regular, llevándolo en 1831 con el marquesado de Lugros, D. Francisco de Paula Mora y Chirino.

Cuando la *Guía Oficial* empezó á publicar en 1848 el *Catálogo alfabético de los Grandes de España y Títulos del Reino, que están legalmente autorizados para hacer uso de sus respectivas dignidades*, debía estar vacante nuestro marquesado, pues no figura en ese Catálogo hasta la *Guía* de 1866, en que aparece en cabeza del último poseedor, D. Gonzalo Saavedra y Cueto, que obtuvo la Real Carta el año 1865 en virtud de la cesión que le hizo su padre, previa la renuncia de su hermano el Marqués de Auñón, hoy Duque de Rivas. El padre de ambos no cedió de un modo absoluto, sino que, previendo el caso de que D. Gonzalo muriese sin descendencia, declaró ser su voluntad volviese á la casa ducal de donde procedía, estableciendo la cláusula de reversión, considerada como implícita en estas concesiones. Creemos que dicha condición era perfectamente inútil, pues no hacía más que confirmar el regular orden sucesorio: esto es, con ella y sin ella, el marquesado de Bogaraya, título desprendido de la casa ducal de Rivas, hubiera vuelto á ella, porque se trata de un mayorazgo regular, y así como si el último Marqués D. Gonzalo hubiera tenido hijos, nadie disputaría á su primogénito la cualidad de heredero de su padre, temerario es disputar al hermano mayor y á su línea esa cualidad.

«En las vinculaciones regulares se sigue el orden establecido en la ley 2.<sup>a</sup>, título XV, partida 2.<sup>a</sup>, para la sucesión á

---

(1) Pertenece hoy al término municipal de Canjayar, provincia de Almería.



la Corona. Con arreglo á las prescripciones de dicha ley, *la línea del primogénito debe ser preferida á las demás*, á las cuales sólo pasa el mayorazgo después de extinguida la primera, y en todas ellas tiene lugar el derecho de representación.» Tal es la doctrina, que repetimos con palabras del Tribunal Supremo, según las transcribe oportunamente el apreciable folleto *Grandezas de España y Títulos del Reino. Compilación de las antiguas leyes, Reales decretos y Reales órdenes, dictados desde 1846, de la jurisprudencia del Tribunal Supremo y de varios dictámenes del Consejo de Estado*, útil acopio de materiales para la prometida ley sobre esta materia, llevado á cabo, según tenemos entendido, por el digno Jefe del Negociado correspondiente en el Ministerio de Gracia y Justicia, Sr. D. Camilo Marquina y Kindelán (1).

Contra lo terminante de la ley y lo explícito de la sentencia citada no caben opiniones ni dictámenes, aunque sean tan dignos de respeto como los del primer Cuerpo Consultivo de la Nación. Si éste creyó «que lo más contrario al espíritu de la ley del año 20 es que reviertan á la línea desposeída los títulos distribuídos», el Tribunal Supremo, interpretando fielmente la legislación vincular, ha sentado siempre la verdadera doctrina de que *la línea del primogénito debe ser preferida á las demás, á las cuales sólo pasa el mayorazgo, ó el título, después de extinguida la primera*. Y ello es indudable, pues de las cuatro cosas á que hay que atender en materias sucesorias, la *línea*, el *grado*, el *sexo* y la *edad*, la primera es la *línea*, y por eso la sobrina menor de la línea primogénita excluye á los hermanos segundones, aunque puedan por su edad ser abuelos de la tal sobrina. «En los vínculos de sucesión regular—dijo el Tribunal Supremo en su sentencia de 24 de Febrero de 1865 y en cuantos casos han ocurrido,—radicado el derecho de suceder en una hembra, cuando ésta muere le tiene su hija única, con preferencia al hijo varón de su hermano menor.» Los tí-

(1) Página 36.



tulos, como la Corona, son heredados por aquellos que vienen por *línea derecha*; y á falta de descendientes varones ó hembras, *debe heredar el regno*, ó el título, *el más propinco pariente que hi hoviere*. ¿Se atreverá alguien á sostener que el hermano menor es *más propinco pariente* que el hermano mayor? Los dos, se contestará, están en el mismo grado; pero el mayor ha de ser preferido, porque es de mejor *línea* y de más *edad*. Así se ha entendido siempre, y por eso, para citar casos notorios, muerto el Duque de Feria, D. Antonio María Fernández de Córdoba y Ponce de León, segundo de la Casa de Medinaceli, sin hijos, volvió el Ducado á su hermano D. Luis Tomás, abuelo del actual; y de igual suerte, muerto sin descendientes el Marqués de Viana, hubiera ido este título á su hermano mayor el Duque de Rivas; y para evitarlo, solicitó y obtuvo la real autorización, en cuya virtud se lo dejó á su sobrino el Conde de Urbara, hijo de su hermano menor é *inmediato sucesor*, según la extraña teoría del Consejo de Estado en el aludido dictamen.

## IV

«La recta acepción en que se toma la palabra *inmediato sucesor*—dice tan singular dictamen—hace suponer que las líneas, llamadas en casos como éste, son las inmediatas á la favorecida con el título, ó sea la que le sucede en el orden de genitura.» Aquí, como se ve, tórnase la palabra *inmediato* por siguiente, posterior, lo que viene detrás, traducción antigramatical, pues según el origen etimológico, sancionado por el Diccionario de la Real Academia Española, *inmediato* es sencillamente *contiguo*, lo que está al lado de otro sin que haya nada enmedio ó entre los dos. De aquí que tan *inmediato sucesor* sea el padre, como el hijo, como el hermano, según el orden de los llamamientos ó las leyes de sucesión. También se emplea anfibológicamente en el dictamen la palabra *suceder*,



que no indica siempre el posterior en tiempo, sino el posterior en derecho. Ciertamente que ordinariamente los hijos posteriores en tiempo no lo son en derecho, á pesar de la conocida máxima *prius in tempore, major in jure*; pero no menos cierto que á falta de hijos, según la mayor parte de las legislaciones, entre ellas la castellana, heredan ó suceden los padres, lo que demuestra no ser cierto lo imaginado por muchos, de que las herencias no retroceden nunca, yendo siempre adelante. Por monstruosa se tiene en Castilla á la legislación aragonesa, según la cual los hermanos y sobrinos apartan de la herencia á los padres y abuelos, porque *en las sucesiones de Aragón los bienes bajan, pero no suben* (1).

«Segund el curso de natura, é la voluntad de los padres, deben heredar los fijos los bienes dellos..... mas porque acaesce á las vegadas, que los fijos mueren ante que los padres é los abuelos..... conviene que digamos, como deben heredar los ascendientes á aquellos que descendieron dellos», (2) escribió Alfonso el Sabio en su inmortal Código: y las leyes 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup> de Toro, corrigiendo las de Partida, dispusieron: «Los ascendientes legítimos por su orden é línea derecha sucedan ex testamento é abintestato á sus descendientes, y les sean legítimos herederos, como lo son los descendientes á ellos *en todos sus bienes de cualquier calidad que sean*, en caso que los dichos descendientes no tengan fijos ó descendientes legítimos» (3). «El

(1) Véase *Concordancias..... del Código Civil Español*, por..... don Florencio García Goyena.—Madrid, 1852. Tomo 2.º, pág. 182.

(2) Ley 4.<sup>a</sup>, tít. 13, part. 6.<sup>a</sup>

(3) Como los ascendientes, á falta de descendientes, son herederos suyos, *en todos sus bienes de cualquier calidad*, el padre hereda el Título del hijo que muere sin descendencia, y lo hereda *ipso facto* por ministerio de la ley, según ha declarado Gracia y Justicia en cuantos casos han ocurrido. Si los derechos hereditarios nunca *subieran*, sería imposible la sucesión, no sólo en la línea ascendente, sino en la transversal, pues el hermano y el sobrino suceden *en representación* del padre ó del abuelo, tronco común, ó lazo de unión, según los casos, del difunto y de su here-



hermano para heredar *ab intestato* á su hermano, no pueda concurrir con los padres ó ascendientes del difunto.» Los Reyes Católicos prefirieron el Fuero Real á la Novela 118, pues sabido es que la ley 1.<sup>a</sup>, título 6.<sup>o</sup>, libro 3.<sup>o</sup> de aquel Código dispone: «E si home qualquier muriese sin manda, y herederos no hobiere..... el padre é la madre hereden toda su buena comunamente..... é si no hobiere padre ni madre, heredenlo los abuelos, ó dende arriba.» Ya el Fuero Juzgo había dicho: «En la heredad del padre vienen los fijos primeramente. E si non oviere fijos, devenlo aver los nietos; é si non oviere nietos, devenlo aver los bisnietos. E si non oviere fijos, ni nietos, ni padre, ni madre, devenlo aver los abuelos» (1).

Y este es el derecho consignado en el Código Civil.

«La sucesión, dice el artículo 930, correspondé en primer lugar á la línea recta descendente.» «A falta de hijos y descendientes legítimos del difunto le heredarán sus ascendientes, con exclusión de los colaterales,» prescribe el 935. Parece que no puedo presentar argumentos legales más concluyentes contra los que afirman que la herencia jamás sube. Pero quiero ofrecerles otro argumento de hecho y decisivo, pues que se trata de sucesión á la Corona. Muerto Luis I sin hijos, *no bajó* la sucesión al Trono, sino que *subió*: y Felipe V, á pesar de su absoluta y terminante renuncia, y del parecer de la Junta de Teólogos, contrario al del Consejo, volvió á ser Rey de España; como el gran Duque de Rivas, D. Angel Saavedra, si viviese, hubiera heredado de su hijo el marquesado de Bogaraya.

Porque, y conviene recordarlo, los títulos, á semejanza de

---

dero. En la cuestión objeto del presente artículo los dos pretendientes *representan* á sus padres respectivos, el Duque de Rivas y el Marqués de Villalobar; los cuales son llamados, ó tienen derecho al Marquesado de Bogaraya, cada uno en su lugar, porque *representan*, á su vez, al padre de ambos, al Duque D. Angel. No hay árbol sin tronco, ni parentesco natural ó de consanguinidad sin ascendiente común.

(1) Ley 2.<sup>a</sup>, tit. 2.<sup>o</sup>, lib. iv.



los mayorazgos, se heredan *ipso facto*, por ministerio de la ley, sin declaración de ningún género: el Príncipe de Asturias sucede al Rey de España inmediatamente de morir éste, y el heredero de un Título sucede en él desde el momento de morir el último poseedor causante de la herencia. Lo que hay es que ni el Rey, ni el título pueden, ó deben, al menos, usar de sus derechos y prerrogativas sin cumplir ciertas formalidades que servirán para manifestar ó declarar el derecho, pero no para crearlo.

## V

Elemental es la distinción entre poseer un derecho y tener su ejercicio. El diácono á quien confieren el sacerdocio, adquiere por la ordenación el alto y sublime derecho concedido por Cristo, Nuestro Señor, la noche de la Cena, y, sin embargo, no puede ejercerle sin permiso del Obispo. Un presbítero, desde el punto de serlo, tiene facultad de consagrar, y, no obstante, necesita licencia para decir misa. Pues lo mismo el heredero de un título adquiere su derecho á él desde que muere su causante, pero no puede llamarse tal título si no ha pagado los derechos correspondientes. Como en el Señorío de Bizcaya y en la Monarquía aragonesa no se llamaba Señor ni Rey al heredero de la Corona hasta después de jurar los fueros. (1)

Ahora bien; puede darse el caso de que el heredero no cumpla esas formalidades, y como los derechos no han de estar á merced de un particular y separados de su ejercicio, la ley fija un término, dentro del cual se entiende que renuncia á él, causando el de sus inmediatos sucesores, pues sería inicuo que el error ó falta personal de un solo individuo perjudicase á toda una familia.

---

(1) Por esta razón no figura D. Luis I entre los señores de Bizcaya: y se resistió en Aragón reconocer al hijo de Carlos I.



Oigamos al legislador: *Todo sucesor de Grandeza ó Título que á los seis meses de haberlo heredado estuviese sin pagar el derecho establecido..... y sin sacar la correspondiente carta..... se entiende que ha renunciado por sí su derecho á la Grandeza ó Título..... siguiendo el mismo plazo de seis meses para cada uno de sus dos inmediatos sucesores.* (1) Tan grande es la importancia de este Decreto, expedido en virtud de la autorización concedida al Gobierno por la Ley de Presupuestos de 1845, que por él se rigen las sucesiones de las Grandezas y Títulos; y á él están subordinadas las leyes de Partida y de la Novísima; según declaró el Tribunal Supremo en sentencia de 31 de Diciembre de 1863.

*Si pasado el término de los seis meses expresados estuviese el sucesor en la Grandeza ó Título vacante sin satisfacer el derecho establecido, se hará constar así en los índices y registros abiertos, y se publicará además por la Dirección general (2) en la Gaceta, para que desde entonces se empiecen á contar las dos sucesiones posteriores que deben preceder á la supresión del Título ó Grandeza (2).*

*Al ocurrir la vacante de un título nobiliario, se anunciará de oficio por seis meses en la Gaceta de Madrid y Boletín Oficial de la provincia del domicilio del último poseedor, dentro de cuyo plazo habrá de solicitarlo el inmediato sucesor; si éste no se presentara caducará su derecho, y se publicará por otros seis meses citando al segundo, y si tampoco concurriera tendrá lugar la tercera y última publicación, para que en otro plazo igual el que le siga en orden de sucesión, acuda si se cree con derecho.*

Al pie de este art. 136 del Reglamento de 17 de Abril de 1890, sobre procedimiento administrativo del Ministerio de Gracia y Justicia, dice acertadamente el autor de la Compila-

(1) Art. 9.º del Real decreto de 28 de Diciembre de 1846.

(2) De Contribuciones.

(3) Art. 6.º de la Instrucción de 14 de Febrero de 1847.



ción citada: «Como las vacantes de los títulos los anuncia en la *Gaceta*, no el Ministerio de Gracia y Justicia, sino la Dirección general de Contribuciones directas, este Centro sigue ateniéndose para ello al R. D. de 28 de Diciembre de 1846, el cual dispone que sean dos los llamamientos». En lo que hace muy bien el Ministerio de Hacienda, pues el Reglamento *interior* del Ministerio de Gracia y Justicia, ni le obliga á él ni puede modificar un Real decreto y una Instrucción para llevarlo á efecto.

Torpe anduvo el redactor del tal Reglamento, porque prescindiendo de la enormidad jurídica que supone el no creer con derecho á quien  *siga en orden de sucesión*, si lo que quiso, como parece, fue alargar el plazo de la caducidad en favor del heredero, debió decirlo claramente, no embrollando lo que está claro, y produciendo la duda de si el heredero ó el inmediato sucesor, como él lo denomina, pierde su derecho á los seis meses de heredado, que es lo que dice el Real decreto y lo racional, supuesta la justicia del plazo, ó á los seis meses después del primer anuncio. Decimos que lo racional es lo que se hace en Hacienda, porque el heredero de un Título adquiere su derecho á él desde que muere el último poseedor, y sin necesidad de anuncios ni llamamientos puede entenderse que renuncia á él si en el plazo de *los seis meses* no manifiesta su voluntad de ponerse en condiciones de usarlo pagando en Hacienda, y sacando la Carta en Gracia y Justicia. Y en este caso lo racional es lo legal, pues como hemos visto por el anuncio de la Dirección de Contribuciones, no se llama al heredero, ó al inmediato sucesor, sino *á los que*, supuesta la caducidad del primer llamado, del heredero, *se consideren con derecho*. Estos no pueden ser más que los *dos inmediatos sucesores*, no del último poseedor del título sino del heredero, *del que á los seis meses de haberlo heredado estuviere sin pagar*, etc.

En este caso se hallaba el Duque de Rivas al publicarse el anuncio en la *Gaceta*, y por eso no ha solicitado se extienda á su favor la Real Carta: y en el mismo caso se encontraría el



Marqués de Villalobar, si fuese realmente, como asegura, el *más próximo heredero* de su tío el último Marqués de Bogaraya. En las sucesiones vinculares, y en general en todas, no hay herederos *más ó menos próximos*, sino sencillamente herederos. En los mayorazgos existe sólo un heredero, pues los vínculos son indivisibles; y en las otras herencias puede haber varios herederos, ostentando todos la misma *proximidad*, sin más ni menos, bien sucedan *in capita*, bien *in stirpes*, por derecho de representación. El Marqués de Villalobar no es el *más próximo heredero* de su tío el Marqués de Bogaraya, pues en su mismo caso se encuentran todos sus primos hermanos, sobrinos carnales, como él, de D. Gonzalo Saavedra; y si ha querido decir su más próximo pariente, tampoco se ha expresado con exactitud, pues viven aún cuatro hermanos de su difunto tío, los cuales *son más parientes* que él. Porque la proximidad del parentesco se determina por el número de generaciones, y en la línea colateral se sube hasta el tronco común y se baja hasta la persona con quien se hace la computación; y el Duque de Rivas no dista más que dos grados de su hermano el Marqués de Bogaraya, y su sobrino el Marqués de Villalobar, tres.

Pero, concédase á D. Rodrigo Saavedra la cualidad que se atribuye de *más próximo heredero*, de *inmediato sucesor* al Marquesado de Bogaraya; supóngase que entre él y su tío no hay nadie que pueda ostentar mejor derecho: pues siendo así, ha renunciado á tal derecho, su derecho ha caducado, porque dentro de los seis meses de heredar, ni ha pagado en Hacienda, ni ha obtenido la Carta en Gracia y Justicia. La Dirección General de Contribuciones en ese supuesto, no llama á él, sino á sus *dos inmediatos sucesores*.

Aun cuando en el Ministerio de Gracia y Justicia se le reconociera personalidad, sus pretensiones no pueden prevalecer contra el derecho de su primo, que lleva la representación de su padre, jefe de la Casa de Rivas, hermano varón mayor y único superviviente del Marqués de Bogaraya.



Si no se reconoce el derecho de D. Hernán Ramírez de Saavedra, preciso será considerar sin vigor, no sólo la famosa ley 2.<sup>a</sup>, título 15 de la Partida 2.<sup>a</sup>, sino el artículo 60 de la Constitución, que conforme con aquélla dice (1): «La sucesión al Trono de España seguirá el orden regular de primogenitura y representación, *siendo preferida siempre la línea anterior á las posteriores.....*»

*Preferida siempre*, entiéndase bien, *la línea anterior*.

¿Cual de las dos líneas, la del Duque de Rivas ó la del Marqués de Villalobar es *la anterior*?

Esta, y no otra, es la cuestión sometida, por ahora, al Ministerio de Gracia y Justicia.

JOSÉ DE LIÑAN Y EGUIZABAL,  
Conde de Doña-Marina.

*Madrid, 7 de Enero de 1899.*

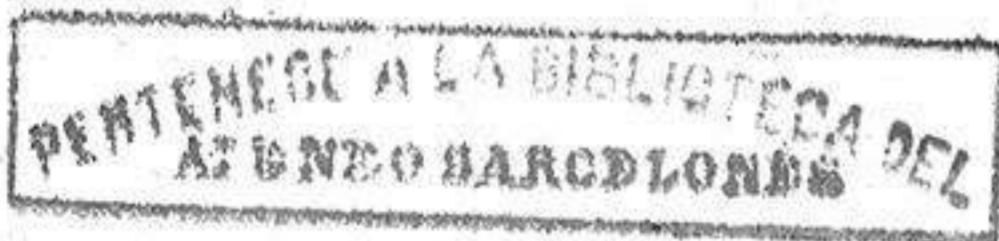
---

(1) Para satisfacción de mi conciencia y conocimiento de quienes lo ignoren, debo decir: que ni este artículo de la Constitución, ni la famosa ley de Partida, son, en mi humilde sentir, la ley fundamental de sucesión á la Corona de España. Un respetado y querido maestro, escribe: «Felipe V, educado en la escuela de Luis XIV, siguió el parecer de los consejos contra el más discreto de los grandes; pero á pesar de su resuelta determinación de gobernar sin Cortes, hubo de convocar las de Madrid de 1712 y 1713..... para dar mayor firmeza á la pragmática sanción que varió el orden de suceder en la (Corona) de España. En efecto, con el consentimiento de todas las ciudades en Cortes, del cuerpo de la nobleza y del estado eclesiástico, sin cuyo requisito la nueva ley fundamental de la Monarquía no sería válida, fueron excluidas las hembras de la sucesión.» (*Cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla. — Introducción escrita y publicada de orden de la Real Academia de la Historia, por su individuo de número D. Manuel Colmeiro. — Madrid, 1883. Tomo 1.º, página 104.*) Esta *ley fundamental*, impropriamente llamada *sálica* y á la que cuadraría mejor el nombre de *gombeta*, pues no excluye en absoluto á las hembras, es la 5.<sup>a</sup>, título 1.º, lib. 3.º de la *Novísima Recopilación de las leyes de España* y no ha sido derogada jurídicamente. Las *leyes fundamentales* de España no pueden derogarse sin el concurso del Rey *legítimo* y del pueblo *legítimamente* convocado y reunido en Cortes. Y nadie entiende por pueblo la *gente menuda*, sino el ayuntamiento comunal de los mayores, é de los medianos, é de los menores.



## CRÓNICA LITERARIA

---



Los teatros: *¡Pobres hijos!*, comedia, por D. Eusebio Blasco.—Libros: *Problemas del día*, por D. César Silió.

En poco ha estado que asistiésemos, con motivo de la comedia de D. Eusebio Blasco: *¡Pobres hijos!*, á escenas parecidas á las del estreno del *Hernani*, de Víctor Hugo, cuando más encendida andaba la disputa entre clásicos y románticos. Aquí, claro es que no se trataba de cuestión alguna semejante á la del clasicismo y el romanticismo. Las cuestiones literarias no interesan lo bastante á las gentes para sacarlas de sus casillas. Y lo más curioso es que la dificultad no surgió en la noche del estreno, que es ordinariamente el momento de prueba para los autores. *¡Pobres hijos!* se estrenó con aplauso, *tuvo una buena prensa*, siguió en el cartel, pasaron noches, y llegado un viernes, día aciago, pero de moda en el teatro de la Comedia, los abonados la dieron un solemnísimos *pateo*, como dicen en la jerga de entre bastidores.

Blasco, con la irritación natural en un autor á quien le *gritan* una obra cuando ya la ha visto salvada y hasta celebrada, protestó en un artículo violento de las muestras de desagrado del público elegante de los viernes. El cual público trataba, según parece, de reincidir en las susodichas manifestaciones, á las que pensaron, por su parte, contestar los ami-



gos del autor con una contraprotésta proporcionada, ó quizá desproporcionada, que en estas cosas es muy difícil guardar la proporción. Estábamos, pues, en vísperas de una batalla como la del *Hernani*, en que los combatientes, si no las luengas melenas y los chalecos multicolores y extraña indumentaria de los románticos de entonces, hubiesen llevado á la pelea parecida pasión, si bien por motivos diferentes. Al cabo, la empresa, que era naturalmente del partido de la paz, puso en escena otra comedia el viernes, y evitó la batalla.

¿Qué hay en esa comedia del Sr. Blasco que así excita los ánimos?, se preguntará el lector. ¿Qué nuevo romanticismo, qué audaz innovación literaria, qué osada solución de problemas religiosos, morales, políticos ó *sociales* (en el sentido parcial de lucha de clases) contiene esa obra para despertar tales iras en unos, tales entusiasmos en otros? En realidad, nada de esto hay en la comedia, que si bien se mira, tiene poco de revolucionaria y más bien se ajusta á los cánones tradicionales de la dramática, que no representa una atrevida descubierta hacia los senderos problemáticos de lo porvenir.

De ahí que esa repulsa tardía de una parte del público haya parecido poco justificada y hasta poco explicable. No hay en *¡Pobres hijos!* atrevimientos de esos que la moral mundana tolera fácilmente en las obras representadas en italiano ó en francés por compañías extranjeras, pero reprende á los autores y cómicos españoles. A no ser por la presentación en escena de cierta beata pedigüña, personaje concebido y presentado desde el punto de vista anticlerical, no se acertaría á calcular en qué ha podido herir Blasco las susceptibilidades estéticas ó morales de ese público, á quien él ha llamado *fariseo*.

Pero ¿está seguro el ingenioso escritor de no haber rendido culto él también en su obra á una moral farisaica, falsa, convencional? Si el juicio literario sobre las producciones dramáticas hubiere de limitarse á su lenguaje y estructura, á la propiedad y elegancia con que se expresan los personajes (cuando



se expresan así), á la soltura y naturalidad del diálogo, á la acertada sucesión de las escenas y al hábil desarrollo de la acción, casi todo merecería aplauso en la comedia del Sr. Blasco. Pero el argumento es también materia literaria, y por ahí es por donde flaquea la obra.

Como la literatura no es un mero ejercicio filológico, no basta que las obras estén *bien escritas* y compuestas con arreglo á los preceptos de la retórica. Ni aun siquiera es esta parte externa la principal. Si lo fuera, Homero y Virgilio no nos interesarían hoy, ó interesarían tan sólo á un reducido número de humanistas, capaces de apreciar á conciencia en su lengua original las creaciones de ambos poetas. La mejor prueba de que la literatura no es arte formal, es que sus obras maestras pueden ser vertidas de uno á otro idioma sin que pierdan la parte principal de su valor. Ahí se ve que el pensamiento es lo fundamental, y la forma externa, lo que aporta el lenguaje á este género de obras artísticas, elemento en cierto modo secundario y accidental, si bien por la íntima comunidad entre la palabra exterior y el verbo interior, por pensar cada hombre en su idioma, aunque sepa y domine varios, la forma natural de la obra literaria es la de su lengua original, perdiendo al pasar á otra algo de su carácter y algo de su nativo aroma, como las flores y los frutos conservados artificialmente. Mas la superioridad de lo espiritual sobre lo sensible en la obra literaria, del elemento psíquico sobre el elemento filológico y retórico, es evidente. Hasta puede decirse que la traducción es la suprema piedra de toque de las creaciones de las letras. Obra que no pueda resistir esta prueba, no es obra de las que perduran y subsisten; podrá agradar pasajera y momentáneamente, pero lleva en sí la sentencia de su caducidad.

Digo esto para que no parezca fuera de propósito y ajeno á la órbita de la competencia literaria el tratar del asunto de la comedia del Sr. Blasco, y el considerar que la manera que ha tenido el autor de concebir y plantear su problema dramático es uno de los principales datos para juzgar del mérito de aquella.



En *¡Pobres hijos!* el problema está mal planteado y resuelto con absoluta inconsecuencia. Evidentemente el autor ha querido presentar al público una de las infinitas acciones dramáticas posibles, en que se exterioriza en algún caso concreto esa especie de herencia moral y de fatalismo social que hace expiar á los hijos los pecados de los padres. Por eso dice: *¡Pobres hijos!* Mas la comedia misma es la refutación de la tesis en que se halla inspirada, puesto que en ella la madre culpable es quien expía sus propias culpas, y los hijos no padecen cosa mayor.

Importaría poco que la conclusión fuera esta ú otra, si se hallase en armonía con las premisas; pero como ocurre lo contrario, la inconsecuencia que resulta perjudica de ahí grandemente al efecto dramático, hace antipáticos á los personajes que el autor quiso hacer simpáticos, y los que concibió víctimas le resultan verdugos. En suma, si en la dramática se tratase de demostraciones, podría decirse que el autor demuestra lo contrario de lo que se proponía demostrar. El pensamiento, el tema de la obra, está en abierta pugna con la expresión.

Para mostrar más concretamente en qué consiste la inconsecuencia radical de esta comedia, forzoso es referirse á su argumento y dar alguna idea de sus personajes principales. Son estos cuatro: *Lucía*, viuda, todavía joven, rica; tiene amores secretos con *D. Agustín*, vividor madrileño que... *enamora* á la viuda con su cuenta y razón, pues á la vez que amante es administrador de los bienes de aquélla, y acaba por arruinarla; *Salomé*, hija de *Lucía*, novia de *Enrique de Guzmán*, capitán de Ingenieros, de familia noble, el cual acaba de regresar de la guerra de Filipinas al empezar la acción de la comedia.

Las pecaminosas relaciones de la viuda con *D. Agustín* las sabe todo el mundo. La fama ha llegado hasta las Visayas (que es llegar), donde *Enrique* ha tenido un duelo en defensa del honor de su futura suegra. Los únicos que ignoran estas relaciones amorosas, ó no creen en ellas, son *Salomé* y *Enrique*. Un incidente casual los pone en autos. Repítese en la co-



media del Sr. Blasco la conocida anécdota (fantástica á todas luces) de Felipe IV y la Reina Isabel: *¿Sois vos Conde?* El Conde es aquí D. Agustín, la Reina la viuda y el Felipe IV que recibe la delatora respuesta, Enrique, el novio de la niña.

Hasta aquí la exposición del conflicto dramático. En vista de lo que ha descubierto, Enrique pone por condición al matrimonio proyectado que Salomé salga depositada judicialmente de su casa; la novia accede tras leve resistencia, y la pobre Lucía se queda á la vez sin hija y sin amigo, porque D. Agustín encuentra muy á tiempo otra viuda que le tiene más cuenta. Su especialidad, como se ve, son las segundas nupcias, justas ó injustas. Al quedarse viuda de veras, perdida la paz doméstica, y en lenguas la fama, Lucía no halla otra solución que retirarse á un convento como *señora de piso*.

No *¡Pobres hijos!* sino *¡Pobres padres!* como ha observado con mucha razón Zeda, ó *¡Pobres madres!* debería titularse la comedia. La moral de ésta es una moral casuística y antipática. Enrique resulta un fatuo irresistible, á quien no se le caen de la boca sus cruces, su campaña, el título de su padre y los tópicos de una concepción del honor que se reduce, en suma, á miedo al *qué dirán*, como si no fuera lo lógico que los maldicientes tuviesen mucho más que decir al ver que, estando concertado el matrimonio y admitido el novio, Salomé sale depositada judicialmente para casarse. Es sencillamente echar carne á las fieras.

Y de Salomé, ¿qué diremos? Me imagino á un espectador sencillo contemplando á aquella hija que no defiende á su madre ni su mismo decoro; que pasa por todo con tal que no se desbarate la boda. Lo mejor que se le ocurrirá decir, será: «Miren la muy..... y qué ganas tiene de irse con el novio.»

Es repulsivo, contrario á todo sentimiento de piedad filial aquel abandono de la madre. Los hijos no son jueces de sus padres. Abandonarlos fríamente para no contaminarse con la mala opinión que les dieron sus pecados ó sus faltas, será siempre una acción vil y baja. Si el hijo goza de los bienes



morales y materiales del padre, y recibe honra y lustre de las virtudes y renombre de éste, ¿cómo no ha de ser inhumano que quiera hacerse extraño á él y romper la solidaridad establecida por la naturaleza, cuando el padre claudica? Tratándose de madre é hija, todavía parece más odiosa esa deserción de los deberes filiales.

Pero hay más: ¿es tan estrecha nuestra moral mundana, y tal la rigidez de nuestras costumbres, que los amores pecaminosos de una viuda, dueña al fin de sus actos, puedan traer tal suma de deshonra cuando no hay escándalo y se guardan las apariencias? Nuestros dramaturgos suelen ser mucho más indulgentes con el adulterio, que aunque sea el *pecado simpático* en el teatro, es al cabo más feo y más inmoral que esos otros amores sin daño de tercero. Y el Sr. Blasco, que es hombre de mundo, sabe de sobra que, si la sociedad fuese tan severa con las viudas enamoradizas, no habría en todos los conventos de Madrid celdas ni pisos suficientes para las señoras que se viesen en el caso de adoptar la resolución de su heroína.

A fuerza de querer ser moral, resulta inmoral la comedia del Sr. Blasco. *Summum jus, summa injuria*. Se sacrifica allí á la moral convencional, la verdadera moral humana. El gran defecto de la obra es su falsedad: falsedad en la hipótesis del conflicto; falsedad en los caracteres, que son opuestos á lo que deberían ser, dada la tesis dramática; falsedad en la moraleja. Sólo los personajes secundarios, la segunda viuda que conquista D. Agustín (la cual viuda es, acaso, el personaje mejor acabado de la obra) y el susodicho D. Agustín, tienen apariencia de realidad, que hace de ellos algo más que maniqués y máscaras de teatro.

Pero, con todo esto, no hay en esa producción dramática cosa que racionalmente pudiera herir la especial pudibundez de nuestro público elegante. Las causas de la protesta han debido de ser otras. Es posible que los *¡Pobres hijos!* de Blasco hayan pagado las culpas del socialismo cristiano de éste y de sus artículos anticlericales. Es posible también que si el autor



no saca á escena á la monja pedigüeña, los abonados no hubiesen tenido nada que decir de la comedia. En el teatro hay que contar siempre con las ideas y sentimientos del público, y hasta con sus preocupaciones.

Desde el punto de vista literario, la protesta contra la obra del Sr. Blasco no estaba justificada. Aunque adolece dicha comedia, á juicio de quien esto escribe, de los defectos indicados, es superior á otras muchas que han sido benévolamente recibidas. Un literato como Blasco, aunque dormite á veces cual Homero, no puede menos de dejar algún rasgo de su ingenio, alguna huella de su fantasía en las producciones de su pluma, hasta en aquellas que no son de las mejores. En *¡Pobres hijos!* el conjunto, la invención dramática y la composición general de la obra dejan mucho que desear; pero hay pormenores acabados y algunas escenas encantadoras, como, por ejemplo, aquella en que D. Agustín emprende la conquista de la segunda viuda.

Es probable que, en resumen, haya ganado más que perdido la obra del Sr. Blasco con estas protestas y estas disputas. La indiferencia es lo peor para las letras. Los mismos ataques suelen ser una propaganda ó un incentivo para la curiosidad del público.

\*  
\* \*

Pasando del teatro á los libros, merece mención preferente, por su actualidad, el que con el título de *Problemas del día* acaba de publicar el estudioso escritor D. César Sillio, que se dió á conocer, hace algunos años, con un libro jurídico interesante: *La Crisis del Derecho penal*.

Su nueva obra es una colección de estudios de política y sociología. Los títulos de estos dos dan suficiente idea de sus respectivos asuntos: *Despues del desastre (¿Un país ó un hombre?) La civilización y la moral, Contra el anarquismo, El gran problema* (el de la población), *El regionalismo*. Varios de ellos,



especialmente el primero y el último, se refieren á la situación presente de España, y corresponden á esa *literatura de la regeneración* que tiene ahora entre nosotros bastantes cultivadores, de muy desigual mérito. Como la regeneración anda despacio, tiene esta literatura tiempo por delante, y no hay medio de que le falte asunto.

El libro del señor Silió es más doctrinal que literario. Su estilo es claro pero no conciso, y peca, á mi entender, de demasiado oratorio. Bien mirado, no es de extrañar que así sea. El señor Silió es abogado y periodista, profesiones esencialmente oratorias, aunque una de ellas sea de oratoria escrita. Las influencias profesionales rara vez dejan de reflejarse en el estilo. Se dice que éste es el hombre, y esa frase tan vulgarizada es el enunciado gráfico de una verdad profunda. En el estilo está, en efecto, el hombre y aun todo el hombre, con su temperamento, su cultura, el medio especial en que vive, sus ejercicios habituales y las influencias que sobre él se ejercen.

En el primero de sus opúsculos plantea el ilustrado autor del *Problemas del día*, la cuestión teórica de si son los grandes hombres ó es la masa colectiva el instrumento del progreso de las naciones, quien las levanta en sus caídas y las transforma en prósperas, de decadentes. Teórica llamo á esta cuestión, porque en la práctica no se puede elegir. No tienen siempre los pueblos á su disposición grandes hombres de que echar mano, ni los hombres superiores disponen tampoco en todos los casos de la masa social que necesitarían para que su ideal pasara de la potencia al acto. No puede negarse la influencia individual de los grandes hombres en el adelantamiento de las sociedades humanas, pero entre la teoría de los *héroes* en sus distintas formas, desde Evehmero á Nietzsche, y las teorías socialistas que niegan casi la influencia de estos individuos excepcionales y hacen de la comunidad el verdadero sujeto de la historia, atribuyendo frecuentemente sus sucesos prósperos ó adversos á factores externos y materiales (la doctrina del materialismo histórico, por ejemplo), hay menos error en la últi-



ma que en la primera, aunque ambas sean explicaciones parciales é incompletas. Al cabo, como los grandes hombres no son dioses, les está vedada la creación *ex nihilo*, de suerte que siempre hay que contar con el factor colectivo.

Para España la cuestión es puramente ideal. Nuestros grandes hombres están por descubrir. No tenemos otro *uebermensch* disponible que el Sr. Paraíso, y hay que mirarle con un microscopio de gran aumento. Es dudoso que llegue á tener su Carlyle, ó su Nietzsche, ni aunque nos trasladásemos al país de Gulliver. Y en resumen, ¿nos ha ido tan bien con nuestros grandes hombres? Tuvimos á Cánovas, y sin embargo..... Si no nos reformamos nosotros mismos poco á poco, modestamente, lo más probable es que tengamos que esperar sentados al Mesías de la regeneración; si es que no nos sucede cosa peor, y nos envía Júpiter, como á las ranas, en vez del rey de palo, un culebrón que acabe con nosotros.....

En *La Civilización y la moral*, refuta acertadamente el señor Silió la supuesta antinomia entre ambos términos. En su otro opúsculo *Contra el anarquismo*, propone como medio de defensa social el confinamiento forzoso de los anarquistas en alguna isla remota, donde pudieran construir á su sabor y con entera independendencia la *sociedad futura* de sus ensueños. Sería un experimento interesante, que acaso reservaría á todos sorpresas, y desde luego menos bárbaro y no más ineficaz que los reactivos penales ensayados contra esta enfermedad moderna.

El problema de la población es otro de los asuntos tratados en estas monografías. Los temores de Malthus no preocupan ya á las naciones. El malthusianismo moderno no se inspira en razones de utilidad social, sino en el egoismo individual ó familiar; no es ya el problema de las subsistencias, sino el problema de los hijos únicos, tan artísticamente presentado por Zola en su *Fecondité*.

No es este el aspecto español del problema de la población, como observa exactamente el señor Silió. El nuestro no es un



problema de natalidad, sino de mortalidad. En lo que cabe discutir del autor, es que la solución del último sea más fácil. Así como la restricción de la natalidad es la plaga de las naciones ricas y corrompidas, donde no se quiere disminuir las raciones del festín de la vida, admitiendo muchos convidados nuevos, la mortalidad excesiva es la plaga de los pueblos pobres y atrasados. La proporción de la mortalidad es casi siempre indicio seguro del grado de civilización. Pero la civilización y la higiene son caras, y nosotros pobres, y más que pobres, entrampados, con nuestro presupuesto, sobre el que pesan las colosales hipotecas de una Deuda cuantiosa y de gastos militares excesivos que sólo por razones de prudencia política se sostienen, pues no hay quien crea en su utilidad ni quien espere en su eficacia.

Trata, por último, el Sr. Silió, de la cuestión del regionalismo, que es nuestro magno problema, aquí que la cuestión social no reviste aún, ni revestirá probablemente en mucho tiempo, en razón á nuestro atraso industrial y á nuestra condición de país agricultor, de propiedad bastante dividida, las proporciones amenazadoras que toma en otros pueblos de Europa. El autor de *Problemas del día* impugna briosamente las tendencias regionalistas, atribuyendo su incremento á la mala administración del centralismo. Esta es, en efecto, una de las causas, al menos una de las causas ocasionales, aunque la principal de todas las de este orden sea el enflaquecimiento del poder y del prestigio nacional á consecuencia de la *capitis diminutio* que ha sufrido España. Pero hay otras más hondas, que atañen más á la constitución histórica de la nacionalidad española, porque el regionalismo no es un problema de hoy.

También esta cuestión es de las que erróneamente se plantean en el terreno especulativo, discutiendo si es más conveniente que la variedad local la uniformidad de las instituciones nacionales, en vez de considerarla desde el punto de vista histórico y real, donde aparece que el regionalismo no es una



doctrina ni una invención de unos cuantos locos ó unos cuantos *felibres*, sino un hecho real que arranca del proceso de la evolución de los antiguos Estados peninsulares, y que para ser objeto de transformaciones en el sentido unitario moderno requiere la mayor dosis de prudencia política y de habilidad que puede exigir problema alguno español de nuestros días. No se tiene en cuenta, generalmente, al hablar del regionalismo, que la unidad nacional ha sido hasta principios del siglo una unión federal, de la cual quedan aún en pie muchos vestigios.

En su libro muéstrase animado el Sr. Silió de espíritu optimista. Desde el punto de vista de la utilidad, el optimismo es la disposición de ánimo que conviene más á los pueblos que aspiran á reformarse; es una *idea-fuerza* que les da alientos y confianza en su porvenir y sus destinos. Pero es asunto de fe..... y la fe en lo humano no es infalible.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ACADEMICO BANCOPLOMB

SUMARIO.—Conflictos en la Argentina. — La cuestión de límites ante el árbitro de la Gran Bretaña. — Acelerado viaje del Ministro Alcorta á Londres. — Lo que se teme del conflicto actual. — Conflictos interiores en el orden político y en el orden económico.—Mitristas y Pellegrinistas.—Necesidad de la concordia común.—Chile: su crisis económica y la nueva acuñación de plata para aumentar la circulación. — Primer disentimiento en el Perú entre los elementos del Presidente Romaña y los del ex-Presidente Piérola.—Total pacificación del país. — La notificación á los Gobiernos de la erección de Pando á la Presidencia de la República de Bolivia.—El primer proyecto presentado á la Convención Nacional.—La República de Acre.—Novela de una aventura sospechosa.—Venezuela.—Revoluciones de Colombia y Guatemala.—La miseria en Cuba.—Triunfo de Vico en Chile.—El regreso del *Nautilus*. — El viaje de la *Sarmiento*. — Telegramas del General Roca á los españoles de Manila.

¿Va cubriéndose de nubes el celaje de la política argentina, al terminar el año 1899 y al comenzar el año 1900? Si se investiga la conexión íntima que entre sí puedan tener algunos hechos particulares, al parecer aislados, y al parecer insignificantes, no es preciso pecar de demasiado suspicaces para atribuirles un valor de extraordinaria trascendencia, luego que entre sí se relacionan. Inopinadamente se ha visto surgir en Londres, entre los miembros que forman la parte auxiliar de la delegación diplomática que entiende en la cuestión del arbitraje sobre la demarcación de la frontera andina, una serie de conflictos inexplicables que ha hecho necesaria en la capital de Inglaterra la presencia nada menos que del



Sr. Alcorta, el distinguido hombre de Estado que por tanto tiempo ha estado al frente de la gestión de los negocios exteriores, y á cuya habilidad incontestable, con razón, se había atribuído el éxito pacífico en la campaña diplomática que sobre tan enojoso asunto evitó el conflicto inminente de la guerra con Chile. Desde la visita del Presidente Roca á Río Janeiro, parece que el eje de la política de este hombre de Estado ha cambiado enteramente de dirección. Ya no se promueven, ni se han repetido, las manifestaciones que hicieron tan simpática su actitud en toda Hispanoamérica, al verificarse las entrevistas de Punta Arenas con el Presidente de Chile, Sr. Errázuriz. La visita de Río Janeiro parece que ha anulado enteramente los efectos de la visita al Estrecho de Magallanes, y para poner los puntos sobre los íes en este cambio radical de conducta, vienen los actos personales del General Roca á abrir un horizonte infinito de metafísicas conjeturas acerca de lo que ahora se propone, y acerca del polo hacia que ahora se dirige. Unos periódicos han divulgado la noticia de que la ciudad de Buenos Aires en breve sería visitada por el Presidente de los Estados Unidos, Mac-Kinley. Esta noticia se ha rectificado después, y no es el Presidente Mac-Kinley quien tiene, al parecer, el propósito de visitar la hermosa capital del Río de la Plata, sino el General Roca el que ha pedido y obtenido de la Cámara argentina la autorización constitucional para poder ausentarse en el año corriente de la sede capital de su mandato, y transferirse á Washington, para corresponder á la invitación que el Presidente de los Estados Unidos le ha dirigido, por medio del ex-Ministro Berchanam, á fin de que asista á la apertura solemne de la Exposición de Buffalo. Por otra parte, la prensa bonaerense que hostiliza los actos del General Roca y de su Gobierno, censura con acritud el pensamiento que se le ha atribuído de hacer á Inglaterra, en su actual conflicto en el Africa austral, el regalo de 800 caballos, por valor de 6.200 libras esterlinas, equivalentes á 31.000 pesos oro, y mientras la vigilancia de los pe-



riodistas y la comunicación del telégrafo denuncia que en las faldas de los Andes ha habido un encuentro reñido entre un destacamento de caballería argentina y un grupo de chilenos, la prensa, que está á los quites de los actos políticos del General Presidente, recarga cuanto puede sobre la llegada á Buenos Aires del Coronel alemán Arent, que ha sido llevado de Alemania para ponerlo al frente de la Escuela Superior de Guerra, y de sus entrevistas prolongadas con el General Roca.

¿Son todos estos hechos puramente accidentales, volvemos á preguntar, y no tienen entre sí ninguna relación, ni constituyen síntomas de nuevos pensamientos y de nuevas direcciones? Dése la explicación que se quiera á los antagonismos ó los disentimientos personales que se hacen aparecer en Londres entre el perito Sr. Moreno y el asesor letrado del plenipotenciario Sr. Domínguez, el doctor Montes de Oca, los que presencian de lejos y como meros espectadores estas cosas anómalas no pueden dejar de sospechar que, como en anteriores revistas habíamos previsto, los intereses que en la cuestión de límites la Argentina defiende, abroquelada en los derechos que sustenta, deben pasar ante el tribunal arbitral de Londres por dificultades de tal gravedad, que han hecho necesaria en la capital de Inglaterra la presencia del estadista de mayor habilidad que la Argentina posee.

Atendiendo sutilmente al cuadro de los hechos que se han expuesto en el párrafo antecedente, la Argentina, en esta cuestión en que tan interesado se halla su amor propio, no ha tenido previsión bastante para haber evitado á toda costa exponerse á ser cabeza de turco en la lucha tácita de influencias que en el continente americano sostienen, á pesar de sus pretendidas inteligencias amigables y á pesar de sus cacareadas atracciones hacia una alianza de raza, los Estados Unidos é Inglaterra. Los Estados Unidos decidieron en favor de la Argentina el arbitraje del naciente departamento *de los Andes*, como ya se llama al territorio de la Puna de Atacama, que en



el láudo arbitral le fue atribuído. Los Estados Unidos creyeron con esto asegurarse la benevolencia de la Argentina hasta la sumisión. Los Estados Unidos trataron de conseguir romper con esta dedada de miel los pactos de Punta Arenas, que llegaron á ser estimados en la Casa Blanca de Washington como un obstáculo serio para los proyectos del porvenir, y en Londres es muy posible que se tome la revancha de la parcialidad manifiesta con que obró en la arbitraria disposición de su láudo el árbitro yankée, en pró de Chile, el aliado constante y tradicional, desde su independéncia, de la Gran Bretaña. El General Roca envía por un lado á su estadista más hábil á Londres y halaga en la crisis por que atraviesa el sentimiento de los ingleses con el regalo de los caballos que se remitirán para la guerra del Africa del Sur, á fin de templar con la sagacidad de lo uno y el agradecimiento de lo otro la benevolencia británica; mas por otro se pone al amparo del poder de los Estados Unidos para imponer el respeto á lo que en Londres se falle. De ser esto así, ¿sería acertada esta política? Si las cosas pasaran en los términos que de estos razonamientos se deducen, el General Roca tendría que confesar la equivocada inspiración de sus cálculos, que pueden hacer perder á su país todos los derechos por que pugna, después de haber destruído á la vez cuanto en Punta Arenas hizo concebir y esperar de la alianza de las dos repúblicas andinas á toda la América española, que siente sobre su cabeza la gravedad inminente de una misma amenaza. ¿Qué aprecio hará Inglaterra de los 800 caballos que la Argentina le regala? ¿No ha enviado la Gran Bretaña á la Argentina, desde que comenzó la guerra, sus comisiones oficiales que han adquirido á todo precio en la República del Plata con destino al Africa del Sur, ganado, carnes conservadas, café, azúcar, calzado y hasta tejidos? Inglaterra es bastante opulenta para soportar con toda la riqueza una guerra *pequeña*, como la de los boers. Otras han sido las pretensiones de Inglaterra con la Argentina, desde que se designó el arbitraje de la Reina Vic-



toria en la cuestión de los límites andinos, y la Argentina ha hecho oídos de mercader, aunque á las márgenes del Chubut y en las columnas del *Morning-Post* estas pretensiones han sido bastante elocuentemente declaradas. ¡Los arbitrajes! ¡Oh! ¡los arbitrajes! Ya irán aprendiendo los pequeños lo que son los arbitrajes en las manos de los poderosos. Colombia lo ha sabido harto penosamente con el de la cuestión Cerruti, y Venezuela acaba de aprenderlo también con la de la Guyana inglesa. ¡Ojalá sean inciertos los temores que abrigamos en el arbitraje de la demarcación de los Andes!

\*  
\* \*

Entre tanto la situación interior de la Argentina no deja de ofrecer problemas arduos que resolver, tanto en la cuestión económica como en la política, y puede decirse que aquel espíritu común benevolente con que fue recibida y aclamada la segunda magistratura del General Roca, está muy lejos ya de producir en ningún asunto resoluciones unánimes. El problema económico ha prestado argumento y ocasión para hacer revivir los antiguos antagonismos de sus viejos partidos, que en la Argentina, como en todos los Estados jóvenes de la América española, han sido fuente histórica de sus mayores perturbaciones. Los proyectos del señor Pellegrini, que habían hallado decidido calor en el ánimo del General Roca, han sido el explosivo que ha hecho saltar la tapa que cubría las pasiones latentes, dormidas pero no extinguidas, y la actitud de Mitre y Vedia en sus discursos de la Cámara, la propaganda tenaz del órgano autorizadísimo que los de este partido tienen en la opinión, y el voto de una gran mayoría mitrista en contra de la conversión del billete fiscal á razón de 44 centavos oro, por peso de papel, han sido un reto lanzado á los nacionalistas para definir actitudes y adoptar posiciones independientes. ¿Conviene á la Argentina volver á despertar aquel ambiente tumultuoso de otros tiempos, que no se sabe á qué



términos pueden conducir? Las viejas escuelas que en aquel, como en este continente, sostenían el principio de que la existencia de los partidos antagónicos que ejerciten sus actividades con entera independencia y que recíprocamente fiscalicen sus procedimientos respectivos y los hagan rectificar, han pasado ya de moda, porque la experiencia ha demostrado los peligros á que conducen en la inevitable pasión con que el hombre de todos los países defiende la superioridad pretendida de sus ideas en las luchas de la política. La realidad se ha impuesto en todas partes. Cada nación ha reconocido que dentro de su jurisdicción respectiva, los problemas del acaso no constituyen para todos los colaboradores de la obra pública sino problemas nacionales, y el antiguo y desacreditado espíritu de partido que ha dado margen á tantas agitaciones siniestras, se sustituye ya con común ventaja por resoluciones concordes, en que los puntos de vista aislados, y no colectivos, sólo sirvan eficazmente para perfeccionar la labor en que por igual se halla empeñado el interés de todos. Apenas en la Argentina se ha visto emplear en los debates económicos la táctica del hijo del ilustre y veterano General Mitre, que es á la vez Vicepresidente de la Cámara de los Diputados, para relajar los vínculos que últimamente se han intimado entre el General Roca y el señor Pellegrini, ¡cosa estupenda! se ha vuelto á pronunciar la palabra fatídica y terrorífica de *¡Revolución!* ¡Una revolución mitrista, enfrente del horrible problema económico que hace ascender el servicio anual de la Deuda pública á seis pesos oro por habitante, enfrente del problema internacional que ha obligado á Amancio Alcorta á dejar la cartera, donde tanto prestigio personal ha conquistado, para acudir con rapidez á Londres á fin de salvar en lo posible el conflicto que se echa encima sobre el prestigio de su país, y enfrente de las ambiciones de los invasores poderosos que saben que las extensas costas de la República están indefensas, que los inmensos territorios que la constituyen están casi despo- blados, pues no puede casi llamarse habitado un territorio que



cuenta 1,4 habitantes por kilómetro cuadrado, que sin cesar pide al exterior población y capitales, y que aunque llegan de todas partes del mundo ni se nacionalizan ni se incorporan definitivamente á su suelo, y en que colonias como las de los galenses se dirigen á Londres en demanda de protección, de intervención ó de independencia, y colonias tan numerosas como la italiana sugieren á su metrópoli la idea de buscar en aquel hemisferio sus expansiones territoriales y le ofrecen más de un millón de connacionales allí establecidos y dispuestos á obedecer la primera orden que se les dé!

Por fortuna, la respetabilidad del jefe ilustre de esa parcialidad que se desbanda es demasiado profunda y está demasiado suficientemente justificada, para que los amagos que se formulan bajo la terrorífica palabra de *Revolución* no se entiendan sino como una presión enérgica de influencia. Sin embargo, convendría más que esa palabra dejara de emplearse; porque aunque al emplearla sólo haya tenido una aplicación local y circunstancial á un caso determinado en la provincia de Buenos Aires, el eco fatídico que deja se parece al ascua que, escondida entre cenizas, las recalienta, reseca la hojarasca cercana, y el menor soplo de brisa la convierte en el foco del incendio. Un país como la República Argentina, tan opulento, tan vasto, tan despoblado, atrae sobre sí muchas miradas y despierta muchas ambiciones; y sus hombres eminentes de Estado, más que esterilizar energías en llamarse recíprocamente atáxicos y valetudinarios, en bien de la patria común harán bien en estrechar sus vínculos de aproximación y concordia, y confluir en sus empeños en dotar á su país de la unidad nacional, de que carece, á causa de la amplitud con que recibe y distribuye las irrupciones emigradoras que sin cesar llegan á sus riberas de todos los polos del planeta.

En un país de tanta opulencia, las estrecheces accidentales del Erario, aunque produzcan alguna perturbación en la circulación y en el cambio, ni son problemas irresolubles, ni son problemas perpetuos. Un Estado es siempre rico cuando



lo es la nación que lo constituye. Si un sistema que se ensaya no prospera, otro alcanzará más eficacia, y no importa que se gasten hombres y ensayos infructuosamente, hasta que salga de lo desconocido la mente, la voluntad y el brazo capaz de dar solución á los problemas más abstrusos. En la América latina ¿no está vivo y triunfante el ejemplo de Méjico? Cada día ofrece la Argentina un nuevo prodigio de las riquezas que dejó por herencia á todas sus antiguas colonias esta España en su administración colonial tan vilipendiada. La guerra anglo-boer ha puesto sobre los mercados militares del mundo la nueva mercancía del caballo argentino, que nosotros transportamos á sus pampas. No es solamente Inglaterra la que ha enviado á buscarlos al mayor Aspinwall, que los ha hallado excelentes, de cinco á diez años, gordos, sanos, mansos, fáciles para ser montados, entre los 145 y los 155 centímetros de alzada y en número ilimitado, aún desechando los de pelo claro, overo ó muy blanco; sino Italia, que preparándose militarmente para alguna aventura, aún no divulgada, *en que indudablemente tendrá que intervenir España*, además de la actividad que está imprimiendo á sus construcciones navales, y además de la adquisición cuantiosa que acaba de hacer á la casa Krupp, de Alemania, de armamento de artillería de tiro rápido, ha comisionado en la Argentina al general Volpini y al caballero Victorio Musso para la adquisición de dos á tres mil caballos con destino á la remonta de su ejército. No son luchas ideales de la política lo que la Argentina necesita para superar ninguna de las cuestiones que la asedian, comenzando por la económica y siguiendo por la internacional *de ambos mundos*, sino temperamentos de concordia y la fuerza que dan las voluntades unidas.

\*  
\* \*

Su hermana y rival trasandina alcanza mayor regularidad en su vida pública, aunque en Chile hayan sido tan frecuentes



en los últimos tiempos los cambios de Ministerios. Comparado con la Argentina, Chile es una nación limitada y pobre, que con escasísimo y escabroso suelo y sin vecindades por donde extenderse, sólo tiene delante de sí la inmensa planicie y la inmensa soledad del Océano. También lo persiguen las sombras de las revoluciones pasadas; también lo agobian los empeños de una Hacienda arruinada, aunque nacida ayer de mañana; también el problema económico crea en él una situación constante difícilísima, y también lo abruma la perspectiva de un conflicto internacional que no salvan las costumbres admitidas en materias de arbitrajes. Se acercan, además, las elecciones, que siempre son pastos laboriosísimos en las naciones latinas, y en todo se camina por pendientes dificultosas. Pero Chile está constituído bajo una unidad más compacta que la de la Argentina. El sentimiento nacional es más firme; el hábito de la economía en la administración, más constante y arraigado: y aunque los partidos entre sí se hostilizan con pasión incesante, la tendencia general tiene una conciencia más profunda y juiciosa de sus necesidades, y todos se emplean en satisfacerlas. Chile, que carece de las riquezas naturales y fácilmente explotables de la Argentina, crea con tesón una industria y hace cuanto humanamente puede por avivar los vínculos de su comercio. Con naves propias visita ya todas las plazas comerciales del Pacífico ó subvenciona líneas de comunicación que la relacionen más estrechamente cada día con sus lejanas hermanas del Centro, con los puertos Pacíficos de Méjico y de los Estados Unidos; y habiendo admitido las propuestas de la Trasatlántica española, cuenta, como con instrumentos propios de navegación, con buques de expediciones periódicas y regulares con que medir desde el Estrecho todas las riberas del Atlántico y transportarse con sus mercancías á los de Europa. Españoles é italianos se conciertan allí para el establecimiento de nuevos Bancos de crédito con pabellones unidos; y el que se domiciliará en Valparaíso con sucursal en Santiago y agencias en las demás ciudades importantes de la República, pres-



tará en breve las mayores facilidades al comercio general del país, y especialmente á las colonias que lo fundan y residen en él.

Aunque tan debatida por la Comisión de Hacienda de la Cámara de los diputados, después de desechada la idea de una nueva emisión de papel moneda, se ha acordado la acuñación hasta veinte millones de pesos en monedas de plata de valor de un peso, de 20 gramos y con ley de 0,700 milésimas de fino, para aumentar la circulante, y la multitud de empresas que se acometan para hacer más fecunda, por todos los medios posibles, la producción nacional, abre el ánimo á la esperanza de una mejora progresiva en la prosperidad del país, que al cabo se sobreponga á las largas disipaciones de setenta años de esfuerzos infantiles.

\*  
\* \*

En el Perú, su vecino, la sucesión de la Presidencia del General Piérola parece va entibiando los antiguos furores de la ambición ó el despecho, y puede decirse que el Sr. Romaña ha entrado con muy buen pie en la suprema magistratura que desempeña. El horizonte político se encuentra casi totalmente despejado de las nubes revolucionarias, que con razón preocupaban más al nuevo Gobierno que los demás puntos de la administración pública, que el anterior había dejado funcionando con plausible regularidad. En Lima fue descubierto y capturado el agente de que se servían Billinghamst y Durand para repartir sus comunicaciones al Comité revolucionario de aquella capital, y que estaba presidido por algunos diputados, que al amparo de la inmunidad que la ley les ofrecía, barrenaban sin descanso los fundamentos de aquella sociedad. Por las declaraciones del preso y por los papeles que se le ocuparon, el Gobierno pudo adquirir los informes más precisos sobre las nuevas tentativas sediciosas que se preparaban en Lima mismo y en el Callao, y para complemento de este golpe de fortuna, el orden público ha sido completamente res-



tablecido en las provincias de Chinchas y de Cañete, donde la perturbación había sido tan prolongada, mediante la sumisión á los agentes del Gobierno constitucional del coronel D. Felipe Santiago Oré, que puede llamarse el último caudillo de las montoneras del Sur.

Hasta para hacer más intensas las simpatías de la opinión hacia su nuevo gobernante, un pequeño conflicto parlamentario surgido entre el Gobierno del Sr. Romaña y los elementos demócratas ó pierolistas de la Cámara, ha venido á producir cierto alejamiento de relaciones que, en realidad, ha sido simpático generalmente en todo el Perú, aunque de este conflicto haya surgido la primera modificación ministerial. La opinión común estaba persuadida de que la elevación de Romaña á la Presidencia de la República era una continuación, por ambas partes consentida, de la alta dirección política del General Piérola. El Gobierno supremo de 1899 se consideraba como una hechura sometida á la paternidad manifiesta del Gobierno supremo de 1895. Toda situación falsa se presta á notorios inconvenientes, y bajo el peso de esta creencia, en el concepto público, padecía alguna cosa el del Sr. Romaña, de quien, por otra parte, se conocían y ponderaban lealmente las bellas prendas de gobernante y hombre público que le adornan. Además, no hay país que acepte sin protesta la existencia de poderes supremos limitados ó cautivos. El enfriamiento de relaciones que necesariamente ha tenido que derivarse de este encuentro de rivalidad, ha sido acogido con aplauso por parte de la masa sumisa de la opinión sana y honrada, que aborrece todos los convencionalismos que desdoran. No quiere esto decir que por tal incidente la respetabilidad adquirida por el General Piérola en el acierto de su Gobierno se haya resentido ó haya sido ya desconocida. Pero todos se congratulan de un rompimiento que dejará á Romaña desarrollar las resoluciones de su propia iniciativa, pues en él están puestas ya todas las esperanzas.

\*  
\*  
\*



Del lado de Bolivia, el nuevo Presidente D. José Manuel Pando, ya ha comunicado oficialmente á los Gabinetes de los Dos Mundos su erección á la silla presidencial de aquella República. La Convención Nacional, entre tanto, reunida en Oruro, se ocupa actualmente en discutir la forma de Gobierno que definitivamente se ha de dar á aquel Estado. El proyecto de Constitución que se debate, y que fue presentado por los convencionalistas Jemis, Iturralde y Vargas Bazo, está reducido á dos artículos ó párrafos que dicen así: *Primero*: «Bolivia, libre é independiente, se constituye en República Federal, y adopta para su Gobierno la forma democrática representativa.» *Segundo*: «La presente Convención Nacional sancionará la Constitución que deba regir los Estados federados de la República.» Como es natural, conteniendo esta proposición el pensamiento común, el informe que acerca de ella se dió fue favorable y unánime; no obstante, desde la reunión de la Convención se han dejado notar dos corrientes contrapuestas: la de los que opinan por la declaración inmediata del federalismo, y la de los que abogan por el aplazamiento de esa importantísima cláusula constitucional. Pero como todo aplazamiento envolvería una incógnita acerca del pensamiento ulterior de los que le apoyan, la tendencia que á él se inclina tendrá que desaparecer, pues no es posible concebir que este Parlamento, formado en virtud del triunfo de la Revolución, pueda contener en su seno quienes estén disconformes con los principios que sirvieron de bandera para lanzar al Presidente Alonso de la cima de la legalidad, y promover las escenas sangrientas que antes de ahora se han descrito en estas páginas.

A la Convención Nacional presentó el día de su apertura el Secretario General de Estado D. Fernando E. Guachalla, una *Memoria* comprensiva de todos los acontecimientos desarrollados desde que se inició la revolución, y cuya *Memoria* forma dos gruesos volúmenes documentarios. La impresión que produce la obra del actual Ministro de Relaciones Exte-



riores del Gobierno de Pando, sería indudablemente de admiración hacia los fanatismos del ideal y hacia los milagros de la constancia, si para lograr el triunfo conseguido no se interpusiese el triste recuerdo de las escenas de violencia, ultraje y muerte, que no pueden apartarse de la memoria con todos sus horrores sangrientos. La *Memoria*, por lo demás, envuelve un plan reconstructivo, que no puede ser completo, ni estar concienzudamente meditado; porque escrita entre las vicisitudes y el oleaje de fuego de la guerra civil, no ha tenido su autor aquel reposo de espíritu necesario al desarrollo de un gran parto de la reflexión.

\*  
\* \*

Por cierto que entre el fragor de las armas y de la revolución encendida, ha surgido en los aún mal definidos límites de Bolivia con el Brasil un incidente curiosísimo, en que se halla envuelto el nombre de algunos españoles procedentes de la para nosotros desgraciada insurrección de Cuba. Se trata nada menos que de la fundación y organización de una nueva República, la República de Acre, que en un año de existencia ha conseguido constituirse casi de un modo peregrino y formal, y cuyos fundadores se agitan en la actualidad cerca de los Gobiernos de Río Janeiro, Oruro y Buenos Aires y los demás limítrofes, para que se les reconozca y concedan los derechos de un Estado independiente.

El iniciador de esta novelesca aventura, aunque de apellido extranjero, es un español que ha servido en nuestro ejército de Cuba y que aún conserva los derechos de la nacionalidad española. Llámase D. Guillermo Uhloff. Habiéndose dirigido después de la paz de París y de la evacuación de la que fue nuestra gran Antilla á buscar fortuna en la Argentina, donde se casó con una señorita del país, oyó hablar de un *país de las gomas*, del que se referían en Buenos Aires tantas curiosas maravillas, como en el siglo XVII y XVIII entre los españo-



les de Cármen de Patagonia de la llamada entonces *la ciudad de los Césares*. En este *país de las gomas*, según se decía, y ahora el Sr. Uhloff confirma, un niño de diez años, haciendo una pequeña incisión en los árboles que las producen, puede recolectar cada cuatro meses por valor de 4.000 pesos. ¡Considérese su fortuna al llegar á los veinte años, sin más que consagrarse á esta ocupación tan sencilla! El Sr. Uhloff, que debe ser un espíritu muy emprendedor, con semejantes revelaciones no se detuvo en pelillos; se trasladó inmediatamente á Bolivia con el objeto de establecerse definitivamente en *el país de las gomas* para explotar esta producción, y se llevaba un nombramiento que ya desde la capital de la Argentina se había impetrado del Sr. Fernández Alonso, ántes que estallara la revolución del Sr. Pando, y admitiendo en su compañía á cierto Sr. Paravicini, á quien el Presidente Alonso le impuso como su delegado. Establecidos en el país de las gomas, llegó á ellos la noticia de la revolución, con la cual el Sr. Paravicini consideró concluída su misión y se retiró á su país. También el Sr. Uhloff envió su renuncia á los vencedores de Alonso; pero entonces se le ocurrió la idea de declarar al Acre República y Estado independiente. Contrató gente decidida á todo, admitió un socio en otro español de apellido Gálvez y con éste y con otros compañeros formó una Junta de gobierno y se apoderó del país. A este movimiento se adhirió unánimemente la población de todo aquel vasto y lejano territorio, compuesta de 120.000 habitantes, y apenas establecido un gobierno regular, confió á Gálvez la jefatura, para no perder él los derechos de súbdito de España, adquirieron armas modernas y se puso en pié militar una fuerza permanente de 2.500 hombres.

Es el Acre una vastísima extensión de territorio colocada en el afluente del Rigüi, ramificación del Amazonas, á donde se va saliendo de Pará y atravesando Manaos, en cuya ciudad hace pocos meses ocurrió un cierto conflicto con un cañonero norteamericano, el *Wirmington*, que, estando prohibida la na-



vegación del Amazonas, se internó hasta ella, la cual se alborotó contra aquellos extranjeros, sobre lo que mediaron reclamaciones y notas entre el Gobierno de Río Janeiro y el de Washington, cuyo simple recuerdo y la simultaneidad de aquella sorpresa con los actos del Sr. Ulhoff, hacen sospechosa la nacionalidad española del autor y agente en estas aventuras, así como la participación que ha atribuído, hablando de esto con algunos periodistas argentinos, «á algunos voluntarios españoles que habían servido en la guerra de Cuba» para la proclamación de la emancipación é independencia de la nueva República.

En medio de la revolución boliviana, la noticia del atentado de Ulhoff y Gálvez en la región del Acre obligó á los miembros del Gobierno provisional de Oruro á enviar allí un nuevo delegado, el Sr. Kranmer, con el único objeto de disuadir á los independientes de Acre en general, y al Sr. Ulhoff en particular, de la empresa en que se habían metido, y para resolver amigablemente el conflicto, devolviendo el territorio de Acre á Bolivia. Pero el Sr. Kranmer tuvo que retirarse, sin alcanzar que se arriase el pabellón acrense, enarbolado en los edificios públicos de la nueva República desde el 5 de Enero del año anterior de 1899; y habiendo llegado á Manaos, allí murió antes de volver á Bolivia á dar cuenta de su cometido.

La República de Acre, al constituirse, se ha dado una bandera, que consiste en un paño rectangular, dividido diagonalmente en colores verde y amarillo, con una estrella roja en el triángulo del último color: además, se ha constituído en Gobierno regular, nombrando Ministro de Hacienda al brasileño D. Domingo Piñeiro; del Interior, á D. Ezequiel Araujo Primo, también del Brasil; jefe de policía, á otro brasileño, D. Sebastián Panos; jefe de la guarnición de Puerto Alonso, á D. Francisco Montes, español, de Cádiz; secretario de la Capitanía del puerto, á D. Juan Bautista Olivero, español, de Granada, y cura párroco, á Mons. Leyte, del Brasil. Por último, la fuerza pública, llamada Guardia nacional, y distribuída en ocho dis-



tritos, cada uno con su capitán, dos alféreces y trescientos hombres, se ha armado con fusiles Winchester, de fabricación americana.

Mientras en Oruro se disponia una expedición militar á Acre mandada por el jefe Sr. Velasco, el fundador de la República del Acre, Sr. Ulhoff, se ha dirigido primero á Río Janeiro y después á Buenos Aires, de donde parece pasará á la capital accidental del Gobierno de Bolivia, para gestionar la aprobación de los hechos consumados y el reconocimiento de la independencia proclamada y del Gobierno constituido, asegurando en todas partes que las fuerzas bolivianas del Sr. Velasco no se aproximarán siquiera al territorio de la nueva República, cuyos habitantes están decididos á sostenerla á toda costa. Pero contra las esperanzas del Sr. Ulhoff y los ofrecimientos que parece se le habían hecho de parte de los ministros del Brasil, el representante diplomático de Bolivia en Río Janeiro, Sr. Salinas Vega, se ha apresurado á suscribir, por mandato del Gobierno del Sr. Pando, un tratado definitivo que pone término á la vieja cuestión de límites con el Brasil, y que, como es consiguiente, comprende el territorio de Acre. Por este protocolo, Bolivia queda autorizada para establecer en Puerto Alonso, el puerto comercial de la República de Acre, la Aduana que antes allí tenía, y que fue destruída el 1.º de Mayo último por un grupo de brasileños capitaneado por el juez de Florencio Peixoto, sobre cuyo hecho se fundó el establecimiento del Estado que han querido constituir el Sr. Ulhoff y el Sr. Gálvez, acaso para traspasarlo más adelante á algún sindicato de los Estados Unidos, de los que ya les han dirigido proposiciones para el acaparamiento de las gomas, que tienen más valor que el cauchú.

\*  
\* \*

El reconocimiento de los Gobiernos de los Estados Unidos, España, Alemania é Italia del Gobierno de hecho del general



Cipriano Castro en Venezuela, augura la estabilidad de la nueva situación que allí se ha creado.

El primer acto del Gobierno que se ha constituido ha sido la remoción de una gran parte del cuerpo consular de la República.

Las elecciones presidenciales para legalizar los hechos consumados se están preparando con gran diligencia, y la opinión, sedienta de paz, consolidará el triunfo del general Castro con sus votos. ¿Cuándo en América concluirán los Gobiernos de hecho?

\*  
\* \*

Tres meses de revolución en Colombia y una nueva tentativa de revolución en Guatemala, no caben ya en los estrechos límites que nos quedan en esta Revista. Por fortuna, nos cabe la satisfacción de anunciar, mientras podamos detallarlas con más extensión, que en Colombia el principio de la autoridad constitucional ha triunfado contra el partido liberal en armas, después de haber reñido también sangrientos combates, que son un escarnio de la ceguera, en presencia de los conflictos abrumadores de otro orden que Colombia tiene delante de sí.

¿Se discute sobre la anexión de Panamá á los Estados Unidos, y hay partidos políticos, que proclamando reformas constitucionales, que no están cerradas por la vía legal, se arrojan al campo de la revolución? ¡Qué ceguera! ¡Qué desastrosa ceguera!

En las fronteras orientales de Guatemala también se ha tratado de levantar la bandera de la rebelión contra el gobierno del Sr. Estrada Cabrera. Los departamentos de Jutiapa y de Chiquimula fueron invadidos por los enemigos del Gobierno establecido; pero, no encontrando eco los trastornadores del orden en las poblaciones, las fuerzas constitucionales lograron rechazar sus primeros movimientos y hacer presa del armamento que los revolucionarios llevaban. A la



cabeza de los trastornadores se habían puesto José León Castillo, el General Alonso Rosales, Salvador Toledo y Belisario Gómez. En el encuentro de la fuerza pública con la facción se le tomaron 57 prisioneros, y en la capital, al hacerse públicas manifestaciones en pro del Presidente, toda la prensa ha calificado el hecho criminal de *puñalada á la nación*.

\*  
\* \*

¡Cuba recuerda ya la vilipendiada dominación española! En toda la isla, el imperio de la miseria es espantoso, y el Senador norteamericano Howard, Presidente del Comité de socorros á los cubanos, ha escrito lo siguiente:

«La mayor parte de los viajeros norteamericanos, que sólo han visto á Cuba desde los balcones de la fonda en que se hospedan, ó desde la ventanilla del vagón, ignoran el estado de miseria que oculta la magnificencia de la naturaleza.

»En los establecimientos rurales que hemos creado, trabajan á real la hora los antiguos hacendados.

»Por el aspecto de aquellas gentes, presumo que sólo se alimentan con yerbas y raíces. En el poblado de Ceiba Mocha, no he podido saber, á pesar de una detenida averiguación, de qué se mantienen los habitantes.»

¡Ni una palabra más!

\*  
\* \*

En Chile, la presentación de nuestro Antonio Vico en el teatro, en *Vida alegre y muerte triste*, de Echegaray, ha valido al insigne artista la mayor ovación que recuerda haber recibido en su vida. En Santiago, según se lee en los periódicos de aquella capital, no se recuerda que ningún otro actor haya alcanzado triunfo semejante.

\*  
\* \*



El regreso rápido é inopinado del buque-escuela *Nautilus*, que se hallaba en el puerto de Montevideo, á España, llamado por los telegramas del Ministerio de Marina, produjo muchos comentarios que el Ministro de España tuvo que rectificar, explicando las causas de su llamamiento al Ferrol.

\*  
\* \*

Los españoles residentes en Manila hicieron un magnífico recibimiento á los marinos de la República Argentina que, á bordo del *Sarmiento*, dan la vuelta al mundo.

El General Roca, sabedor de aquellas muestras de simpatía, ha dirigido un telegrama muy expresivo de gracias al Presidente del Casino Español.

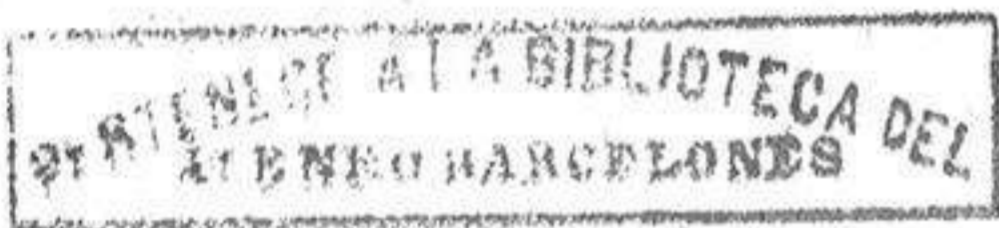
I. O. B.



# REVISTA DE REVISTAS

---

U MARIO.—FILOSOFÍA: «La verdadera vida,» de Tolstoi.—VIAJES: La señora Ratazzi y España.—COSTUMBRES: La «bohemia».—LITERATURA: Cómo ha nacido la novela italiana.—Una novelista de los boers.—BIOGRAFÍA: Siluetas parisienses: Melchor de Vogüé, Pablo Déroulède, Enrique Fouquier y Ludovico Halévy.—TEOLOGÍA TERAPÉUTICA: La secta religiosa de los «Scientistas».—IMPRESIONES Y NOTAS: Berlioz anatómico.—Mitrídates y la sueroterapia.—La música en la antigüedad.—Las siete plagas y las siete bellezas de Italia.—El año 00.—Animales caballerescos.—Krüger y Mucio Scévola.—El predominio de las lenguas.



## FILOSOFÍA

«LA VERDADERA VIDA» DE TOLSTOI (1).—Titula Tolstoi la quinta parte de su obra «La emancipación de las seducciones.»

Libre de los embustes de la fe, el hombre sería apto para practicar la doctrina de Cristo si no sucumbiese á las seducciones. Consciente del pecado cometido, trata de evitar el remordimiento, no luchando contra el mal, sino disculpándolo y recurriendo á la mentira. El hombre debe tener el valor de reconocer la verdad si quiere alcanzar la felicidad, no mintiendo nunca ni temiendo el arrepentimiento de sus pecados. Veamos cómo debe librarse de las diferentes seducciones, de *preparación, ocupación, familia, compañerismo y patria.*

La seducción más generalizada es la que consiste en creer

---

(1) Véanse nuestras dos anteriores *Revistas*.



que es necesario prepararse para la vida en lugar de vivirla inmediatamente. La superchería de esta seducción hace falsear la vida del presente, la única real, aplazando la verdadera vida para el porvenir, que no nos pertenece. Si el hombre prevé el mañana, debe prever el pasado mañana, y el día siguiente, y todos los demás; debe, pues, prever su muerte que es inevitable, y si la prevé, no puede prepararse para el porvenir en esta existencia á término, puesto que la muerte destruye el fin á que tiende en esta vida. Para evitar esta seducción, el hombre debe comprender que no puede pasar su existencia en preparativos, que debe vivir en lo posible inmediatamente y en el estado en que esté, que el único perfeccionamiento indispensable es el amor al prójimo y que éste sólo se produce en el presente. Debe, pues, vivir sin retraso alguno, en todo instante, con todas sus fuerzas, al servicio de Dios, es decir, al de todos los que le necesitan, y no debe olvidar que cada momento puede quitarle la posibilidad de este servicio y del cumplimiento de esta su misión en el mundo.

Cuando un hombre está ocupado, le parece que no puede abandonar su ocupación para hacer lo que le pide su conciencia, es decir, Dios. Admitir que una ocupación, aun la más útil, como la labor de la tierra, es más importante que la obra divina, es hallar siempre ocupaciones que nos creemos obligados á terminar antes de servir al prójimo; y así no se vive nunca la verdadera vida. Para evitar esta seducción debe uno acordarse de que toda obra humana no puede ser fin de la verdadera vida, de la vida inmortal, que consiste en la participación en la obra infinita de Dios, en la manifestación más intensa del amor. Por eso el hombre no debe nunca entregarse á una ocupación que comprometa la obra divina, es decir, el amor al prójimo. Debe estar dispuesto en todo instante á dejar su ocupación favorita en cuanto una obra divina solicita sus esfuerzos; debe ser como un obrero al servicio de un amo, no pudiendo dedicarse á sus propios trabajos sino cuando el amo no le emplea.



La seducción de la familia es la que mejor disculpa nuestros pecados; si hay quien se libre de las seducciones de la preparación y la ocupación, es raro quien no sufre, las mujeres sobre todo, la seducción de la familia. En nombre del amor á la familia, el hombre se considera como emancipado de sus obligaciones para con los demás hombres y comete con toda tranquilidad pecados de venalidad, de ociosidad y de sensualidad, sin ver en ellos nada reprehensible. El mal que resulta de esta seducción es aumentar el pecado de apropiación, haciendo más áspera la lucha entre los hombres, y quitando toda posibilidad de distinguir el verdadero sentido de la vida. Puede uno entregarse sin desconfianza al amor al prójimo, pero no se puede amar así á los suyos, porque este amor conduce á la ceguera y á la justificación de muchos pecados. Para evitarlo, el hombre debe comprender que el amor no es verdadero ni da la vida y la felicidad sino cuando no busca ni espera recompensa; el amor á los suyos es un sentimiento animal, sólo bueno dentro de los límites del instinto y cuando no se le sacrifican las aspiraciones espirituales. Por eso todo hombre debe hacer por los demás lo que quiere hacer por los suyos, sin hacer por éstos más que lo que estaría dispuesto á hacer por los demás.

Los hombres creen que formando grupo separado pueden emanciparse de las reglas generales de la conciencia. El error de esta seducción de compañerismo es no ver que esta división en grupos impide el compañerismo natural de todos y hace faltar al deber más sagrado en provecho de obligaciones artificiales. Para sustraerse á esta seducción se debe pensar en que las reglas del compañerismo pueden ser infinitamente diversas, variables y contradictorias, mientras la ley divina es inmutable. Toda regla artificialmente establecida deja de ser obligatoria si es contraria á la ley del amor; toda agrupación exclusiva limita la extensión de la comunión entre los hombres y destruye la condición principal de la dicha, la posibilidad del amor de todos los humanos; por eso en lugar de



formar sociedades y grupos parciales, hay que evitar todo lo que puede aislarnos de los demás hombres de la tierra.

La seducción nacional es la más funesta: engaña á los hombres por doble modo: por la sugestión de la mentira á los niños, y por el esplendor de la pompa de las ceremonias sobre los sentidos de los adultos. Casi todos los hombres se hallan cogidos, en el momento en que su conciencia se despierta, en las redes de la seducción nacional, y viven en la convicción de que su pueblo y su régimen social son los mejores, y de que para el progreso y la dicha de los mismos hay que someterse ciegamente al Gobierno existente, debiéndose, mediante sus órdenes, molestar, herir y matar á sus semejantes. Desde el momento en que el hombre admite la posibilidad de sacrificar el bien de uno en provecho del bien de una colectividad, no puede fijarse límite á este principio: todo acto puede hallar en él su justificación y no hay mal que no pueda cometerse en su nombre. La suposición de que los hombres pueden conocer la dicha futura de la masa, ha sido en otro tiempo mantenida por el tormento, la inquisición y la esclavitud, y lo es hoy por los tribunales, las cárceles y la propiedad territorial. En virtud de este principio, Caifás hizo matar á Cristo, y hoy matamos en las guerras millones de hombres. Para evitar esta seducción hay que comprender que antes de pertenecer á un Estado ó Nación, el hombre pertenece á Dios como miembro del reino universal y que él solo es responsable de sus actos. El hombre no debe nunca preferir sus compatriotas á los demás hombres; nunca debe hacer daño á su prójimo en nombre de la dicha futura de la multitud, ni debe creerse obligado á obedecer más que á su conciencia.

## VIAJES

LA SEÑORA RATAZZI Y ESPAÑA.—De sus impresiones del último viaje á España, publicadas por la princesa Ratazzi en sus amenísimos artículos de la *Nouvelle Revue Internationale*,



entresacamos algunos párrafos descriptivos ó anecdóticos, impregnados de ese delicioso aroma que se desprende siempre de los escritos de la ditirámica escritora cosmopolita, derrochadora de adjetivos agradables.

Mil veces—dice—he descrito ya la impresión que se siente al pasar de Francia á España, siendo la transición tan brusca, que no puede menos de sentirse siempre alguna emoción. No hay frontera más caracterizada que ésta, ni línea de demarcación más sorprendente. No cambia sólo el aspecto de la naturaleza, la lengua y el traje, sino sobre todo «el modo de ser» de las gentes. Hay á la vez, como curioso contraste, más apresuramiento y más abandono que al otro lado de los Pirineos; más ruido, ciertamente, y quizás menos trabajo, más arrogancia y más pasividad, más severidad en los reglamentos y más abandono, más testarudez y menos perseverancia. En ninguna parte muestra el hombre más precisados que aquí sus defectos y sus cualidades; en ninguna parte son estas cualidades más salientes ni más reales. Lo que desde luego salta á la vista es que esa especie de pereza ó indolencia que el extranjero encuentra en el español es real é innegable, y, sin embargo, es sólo una máscara engañosa. Se adivina que ese español que se está horas enteras sin hacer nada á la puerta de su casa con la mirada hundida en el vacío y el pensamiento mecido por dorado sueño, es capaz de todos los heroísmos, de todos los sacrificios, de las más nobles transfiguraciones.

La primera vez que Sarah Bernhardt vino á Madrid fue hace diez años, y la princesa Ratazzi, que hacía poco se había casado con Rute, tuvo la buena ocurrencia de aprovechar la estancia en Madrid de la genial trágica, recién casada con el joven Damala, y que había elegido España para pasar su luna de miel, de dar una recepción en su obsequio. Rute, subsecretario de Estado, había alquilado el palacio de la Perla en la calle de Montalbán, una maravilla creada por la duquesa de Santoña; la señora de Rute apresuró su instalación ha-



ciendo verdaderos milagros, y la recepción se celebró, y Sarah fué presentada á la más escogida sociedad de la corte.

Allí estaban Castelar, el orador inimitable, Echegaray y Moret, Sagasta y Jovellar, López Domínguez y el duque de Rivas, Correa y Abascal y muchos otros más, todos con nombres famosos en la política, la literatura y el arte. La misma Maria Buschental en persona, María Buschental, la única, la heroína de todos los libros y folletos, ídolo de todo un pueblo y con sin par corte de amigos (los más ilustres de Madrid), María Buschental, que no salía nunca, llegó al final de la comida para saludar á Sarah, y el mismo Cánovas penetró en los salones minutos después con el mismo objeto.

Detalle típico. Cuando Sarah entró, el ujier anunció á *los señores Damala*. Así se hacía anunciar la eminente actriz con toda la deferencia de su reciente amor. Pero no sabiendo la Ratazzi á punto fijo qué clase de persona era el marido de Sarah, presentó á Sarah á todo el mundo, y su marido á Sagasta únicamente; Damala, sin embargo, tenía una personalidad: diplomático griego y notable actor de salón, se enamoró locamente de Sarah al paso de ésta por Atenas, y su pasión le hizo abandonar su carrera y convertirse en actor, primero, de la compañía de Sarah y en su esposo después. Este matrimonio tuvo la suerte de sus similares: tras la embriaguez de algunos años, Damala pudo notar que no estaba hecho para ser el marido de una estrella como Sarah, enamorada tan sólo del arte y de su hijo Mauricio; su presencia era á la vez una necesidad, una alegría y un tormento; se entregó á la morfina, y un día le hallaron muerto en un sillón, con la sonrisa en los labios, en todo el esplendor de su juventud. Sarah le lloró y le echó de menos, y luego pasó adelante en busca de nuevos triunfos y laureles.

La Ratazzi dedica un párrafo al efecto que le produjeron las carreras de caballos en Madrid, con las tribunas medio vacías, el peso desierto, la pista sin animación, y las apuestas reducidas á un puñado de jóvenes, y reconoce que esta diver-



sión, falta de ambiente en España, jamás podrá aclimatarse en un país donde existe el espectáculo animadísimo y eminentemente nacional de las corridas de toros.

En cuanto al feminismo, del que también trata en su amena crónica la Ratazzi, declara que en España no existe, y no porque no haya en España aspiraciones de reivindicación para la mujer, sino porque no se formulan de modo que produzcan movimientos ruidosos que tiendan á la emancipación social del bello sexo. Existen espíritus cultos sin duda, pero de tal modo aislados y faltos de cohesión, que hacen creer que la educación de la mujer en España está por bajo de todo nivel; la inteligencia, por otra parte, implica la modestia, y la modestia la falta de iniciativa, y ese es el gran defecto de los españoles, que les deja siempre tímidos y vacilantes ante toda nueva idea. Y no es que la Ratazzi sea de esas exaltadas que enarbolando la bandera de la revolución aspire á la emancipación de la mujer por medios violentos; todos esos excesos de las ultraradicales le parecen ridículos, pero entiende que debe hacerse algo, y que es criminal permanecer indiferente. Camilo Lemonnier, en su libro admirablemente atrevido *El macho*, ha dicho: «La mujer está hecha para amar, parir y criar á sus hijos»; pero aun siendo esto verdad, no es obstáculo para que no deba permanecer ignorante de las grandes ideas que ennoblecen el alma, encerrándose exclusivamente en esa misión pasiva y puramente material que se le quiere asignar.

«Ninguna de las notabilísimas mujeres que España encierra—dice—me contradirá si les digo que hay en ellas egoísmo en no favorecer el desarrollo de las doctrinas que ellas mismas profesan y que constituyen su superioridad»; debiéndose agradecer á la señora de Flaquer—una de las poquísimas mujeres que con Emilia Pardo Bazán y Patrocínio de Biedma cultivan el periodismo—la publicación de sus *Evangelios de la mujer*, libro evolucionista que viene á ser como un grito de alarma y un generoso llamamiento á todas las buenas voluntades.



## COSTUMBRES

LA «BOHEMIA».—El reestreno de *La vida de bohemia*, de Murger, como los estrenos de *La bohemia*, de Puccini y de Leoncavallo, ha puesto sobre el tapete la vida y costumbres de los artistas y de los poetas, despertando sentimientos ficticios que no había despertado la miseria real de Pablo Verlaine, vagando de hospital en hospital, y paseando por calles y cafés su máscara socrática y sus harapientos trajes.

Murger, con conciencia ó sin ella—dice Camilo Mauclair en la *Revue des Revues*.—ha hecho á la burguesía, contra la que tanto ahullaba el romanticismo, la más delicada lisonja de amor propio que pueda imaginarse: le ha mostrado á los artistas, esos seres que la burguesía envidiaba y aborrecía, y de los que se sentía separada por miles de leguas, y le ha permitido decir: «¡Cómo! Pero, ¿no es más que eso?» Y le ha mostrado que esos hombres, sedicentes superiores, eran holgazanes, mal educados y egoistas, porque así son en *La vida de bohemia*. Y la burguesía se ha frotado las manos de gusto al sentirse superior á semejantes golfos.

El libro de Murger ha arraigado en la clase burguesa la idea de que el artista es un tipo sucio, con hongo abollado, pantalones de cuadros y corbatas á la Colín, que no paga nunca á sus proveedores, que no tiene educación aunque sea de buena familia, y que, en suma, es un ente desatornillado. Murger se convierte así en el más precioso aliado del burgués contra la altiva elegancia de Baudelaire, el purismo de Gautier, el aristocratismo de Vigny y de Lamartine, el sombrío genio de Delacroix, el lirismo loco de Berlioz y la arrogante intransigencia de Flaubert.

Hay que decirlo sin esperar más: la bohemia no tiene relación ninguna con la vida del artista pobre. Hay gentes que, con mucho dinero, son bohemios, porque les gusta holgaza-



near, poner los codos en la mesa, fumar pipas en las tabernas, tumbarse en divanes de taller, rehacer farsas ó teorizar indefinidamente, medir lo largo de las aceras, bostezar en coro y perseguir obreras bonitas. Hay jóvenes que en la miseria se visten sin corbatas de sangre de toro, no abollan su sombrero, son corteses, trabajan y van á buscar su «puchera» al figón para comérsela discretamente en su bohardilla. Frente á los calaveras de Murger está Berlioz llevando su pan por la calle con la serenidad de un sabio; está Wagner viviendo en el barrio del Mercado y formando parte de las orquestas de café-concierto meditando de paso su *Lohengrín*.

Lo que constituye la bohemia no es la falta de dinero, sino la de educación moral, de imperio sobre sí mismo y de pudor intelectual. Todos hemos conocido el bohemio en nuestros comienzos, le hemos visto expansivo, bonachón, charlatán, contando al primero que pasa, ante un bock, sus proyectos, sus sueños y sus amores. En realidad, bajo aquella charla indiscreta y mordaz, estaba oculto el roedor de la envidia, la impotencia más ó menos conocida, el burguesismo más exagerado, la vanidad de estrechar manos célebres, de figurar entre los literatos, de pasar por mártir del ideal. Casi todos los verdaderos artistas han sido pobres en los comienzos de su carrera; pero se han arreglado para trabajar, y han considerado su pobreza como estado transitorio del que era preciso salir á fuerza de trabajo. El bohemio tiene su fin en su mismo estado transitorio, y es un espíritu falso; su grosería la bautiza con el nombre de «amplitud de ideas», su pereza con el de «inspiración» que está esperando. En realidad el bohemio es el parásito del artista pobre, á quien se echa en cara la regularidad de su trabajo como estigma de burguesía, viviendo, sin embargo, de sus ideas, falsificando sus obras é imponiéndole su compañerismo.

En cuanto á las costumbres de la bohemia, es irritante verlas atribuir á quienes, por su misma profesión, se acercan más al ideal de distinción y de refinamiento de la delicadeza



moral. Si alguien debe ser perito en materia de nobles actitudes, en matices de sentimiento, en gestos sobrios, es el ser que, alejado de todo negocio y de toda violencia, sirve intereses abstractos, haciendo del pensamiento y de la plástica su principal estudio. ¿Cómo es, sin embargo, que en toda reunión de ciudadanos pueda reconocerse á un creador de pinturas ó de poemas por alguna falta de gusto, por cierto extravío, por una actitud distraída, que no es precisamente la torpeza ni la timidez, sino lo que se llama el «aire artista»? ¿Son las cabelleras hirsutas ó las corbatas monumentales restos tenaces de la tradición romántica? ¿Es el fastidio de estar entre burgueses, y no saber hablar sino de lo que no les interesa? ¿Es la rigidez vejada de verse allí como curioso aperitivo? ¿Es simplemente el hábito de soñar? De todo hay en el «aire artista».

Hay todas las niñerías del intelectual acostumbrado á la libre soledad y á la despreocupación del taller; hay el amor propio, el estar fuera de su centro y, sobre todo, en el fondo, una timidez especial, procedente de que el artista está fuera de la sociedad, y no sabe nunca si se le acepta ó si reina en ella. De ahí ese orgullo receloso que disimula mal la indecisión, y ese candor, esa sencillez singular propia de los habituados á la abstracción y, en general, de los seres desinteresados.

Hay que acabar con los trajes excepcionales y las costumbres desordenadas, siendo preciso decir que las tres cuartas partes de nuestros jóvenes pintores y poetas piensan y obran ya de este modo, y sólo los antiguos románticos supervivientes se quejan de ello. La concepción distingue al individuo, no el hábito; no tenemos que censurar las corbatas de encaje de d'Aurevilly, ni el chaleco rojo de Gautier; saludamos con respeto el fieltro apabullado de Marcelino Desboutin y soporamos las capas y justillos de Peladan, porque todos estos hombres han producido hermosas obras; pero están ya lejos de nosotros, y si creyeron que el espíritu de cuerpo de los ar-



tistas requería un uniforme, nosotros entendemos hoy que el artista no tiene que mostrarse como un ser excepcional que haga reír, sino como dominador, imposible de criticar, debiendo dejar á un lado esa última niñada de vestirse ó presentarse de modo descuidado.

Contemplemos los creadores modernos. ¿Qué mundano, qué *dandy* tuvo jamás la arrogante afabilidad de Edmundo de Goncourt, el encanto lírico de Banville, la seducción de Alfonso Daudet? ¿Que refinado inventó jamás la suavidad misteriosa, la nobleza infinitamente delicada que Mallarmé mostraba en su saloncito? ¿Qué gran señor vale lo que Whistler, ni tiene más corrección que el pintor Gándara, el poeta Regnier ó el músico d'Indy? ¿Qué decidior reputado brillará más que Pablo Adam ni mostrará la ironía perfecta de Pablo Hervieu? ¿Hay algún gentilhombre que se atreva á asumir la regia y dolorosa actitud de Villiers de l'Isle Adam? ¿Ha existido personaje más majestuoso que Puvis de Chavannes, ni hombre más fundamentalmente sencillo que el pobre y gran Ernesto Chausson? Cuando Jorge Rodenbach hablaba en un salón, ¿quién hubiera llegado á su distinción sonriente, á su finura exquisita? ¿Qué hombre de mundo tiene la facilidad de maneras de Alberto Besnard? ¿Qué *clubman*, educado en las más puras tradiciones de la *gentry*, tendría nada que decir de la elegancia de Julio Cheret? ¿Qué «buena sociedad» equivale á la de Rogerio Marx ó Pedro Roche?

Verdad es que la recientísima actitud de los «arribistas» es mortificante y, á veces, grosera; pero les sirve al menos para esquivar la suprema injuria de la compasión de la mediocracia que Murger mendiga para sus héroes. Lo que debe ser la última palabra *exterior* de una miseria de artista, es cierta sonrisa que detenga en el acto ciertas conmisericordias, y no permita la fraternidad sino entre sus iguales. La fuerza de cohesión de la mesocracia ha faltado siempre á los artistas; su nerviosidad y su morboso afán de perfección, les ha impulsado, más que la ambición ó la envidia, á denigrarse y desunir-



se. La burguesía oculta sus llagas mientras que los artistas carecen de tan prudente hipocresía. La prensa, además, se apodera del menor escándalo en que toman parte, centuplicando la importancia de sus desórdenes por el ruido que hacen, cuando, en realidad, las costumbres de los artistas son mucho más leales y puras que las de la burguesía. Hay pocos artistas realmente pervertidos, aunque haya muchos desarreglados.

Cada vez cae más, con el romanticismo, la idea de que la literatura y el arte son carreras brillantes, honoríficas y divertidas, cuando son misiones pesadas, graves, que empobrecen y están llenas de desengaños. En resumen: Schaunard y Rodolfo agonizan, con los principales clichés del sentimentalismo de este siglo, en este duro y saludable período en que estamos, que analiza con fría y triste resolución todas las metáforas y todas las nociones aceptadas por el vulgo.

## LITERATURA

CÓMO HA NACIDO LA NOVELA ITALIANA.—La novela italiana dice V. Morello en la *Rivista política e letteraria*—no es ya una melancólica aspiración nacional como lo es hace siglos el teatro, sino una viva y floreciente realidad. Hay la novela francesa, la inglesa y la rusa, y hay también la novela italiana, á la que dan variedad de carácter escritores de todas procedencias, Verga y D'Annunzio, Capuana y Matilde Serao, Fogazzaro y Barrili, Farina y d'Amicis.

La novela italiana ha nacido, puede decirse, á la sombra de la francesa; pero desarrollada de súbito, vive en su propia luz, de su real fuerza y valor, representando un modelo de perfección frente á las formas de que procede. La novela italiana ha nacido siempre en la fermentación de los elementos literarios acumulados de otros países. *I promessi sposi* no tiene tradición nacional, como no la tiene el *Orlando furioso*; y



así como el maravilloso poema de Ariosto descende de las canciones y romances caballerescos de Francia é Inglaterra, así trae su origen de Inglaterra y Francia la famosa novela de Manzoni. ¡Extraña naturaleza la del ingenio italiano! Antes de llegar á Balzac, los franceses han necesitado dos siglos de pruebas y ensayos, desde D'Urfé á Le Sage, pasando por Gomberville y Scarron, la Calprenède y Furetière, la señorita Scudery y Courtils. Los italianos, sin preparación ninguna, abren un día los ojos sobre los campos lombardos, y asisten al milagro de la aparición de *I promessi sposi*; pero en seguida los cerraron porque los milagros no se repiten. El desenvolvimiento orgánico ha faltado á la novela italiana, como antes había faltado la preparación nacional. En torno de *Los novios* se produjo un gran movimiento; pero lo cierto es que de toda la labor del medio siglo que siguió á la obra de Manzoni no han quedado más que las intenciones.

Sin embargo, si bien miramos las producciones que no han tenido el honor de llegar á las supremas alturas del arte—y sin contar el exquisito Rufini, más inglés que italiano—puede fácilmente descubrirse cierto movimiento para llegar á reproducir en la novela la realidad de la vida. ¿Qué ha faltado á Mastriani para ser el Zola italiano? El arte ciertamente, pero también la tradición; no era un estilista, como es preciso ser para dar sello personal á sus obras, pero tampoco tenía á las espaldas doscientos años de historia de novela. La miseria y el hambre hicieron del pobre escritor napolitano más un esclavo que un señor de la pluma, y aunque en sus obras hay aquel «olor de pueblo» que Zola ha sabido infundir en muchas páginas de su *Assommoir*, sin tradiciones y sin educación no podía sino demostrar una vez más que el arte no es ni puede ser mera improvisación.

Constituída la unidad italiana, y libres de preocupaciones políticas, religiosas y militares, los escritores transalpinos comenzaron á estudiar en serio el arte por el arte, el arte en sí mismo, como fin y no como medio, como satisfacción de nece-



sidades estéticas; y como empezaron á moverse desde donde los demás habían llegado, y como el límite de la gloria en la novela era el alcanzado por el naturalismo francés, el naturalismo francés fue la escuela de la novela italiana.

Verdad es que el naturalismo ha pasado hoy de moda; pero la obra de Zola produjo todos sus efectos. Los escritores italianos, ayudados por su buen sentido y por su buen gusto, supieron siempre mantenerse alejados de aquellas exageraciones, contentándose con recoger el criterio de simplificación naturalista que hace más segura la representación de la vida en todas sus varias formas y del ambiente en su doble relación con la vida de los individuos y de los grupos humanos.

Antes de que Verga renovase la novela italiana sobre los moldes del naturalismo francés, los escritores más audaces exageraban en el espíritu y en la letra las últimas tendencias y antítesis sentimentales y sociales del romanticismo. Dumas hijo fue un gran fascinador de los espíritus italianos, hasta que el arte de Zola desplegó sus banderas victoriosas, y aun Verga en sus primeras novelas se mostró dócil y apasionado imitador del arte romántico-aristocrático del autor de *La Dama de las Camelias*. Pero, ilusionado por las nuevas fórmulas, se convirtió en seguida en el más rígido y fuerte naturalista. Ya el mismo Capuana, que fue su evangelista, reconoce sin envidia la superioridad de los efectos obtenidos por su amigo en las aplicaciones del método naturalista. Y en verdad que no hay novela más impersonal que los *Malavoglia*: el autor se ha sustraído completamente del libro y quedan en acción los personajes, que ven con sus ojos, piensan con su cerebro y hablan con su pobre lengua de pescadores, sin que jamás los ojos, el cerebro ni la lengua del escritor suplan sus deficiencias; más que un *tour de force*, son los *Malavoglia* una verdadera revelación.

El grado de conciencia se eleva en los personajes de *Mastro don Gesualdo* y con la conciencia de los personajes el arte de Verga. En sus 527 páginas, llenas de frescura de observa-



ción, densidad de sentimiento y vivacidad de representación, se narra la historia íntima de las agitaciones de un aldeano siciliano, al renovarse su fortuna y sus dominios, y es la historia de todos los países donde la envidia, la soberbia, la vanidad y la lujuria mueven los corazones y mortifican la vida. En el mundo imaginado por Verga se agitan cincuenta tipos diferentes, y todos tienen su carácter, sus sentimientos, su signo exclusivo, particular. En medio de aquel mundo se encuentra *Mastro don Gesualdo*, el obrero, que á fuerza de fatigas y sudores, de truhanería y abnegación, se levanta y conquista poco á poco su nueva posición, atrayendo á sí las corrientes de la producción y recogiendo en su mano los hilos todos de la riqueza de sus convecinos. Por toda la novela corre un aire de tristeza y de dolor que aterra; y la tristeza y el dolor no son obra del autor, sino que brotan naturalmente de las cosas y de los hombres, como el aroma de las flores.

Con este *Mastro don Gesualdo* entró la novela italiana á plenas velas en el gran reino de la Verdad humana, no habiendo en ninguna obra de Zola más vasta ni más profunda observación que la que contienen esta novela y los *Malavoglia*. Dado este paso, fácil era avanzar en el camino abierto, y detrás de Verga y á su lado ha surgido la pléyade creadora de «la novela italiana», digna de ocupar en la historia literaria del mundo culto honrosísimo y bien ganado puesto.

\*  
\* \*

UNA NOVELISTA DE LOS BOERS.—Así llama la *Nuova Antologia* á Oliva Schreiner, inglesa de nacimiento, casada con un boer, que es el Gobernador de la colonia del Cabo; sus obras, especialmente *A Story of an African farm* y *Trooper Peter Halket of Mashonaland*, merecen que se le dé ese nombre.

La primera de estas obras representa la vida del *kraal*, dominando en ella el tipo holandés ó boer, que ha llegado al mayor grado de adaptación al medio ambiente surafricano, apa-



reciendo á su lado el tipo inglés, que no logra olvidar su personalidad anglosajona ni la convicción de su superioridad, y el tipo alemán, aislado, tenaz y laborioso. La escena es una rica factoría boer, bajo el siempre cerúleo cielo; su dueña, una *boerwoman*, viuda de un inglés, tercero de sus maridos, lleva una vida puramente material, con inteligencia bastante torpe, sin que tenga á su lado más persona, capaz de dominarla, que su fina y hermosa hijastra inglesa, pues su propia hija, aunque procedente del mismo padre, representa un papel obscuro é insignificante.

Dueña de cientos de cabezas de ganado, la señora boer espera al cuarto marido, que debe presentarse á cortejarla de un momento á otro. La señal de que la corte es aceptada es cuando la señora se queda una noche en vela con el aspirante que ha venido á tratar del negocio. Se preparan al efecto dos sillas de respaldo recto, una frente á otra, una cafetera y una sola vela; el joven toma de cuando en cuando un sorbo de café, y la señora, acurrucada en su silla, se defiende de la somnolencia que pesa sobre sus párpados, hasta que se acaba la vela; después de esto se prepara la boda.

El mozo que guarda el rebaño es alemán, mezcla de fuerza muscular y de fuerza de abstracción continua, fascinado por la inglesita, que le quiere, le protege y le cuenta sus aspiraciones y entusiasmos. La joven va al colegio de la ciudad, y el muchacho se desarrolla bajo la sola influencia de la naturaleza. La inglesita vuelve finalmente á casa, pero enteramente cambiada, disipados sus sueños de niña y sus exaltadas aspiraciones; corta involuntariamente el idilio de su hermanastra, seduciendo al joven inglés, á quien ésta amaba, y huye con él; pero, no encontrando en su amante su ideal espiritual, lo abandona, y sola, en lejano país, da á luz una niña muerta, quedando ella misma moribunda. En tanto, todo se trastorna en la factoría, y el mozo alemán, fiel siempre á sus promesas, sale en busca de la fugitiva, luchando donde quiera con todo género de obstáculos, y el inglés marcha también en



busca de su ídolo, hasta que logra encontrarla, cuidándola como perrillo fiel hasta la muerte. Sólo queda en la casa la sufrida, aunque desilusionada hermanastra, que se resigna con un suspiro á recoger á su novio infiel cuando vuelve á ella con los despojos de la difunta.

*Trooper Peter Halket*, libro que en Inglaterra ha hecho bastante ruido, es una obra original, ni novela ni disertación, entre parábola evangélica y alegoría dantesca, viva protesta contra los abusos de la Chartered Company y de Cecilio Rhodes, escrita en forma clara y sobria y vigorosa.

El *trooper* es un voluntario asalariado por la Compañía, que, habiéndose perdido, se ve obligado á pasar una noche solo sobre un cerro aislado del Mashonaland. Ante el fuego que ha encendido para alejar las fieras, ve aparecer un forastero con ojos tan brillantes, que apenas se le puede mirar, y con rostro suavemente melancólico; le habla de cosas vistas y países recorridos, de la suerte de Inglaterra y de los negros; el forastero, que es Jesucristo, no contradice al *trooper* en sus invectivas contra los negros; pero refiere episodios conocidos, haciendo ver la injusticia con que se juzgan, observándolos desde puntos de vista equivocados. Poco á poco, el soldado se exalta, escucha con fervor las palabras del Maestro, y promete obedecerlo.

Después de aquella noche memorable, Pedro Halket vuelve á las filas enteramente cambiado, siendo este cambio un misterio para sus camaradas. Puesto á prueba, al recibir la orden de sus jefes de apalear á un negro, permanece fiel á sus promesas, y, lejos de cumplir la orden, le da de comer y deja escapar al negro, quedándose él mismo para pagar su desobediencia. El jefe, enterado de lo ocurrido, descarga su revólver y el *trooper* muere, negándosele honrosa sepultura.

Si este libro, por la ocasión en que se ha publicado y el fin á que tiende, ha impresionado mucho en Inglaterra, por las ideas generales y nobilísimas que contiene es digno de ser conocido por todos, siendo hermoso ejemplo de la sobriedad de



forma que puede revestir un arma político-literaria de bien distinta eficacia que las añejas polémicas que son plaga de nuestra vieja Europa.

## BIOGRAFIA

SILUETAS PARISIENSES: MELCHOR DE VOGÜÉ. — Dos libros de crítica—dice Zadig en la *Revue Bleue*—habían bastado para hacer célebre á Melchor de Vogüé, y dos novelas han bastado para hacerle perder su reputación. Vogüé creyó que, una vez conquistada la fama de pensador, necesitaba escribir libros para aumentarla. Se tomó en serio á sí mismo y lo echó á perder. El snobismo que le había creado, debía necesariamente abandonarle.

Melchor de Vogüé es una gran víctima del snobismo. Glorificado de pronto, quedó aturdido por su gloria y se empeñó en justificarla vagando laboriosamente por los varios dominios del pensamiento, siempre amarrado á su voluntaria cadena. No era culpa suya que le hubieran atribuído inmensas aptitudes, pero fue su desgracia. Perpetuamente estuvo desorientado en medio de las ideas y entre los hombres. Creía que le bastaba presentarse para ser vencedor, y no era vencedor sino hasta que se presentaba. Teniendo ideas generales, olvidó demasiado que era sencillamente un periodista y un diputado, y como dominaba en veinte salones se creyó dueño de ambos continentes.

Lanzando sus miradas sobre el Universo, Vogüé no descubrió en él nada más que su persona. Por eso en su obras es tan visible su personalidad; el gentilhombre domina al pensador. Melchor de Vogüé es noble, y ha puesto todas sus obras en salsa de nobleza; su estilo es pomposo y solemne, pero sus pompas son verdaderas pompas fúnebres, siendo sus libros tan tristes como su alma desencantada. Tal es, hasta hoy, la his-



toria verídica de este hombre muy sincero, muy estimable, muy noble, en fin, y que no ha sido embajador de Rusia.

\*  
\* \*

PABLO DEROULEDE.—¡Pobre Deroulede! Sus amigos le abandonan y sus enemigos le juzgan, que es la peor manera de combatirle, dice Zadig. La suerte no dejó nunca de ser desfavorable á este desgraciado, y su destino le obligó á fracasar en todo con estrépito. Sus disposiciones intelectuales le excitaban á ser soldado; pero un inoportuno y vulgar accidente de caballo le privó de ser útil á su país, haciéndose matar en el campo de batalla. Entonces, como amaba tanto á Francia, escribió versos, y luego se dedicó á figurar enfáticamente en los entierros.

Como cierto Perrin, director de teatro, no le admitió un drama, Deroulede acusó al ministro Ferry y empezó á declarar intolerable el parlamentarismo; distribuyó á los gimnastas banderas patrióticas, y habiendo encontrado un general buen mozo, quiso reformar con él el Estado. El general pasó la frontera y hasta fue condenado por los senadores; Deroulede se fué á enterrar á Boulanger, llevando en un saco tierra francesa para derramarla sobre la sepultura, y pronunciando con tal motivo palabras ininteligibles y sublimes. Poco después hizo dramas en prosa, y empeñado en reformar el Estado cogió un día el caballo de un general por la brida; pero el caballo, buen republicano, se encabritó, y Deroulede fue encarcelado, juzgado y desterrado. ¡Pobre Deroulede! Siempre fracasado. ¡Estaba escrito!

¡Y está enfermo! Y da lástima ver á este hombre, que sólo valía por sus agitaciones exteriores, confinarse en una celda, enfermando como un senador. ¡Y le han abandonado! Escribió á cierto Dumonteil: «No hagais nada para libertarme.» ¡Cobardes! ¡Y ni siquiera han sitiado el Luxemburgo!

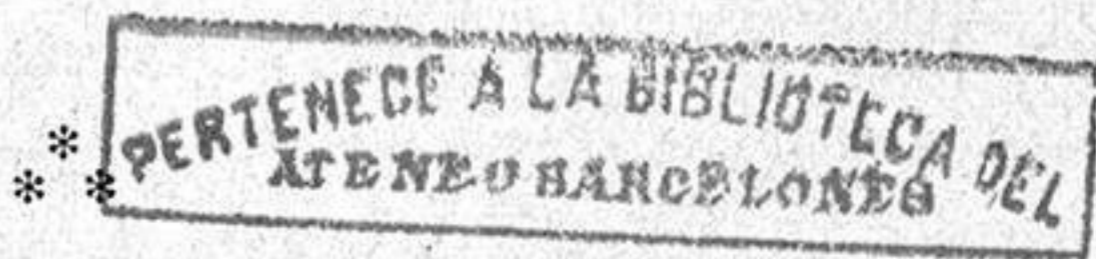
Evidentemente Deroulede tiene una generosidad natural



que le arrastra á hacer tonterías, y ha carecido siempre de amigos discretos. Conoció en seguida la importancia de su personalidad, y se juzgó incapaz de obrar de otro modo que como jefe de partido. Este hijo de notario era jefe por temperamento, y siendo poeta tenía enorme capacidad de ilusiones. Enemigo de los parlamentarios, fue candidato perpetuo á la diputación. Y no es que le desprecien ni le odien, porque es amable y estimable, sino que los electores son cuerdos.

La fuerza física de Deroulede era la fuente de su influencia. ¡Ah! ¡Qué músculos, qué pulmones, qué estatura! En los tiempos primitivos, los jefes eran siempre los hombres más robustos; Deroulede, gigantesco y vigoroso, era un jefe de los tiempos primitivos. Un conductor de pueblos no podría estar anémico, y Deroulede es un conductor de pueblos. Las ideas son invenciones de hombres debilitados; Deroulede no necesita de las ideas para nada, y quizá por no tener ideas ha podido tener partidarios leales.

Pero aunque no tiene ideas tiene una doctrina amplia y vaga, como conviene á un poeta: quiere el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Con esto basta. Dicen que en la cárcel ha estudiado Deroulede las Constituciones de Europa, y ha hecho mal, porque bien sabe él que á los pueblos no se les gobierna con Constituciones sino con la generosidad que viene del corazón; sólo los pueblos guerreros son patriotas, y sólo los pueblos patriotas son fuertes. Esa es la verdadera política; se gobierna con patriotismo, y el presupuesto se equilibra como se pueda. ¡Pobre Deroulede! Es un excelente sujeto y ama de veras á Francia, aunque demasiado estrepitosamente.



ENRIQUE FOUQUIER.—El otro día—dice Zadig,—sin saber qué hacer, é incapacitado para ningún trabajo útil, me puse á leer las crónicas de los diarios, y leí tres ó cuatro, si no fue-



ron cinco, de Fouquier; y luego, inclinándome á seguir perdiendo el tiempo en puerilidades, me fuí á la Escuela del Periodismo y oí las lecciones de Fouquier. Ni de la lectura, ni de las lecciones, he sacado nada en limpio, pero he pasado el rato y matado el tiempo perfectamente.

La labor del periodismo es ilusoria, y Enrique Fouquier es maravillosamente apto para trabajar en vano. Le basta querer escribir para que sobre todos los asuntos se le ocurran ideas sin cuento, ideas sin fin, ideas..... ¡Qué perniciosa abundancia la de que es víctima este hombre! Porque su atroz facilidad es la que condena á Enrique Fouquier á ser un especialista universal. Sabe á fondo todas las cuestiones, ó casi, y las que no sabe le sugieren por lo menos innumerables ideas generales. Conoce sobre todo el corazón de las mujeres y el gobierno del Estado; las leyes que obligan á los hombres, las mujeres que se burlan de las leyes, el nacimiento y la muerte, el matrimonio, los disgustos, el divorcio, los placeres de la vida, la educación, la evolución, las revoluciones, la física, la música, la química, la astronomía, las manchas y los agujeros de la luna, luego las mujeres, las mujeres. Enrique Fouquier habla de todo eso. Y no se quedará corto si queréis que os diga los peligros de las guerras coloniales, las modas y las civilizaciones que cambian, la existencia de Dios, la utilidad de la zarzuela y de los periodistas, y que trate hasta de cosas serias. Y hablará de las mujeres, de la mujer; y todo se resume en la doctrina de que en este mundo, sin contar los demás animales, hay hombres y mujeres, y que las mujeres son uno de los dos sexos más importantes, que su alma es imperiosa, y que, por añadidura, hacen muy mal en gastar corsé. Hacen muy mal en llevar corsé, y Fouquier no se cansa de decirlo, porque es moralista, naturalmente.

\*  
\* \*

LUDOVICO HALÉVY.—Ludovico Halévy, que tenía por sí solo tanto talento, tuvo el mérito extremado de no tener me-



nos en colaboración, asociándose á Meilhac para regocijar finamente á toda una generación. Los resultados de esas cooperativas de producción literaria suelen ser muy impersonales. Meilhac y Halévy se unen, se mezclan hasta confundirse, siendo imposible determinar la parte que á cada uno corresponde en la obra común. Ludovico Halévy, sin embargo, tiene su fisonomía, si no su personalidad: alto, delgado, de facciones regulares y finas, tiene un no sé qué de elegancia nativa de cuerpo y de espíritu, y este hombre, que ha hecho reír tanto, tiene más bien aspecto melancólico.

Cuando este siglo tenía sesenta años, y el absolutismo imperial extendía en Francia su tiranía, y Morny era el árbitro de la elegancia francesa y de los destinos de Europa, Ludovico Halévy, tan joven como guapo, era empleado y empezaba, sin embargo, á tener talento, habiendo firmado una pieza en la que Morny había insertado algunos *couplets*. Luego extendió su graciosa verbosidad por los géneros más diversos, historia y poesía, novelas y dramas, como lo han hecho casi todos los hombres de genio; y en todos derramó ese encanto indefinible que conquista los corazones.

En el teatro recorrió los siglos del brazo con Meilhac, y á su paso surgieron criaturas deliciosas, desde *La bella Elena*, hasta la exquisita *Froufrou*. Luego vienen sus novelas, en que se juntan el vicio más refinado con la más tolerante moral: *Criquette* y los *Cardenal*, y tantas otras. Y al fin aparece la historia, la verdadera historia, triste como toda la realidad, con los episodios de *La Invasión*.

De todas estas obras se desprende ese encanto fugitivo que no se puede definir porque es una impresión que escapa al análisis. Y se siente uno arrobado con esa gracia adorable en su ligereza, con esa inmoralidad fácil y ficticia, con ese vicio, risueño en su delicadeza, con esa distinción tan elegante y natural, con esa coquetería del libertinaje; y se ama ese espíritu francés lo mismo que al vino de Champagne, del que la dicción de Halévy tiene la espuma y el aroma. Y todas esas impresio-



nes son vagas y por lo mismo seductoras, pues por una fortuna inapreciable, Ludovico Halévy es demasiado espiritual para ser profundo. Ludovico Halévy representa ese espíritu parisién que comprenden cuantos con él se han puesto en contacto.

### TEOLOGIA TERAPEUTICA

LA SECTA RELIGIOSA DE LOS «SCIENTISTAS».—Fundada por una señora, María Baker Eddy, en 1876, y sin contar al nacer más que con seis adeptos, la secta de los *scientistas cristianos* (*Cristian scientists*), figura hoy entre las 147 sectas cristianas en que se reparten los fieles de los Estados Unidos de América, y está dando no poco que hablar por su desarrollo y por las distintas aplicaciones de su doctrina y de su culto.

Tres años después de su fundación, en 1879, la nueva Iglesia no contaba todavía más que con 26 miembros; pero una vez consagrada la señora Eddy en 1887 como Pastora ó sacerdotisa del *scientismo*, la secta comenzó á prosperar llegando á contar en 1890 con 8.724 afiliados, que subieron en 1897 á 40.000, con 3.500 Pastores, y en 1898 á 70.000 con 10.000 Pastores. Y no hay que olvidar que este número es el de los miembros de la Iglesia, pues contando todos los fieles, se acerca el total á un millón de sectarios, que tienen su templo principal en Boston, uno de los más importantes de la ciudad.

Según el artículo que consagra en la *Revue des Revues* Alberto Schinz al *scientismo*, la señora Eddy, que había sido curada en 1862 de una grave enfermedad por Fineas Parkust Quimby, célebre curandero, homeópata al principio y que más tarde operaba por la sola persuasión, llegó á descubrir definitivamente en 1886 «el método científico de curar de un modo puramente metafísico». Su doctrina terapéutica-teológica está contenida en un libro: *Ciencia y salud con la clave de las Escrituras*, que sus adeptos veneran como una segunda



Biblia, y que ha tenido ya 166 ediciones, á pesar de su fabuloso precio de 17,50 francos. La señora Eddy enseña además especialmente su doctrina á sus alumnos, mediante la suma de 1.500 francos que cada uno le paga, y en solo 12 lecciones, repartidas en tres semanas.

La tesis fundamental del *scientismo* es bien sencilla, reduciéndose á este razonamiento: Dios es todo, y como Dios es espíritu, todo es espíritu, y como la materia no es espíritu, la materia no existe. El cuerpo es materia, luego el cuerpo no existe. Y si el cuerpo no existe, tampoco puede sufrir, y por consiguiente, el sufrimiento es pura imaginación, una aberración del espíritu; el espíritu es el que hay que atacar para curar el sufrimiento de esa ilusión que llamamos cuerpo. Partiendo la medicina corriente de la suposición de que el cuerpo es el enfermo, toma el efecto por la causa, resultando inútiles los remedios aplicados por nuestros doctores. Si el sufrimiento está en el espíritu y no en el cuerpo, hay que emplear medios espirituales de curación y curar al espíritu por el espíritu. ¿Y de qué está enfermo el espíritu? Precisamente de que atribuye, como el médico, el origen del sufrimiento al cuerpo; arránquesele esa falsa creencia persuadiéndole de que la materia no existe, y de que su espíritu se engaña al creer enfermo al cuerpo, y desaparecerá la enfermedad.

Hay casos, sin embargo, en que los más convencidos y exaltados *scientistas* fracasan; si se rompe un hueso, la misma señora Eddy aconseja que se recurra á un cirujano; la razón está en que ese pícaro prejuicio de la existencia de la materia está tan arraigado en la inmensa mayoría de los hombres, que opone á la acción de la terapéutica espiritual un obstáculo inconsciente é insuperable. Es como una especie de maldición de la especie humana, algo así como un pecado original, que esteriliza la fe individual del *cientista*. En principio, sin embargo, nada se opone á la curación de una fractura, y hasta la señora Eddy se alaba de haber curado *in absentia* la fractura de una pierna al Sr. B. de Cincinnati. Pero hasta que la



fe no se haya generalizado más, estas curaciones seguirán siendo rarísimas. Cuando ese caso llegue y las creencias de la humanidad se hayan hecho más etéreas, entonces todo cambiará, y ni siquiera hará falta comer, cosa de que, por ahora, sería locura privarnos, aunque en principio no haga falta el alimento para vivir.

En cuanto al pecado, es otro error del espíritu mortal. El espíritu, al creer en la existencia del pecado, cree en la desarmonía del Universo, la cual es imposible, pues Dios es todo y Dios es bueno. El pecado, en resumen, consiste en creer en el pecado, como la enfermedad consiste en creer que se está enfermo; ni hay tal enfermedad ni tal pecado. Si á uno le duele una muela, pura ilusión; si le dan una puñalada, pura ilusión también; con no creer que ha recibido tal puñalada ni el que se la da creer en que hace tal cosa, ni hay dolor ni crimen, ni enfermedad ni pecado; todo es pura ilusión de nuestro espíritu. La doctrina *scientista* no puede ser más clara.

Claro es que en toda esta teoría hay poco de nuevo, pues los escépticos de los tiempos clásicos, y Berkeley en tiempos más modernos, han sostenido la no existencia de la materia; y en cuanto á las curaciones metafísicas, los Pitágoras y los Apolonio de Tyana, como más tarde muchos santos cristianos, luego Mesmer, y por último, los espiritistas y los hipnotizadores, han curado por procedimientos semejantes. La novedad está en el conjunto de la doctrina, y en la amalgama de la teoría idealista y religiosa con las aplicaciones terapéuticas. El secreto del éxito de la señora Eddy está en la envoltura religiosa con que ha presentado sus ideas. Y sus adeptos los cuenta, no entre las clases desheredadas, sino entre las más cultas y ricas, donde menos podía esperarse que germinara semejante semilla. Y es que hay gentes que por lo mismo que tropiezan con frases misteriosas, quieren encontrar su sentido y se jactan de comprenderlas. ¿Qué quiere decir la señora Eddy con que «no hay noche salvo en el fruncimiento de Dios ni día más que en su sonrisa», ó con que «el idealismo silen-



cioso se duerme dulcemente en los murmurantes departamentos de la imaginación», ó con que «la discordia es la nada del error y la armonía es el algo de la verdad?» Pues hay gentes que dicen que entienden estos embolismos, y creen á pies juntillas que la señora Eddy es el ángel del Apocalipsis.

Este ángel apocalíptico, que niega la existencia de la materia y que lleva 1.500 francos por cada serie de 12 lecciones, vende su evangelio de 250 páginas á 17,50 francos; su poema ilustrado *Cristo y Navidad*, á 15 francos; sus retratos, á 5 y 10 francos, y su cuchara-recuerdo, en cuyo hueco figura la vista de su quinta y en el mango su retrato, á 25 francos, negándose siempre á dar recibo de ningún donativo para su Iglesia, y habiendo llegado á reunir una fortuna de 360.000 duros de renta, una bonita renta para una señora de ochenta años.

La señora Eddy, que apenas tenía enemigos, ha empezado á tenerlos, y no á causa de sus doctrinas, sino por los numerosos fracasos de sus apóstoles. Existen hoy más de 2.600 curanderos *scientistas*, personalmente autorizados para practicar por la señora Eddy, y que se anuncian como tales en los periódicos, y no hay día que no se señalen nuevos casos en que la «Ciencia cristiana», en lugar de curar, ha producido la muerte. Por otra parte, la señora Eddy parece que ha enseñado oralmente que si Jesucristo había sido engendrado por el Espíritu Santo, no es necesaria la unión sexual para la procreación, bastando «un supremo esfuerzo del espíritu de la mujer», del mismo modo que basta otro supremo esfuerzo del espíritu maligno para hacerla procrear sin unión sexual. Con este motivo no pocas familias se han disuelto, y en otras ha penetrado la discordia. Y lo gracioso es que la señora Eddy, que así quiere hacer renunciar á sus fieles á los lazos de la carne, no ha tenido menos de tres maridos, y tiene un hijo que, según parece, no ha nacido ni del Espíritu Santo ni de ninguno de los maridos que se han conocido á la santa mujer.

Y sin embargo, el hecho positivo es el crecimiento del número de los *scientistas*, fenómeno que sólo puede verse en



América, pues, como dice Alberto Schinz, profesor de la Universidad de Minnesota, la psicología del alma americana es interesantísima, y al escribirla sólo se correría un peligro: que los americanos se negaran á reconocerse en ella, y que los europeos, que no han visto, no la creyesen tampoco.

### IMPRESIONES Y NOTAS

**BERLIOZ ANATÓMICO.**— El famoso Berlioz, hijo de un médico de aldea, estuvo á punto de llegar á colmar las aspiraciones de su padre siguiendo la carrera de Medicina, á que querían dedicarle. El profesor de Anatomía de París, Amussat, «un artista con vuelos de genio», hubiera llegado á realizar el milagro, seduciendo al refractario Berlioz con sus brillantes lecciones, si el espectáculo del anfiteatro anatómico, y sobre todo el teatro de la Opera, no se hubieran interpuesto para apartar al apasionado músico del cultivo de la ciencia hipocrática para lanzarle de lleno en los dominios del arte de Glück.

«¡Ser médico!—exclama Berlioz en sus *Memorias*.—¡Estudiar anatomía! ¡Disecar! ¡Asistir á horribles operaciones, en lugar de entregarse en cuerpo y alma á la música, ese arte sublime cuya grandeza ya entonces comprendía yo! ¡Dejar el Empíreo por la más triste morada de la tierra, los ángeles inmortales de la poesía y el amor y sus inspirados cantos por sucios enfermeros, horrorosos mozos de anfiteatro, asquerosos cadáveres, gritos de pacientes y lamentos y estertores de moribundos!..... ¡Oh, no, no! Todo eso me parecía el trastorno absoluto del orden natural de mi vida, y monstruoso, imposible..... Y sin embargo, fue.»

Su visita á la sala de disección de la Piedad dejó hondas huellas en su espíritu. «El aspecto de aquel horrible matadero humano—dice,—aquellos miembros esparcidos, aquellas cabezas haciendo muecas, aquellos cráneos entreabiertos, la sangrienta cloaca que pisábamos, las bandadas de gorriones dis-



putándose trozos de pulmones, las ratas mascullando en los rincones ensangrentadas vértebras, me llenaron de tal espanto, que, saltando por la ventana, escapé corriendo y llegué jadeante á mi casa, como si la muerte, con su horrible séquito, me hubiera ido á los alcances.»

La segunda vez la impresión fue menos penosa, y se redujo á una sensación de «frío asco»; pero cuando ya «se iba haciendo», fue un día á escuchar la ópera *Las Danaides*, de Salieri, y dió al traste con todos sus estudios médicos, sin volver á pensar más que en la música, donde tan glorioso nombre conquistó.

\*  
\* \*

MITRÍDATES Y LA SEROTERAPIA.—El Dr. Lampadarios, de Sira, ha elegido como tesis del Doctorado la demostración de haber sido Mitrídates el precursor de los inventores de la vacuna y la seroterapia. Mitrídates solía tomar veneno todos los días, corrigiendo sus efectos con un antídoto y llegando así á la composición de su famoso electuario, parecido al de los primeros botiquines homeopáticos, y obteniendo así lo que hoy se llama inmunización artificial. Pero el rey del Ponto parece que no se limitó á esto, sino que había hecho investigaciones para hacerse refractario al veneno de la víbora, llegando á resultados semejantes á los hoy conocidos para introducir en el organismo el suero antitetánico ó antidiftérico. Había pensado en añadir al antídoto la sangre de animales que se alimentaban de serpientes venenosas para poder tomar así el veneno atenuado ó modificado, suponiendo que, tomado así, el veneno no provocaría manifestación alguna de envenenamiento, sino que poseería alguna acción preventiva, en apoyo de lo cual cita Lampadarios el testimonio de Celio Aureliano y de Plinio.

\*  
\* \*



LA MÚSICA EN LA ANTIGÜEDAD.—Camilo Bellaigue, en la *Revue des Deux Mondes*, estudia el desarrollo de la música en la antigüedad, especialmente entre los griegos. Quien busque en el mármol el secreto del genio de Grecia no tiene más que contemplar los frontones de sus templos ó los rostros de sus dioses; pero la revelación de ese mismo genio por la música es empresa hartó más dificultosa. Antes de las últimas excavaciones de Delfos, apenas se conocían de la música antigua tres medianos himnos del siglo II de la era vulgar; los últimos descubrimientos nos llevan hasta la época clásica, del siglo III antes de Jesucristo; pero ofrecen muy frágil base para el estudio general del arte. Por fortuna, á falta de las obras han quedado las teorías, y con ellas y la ayuda de Gerart, Croisset, Emmanuel y Combarián, el autor trata de descubrir la práctica del arte antiguo.

De los cuatro elementos de la música, melodía, ritmo, armonía y timbre, hoy tienen predominio los dos últimos, mientras que en Grecia preponderaban los dos primeros. Los diversos *ethos* de los ritmos, modos é instrumentos, pueden reducirse á dos principios generales y contrarios, que se han dividido la doctrina y las obras de la música antigua: el *dionísico*, principio de fuerza exuberante y ciega, y el *apolónico*, que se expresaba ordinariamente en el modo dórico, y cuyos instrumentos predilectos eran la lira y la cítara, principio de calma, de paz y de contemplación ideal. Y este fue el espíritu más puro del arte de los griegos, que no sólo intervenía como elemento de belleza, sino como principio de moral universal. Nada más contrario al genio griego que la doctrina del arte por el arte, ni que el concepto burgués y miserable del arte para divertirse.

\*  
\* \*

LAS SIETE PLAGAS Y LAS SIETE BELLEZAS DE ITALIA.—Así se titula un libro publicado por Ernesto Tissot en Paris, resu-



men de los repetidos viajes del autor á la «tierra clásica,» y de sus observaciones y estudios.

Las siete plagas son: la mentira, la falta de matices, la influencia alemana, la prensa, la descentralización, la *Cavallería rusticana* y los cafés conciertos.

Las siete bellezas son: el orgullo, el cosmopolitismo, el encanto de Roma, el decorado católico, las novelas de Gabriel de Annunzio, el *Falstaff* de Verdi y la señora Duse.

Por fortuna, el autor advierte que estas dos series simétricas de siete capítulos, deben estimarse tan sólo como «conversaciones de sobremesa.» De ese modo.... ¡pase!

\*  
\* \*

EL AÑO 00.—Muchas gentes, todas las que tienen mucha correspondencia, han adquirido la costumbre de fechar en abreviatura, y en lugar de poner 1898, 1899, ponían las dos últimas cifras, 98, 99, escribiendo 3-4-98 en lugar de *3 de Abril de 1898*. ¿Cómo escribir, sin embargo, 1900 en abreviatura? No pocos se habían echado á discurrir sobre esto, cuando las Administraciones de Correos de todo el mundo han dado al problema la única solución posible. Como en los timbres con que se inutilizan los sellos de las cartas figura la fecha en abreviatura, y no hay hueco más que para dos números, ó había que renovar todo el material de este servicio, cosa algo cara, ó había que optar por seguir siendo consecuente con el sistema adoptado, y puesto que las dos últimas cifras de 1900 son dos ceros, fechar en abreviatura con 00, y así, en efecto, se ha hecho, como cualquiera puede ver en las cartas que reciba.

«Y he aquí—como dice *Le Réformiste*, de París—nueva materia de cálculo para los aficionados á ciertas estadísticas, si el público no quisiera aceptar, como no acepta, esta resolución, y en vista de que no hay otra, se decidiera por este año á escribir íntegra su cifra, ó, por lo menos, á marcarla con la cen-



tena, poniendo 1900 ó 900. ¿Cuánta tinta, pluma y papel han de gastarse más al día, al mes y al año, en virtud de la supresión de la abreviatura? ¿Qué mayor consumo de energía y fuerza muscular supone el esfuerzo necesario para escribir tres ó cuatro números en lugar de dos, y qué gasto inútil de energía ha de hacer la humanidad *fechante* por este concepto? La materia bien vale la pena de atormentar la imaginación de los estadísticos, siquiera para que vengan después otros calculadores á averiguar el tiempo perdido por los primeros en tan inútiles cálculos.

\*  
\* \*

KRÜGER Y MUCIO SCÉVOLA.—El valor y la fuerza de voluntad y de resistencia del simpático Krüger, son dignos de figurar al lado del rasgo heroico de Mucio Scévola.

Un día—dice la *Nouvelle Revue*—estando Krüger de caza, estalló su escopeta y le llevó un trozo del dedo pulgar. Krüger no se alarmó por eso gran cosa; pero al cabo de algún tiempo, presentándose síntomas de gangrena, fué á ver á su cirujano, que le aconsejó se amputara la mitad del brazo; Krüger se negó porque entonces no podría servirse de su escopeta. El cirujano le dijo que por lo menos era preciso amputar la mano por la muñeca, y como tampoco Krüger se prestara á esto, el cirujano se marchó resuelto á que el paciente se las arreglara como quisiera. Krüger cogió su cuchillo de caza, lo afiló hasta dejarlo tan cortante como una navaja de afeitar, puso su dedo en una piedra, y de un solo tajo hizo saltar la última falange. Pero ya era demasiado tarde; la gangrena estaba más adelantada y era preciso sacrificar algo más; Krüger volvió á poner su dedo en una piedra y con mucho cuidado se fue quitando toda la carne que rodea la primera falange; la operación salió bien y Krüger se sirve desde entonces de su índice izquierdo como de pulgar, cogiendo los objetos con los dos primeros dedos de la mano izquierda.



Krüger se ha educado en el campo, habiendo pasado su juventud combatiendo á los cafres y á las fieras, acampando al aire libre y durmiendo en un carro ó en una tienda de campaña. Se dice que una vez, perseguido por los zulús, se encontró de frente con un león; Krüger disparó su escopeta, pero falló el tiro, y como el león le saltara encima, Krüger lo recibió á culatazos hasta que le hizo escapar. Su aprendizaje de hombre de Estado lo ha hecho recorriendo á caballo el Africa transvaalense, luchando con salvajes y con fieras, sin haber leído jamás otro libro que la Biblia y llegando á ser sin embargo tan consumado diplomático que el gran Bismark declaraba que era el único hombre con quien había tropezado en su larga carrera á quien consideraba capaz de envolverle. Jefe de un pueblo libre, no entiende de distinciones de clases, creyéndose igual cuando no superior á los reyes.

Un día le presentaron un duque inglés, y Krüger no se quitó la pipa de su boca.—Es un miembro del Parlamento—le dijo el intérprete—¡Bueno!—contestó Krüger soltando una bocanada de humo con la mayor impasibilidad.—«Un lord»—Otra bocanada.—«Un duque».—Otra nube de humo.—«Un virrey».—¿Y qué es eso?—Pues es casi un rey.—«Decidle que yo he sido pastor».

\* \* \*

ANIMALES CABALLERESCOS.—Los animales—según el Doctor Hutchinson dice en la *Contemporary*—tienen del deber clarísimo sentimiento, dentro de los límites de la defensa propia ó de «la clase» y sobre todo de «la familia». El hábito de defender á sus hijos está muy difundido en el reino animal, y todos pueden ver el valor con que la cobarde gallina defiende á sus polluelos ó el cerdo á sus lechoncillos.

Esto es harto sabido para que haya necesidad de insistir en ello. Lo que no lo es tanto es el desarrollo de lo que podríamos llamar, con *Alrededor del Mundo*, la «caballerosidad»



de los brutos, el sentimiento intuitivo del respeto y de los miramientos á las hembras, que en algunos casos supera al de los hombres por el bello sexo. Ningún perro «decente» morderá jamás á una perra, salvo necesidad extrema de defensa, aunque las perras no sientan el menor escrúpulo de maltratar á cualquier perro de fuerza inferior á la suya. Una perra de mal genio causa más desorden en una jauría que tres perros de la misma clase; porque en cuanto se siente contrariada, se queja de tal modo que siempre encuentra algún perro caballeresco que haga suya su causa, armándose enseguida una batalla. Esta cortesía llega á ser molesta cuando se trata de cazar lobos, pues la mayor parte de los perros se resisten á atacar á la loba, y á veces ni siquiera quieren seguir su pista. Los caballos—¿cómo no, si de sentimientos «caballerescos» se trata?—suelen conducirse también del mismo modo, y se da el caso de que un caballo indómito que cocea y muerde á un compañero si con él se siente apareado, se resigna sin protesta ninguna si el compañero es una yegua.

\*  
\* \*

EL PREDOMINIO DE LAS LENGUAS.—De un artículo de Juan Finot, «Francia ante la guerra de las lenguas,» extraemos los datos siguientes relativos al desarrollo adquirido por las principales lenguas de Europa en los últimos siglos:

En el siglo XV hablaban el ruso 3.000.000, el inglés 4.000.000, el español 8.000.000, el italiano 9.000.000 y el alemán y el francés 10.000.000.

En el siglo XVI el ruso y el inglés se nivelan con 6.000.000 cada uno, sucediendo lo mismo con el español y el italiano, que llegan á los 11.000.000, llegando á 14.000.000 los que hablan francés, y poniéndose el alemán á la cabeza con 15.000.000.

En el siglo XVII el inglés ocupa el puesto más bajo de la escala con 8.500.000, el ruso se iguala con el italiano llegan-



do á los 12.000.000, el español gana un puesto con 17.000.000, el francés sube á los 20.000.000, y el alemán continúa ocupando el puesto preferente con 22.000.000.

En el siglo XVIII, el italiano se queda en el último puesto con 15.000.000, el inglés asciende á los 21.000.000, el español á los 26.000.000, y el alemán pierde su supremacía quedándose con 30.000.000, vencido por el francés y el ruso, que se igualan, llegando á los 31.000.000.

La caída de Napoleón, al cambiar el mapa político, produjo también profundos cambios en el desarrollo de las lenguas: el inglés ha llegado á subir al puesto culminante con 116.000.000, el ruso vino á continuación con 85.000.000, el alemán le siguió con 80.000.000, el francés con 58.000.000, el español con 44.000.000 y el italiano con 34.000.000.

Las conquistas lingüísticas son fiel reflejo de la expansión colonial, y siendo evidente que los pueblos que más y con mayor éxito han engrandecido en este siglo su territorio son Inglaterra y Rusia, el inglés y el ruso, y tras ellos el alemán, son las lenguas hoy preponderantes, estando en baja el francés, el español y el italiano, que sufren la desgraciada suerte de las naciones latinas.

En cuanto á la facilidad de aprendizaje de las lenguas europeas, atendiendo principalmente á la ortografía y á la sintaxis, Finot establece una escala (inglés, italiano, español, alemán, francés y ruso), que si es exacta en cuanto á la gradación de facilidad en el aprendizaje, no lo es en cuanto á las causas de esa facilidad, pues semejante escala no se ajusta ni á la ortografía ni á la sintaxis. Atendiendo á la ortografía, el inglés, puesto por Finot como la lengua de más fácil ortografía, es la de ortografía más difícil, pudiéndose fijar la gradación siguiente: italiano, español (sin el retroceso de la Academia Española en el buen camino del fonetismo para volver al abandonado de la ortografía etimológica, estas dos lenguas irían á la par) alemán, francés, ruso é inglés. Atendiendo á la sintaxis, el orden es: francés, italiano, español, inglés, alemán



y ruso, y sólo atendiendo á la morfología ocupa el primer puesto el inglés, viniendo después el italiano, el francés, el español, el alemán y el ruso. Como la morfología es precisamente lo que más contribuye á facilitar el aprendizaje de una lengua, en relación con la menor complicación de formas que sus palabras ofrecen, de ahí que el inglés pueda ocupar el primer puesto de la escala de la facilidad.

FERNANDO ARAUJO.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENE O BARCELONA

**La reforma de la legislación**, por D. Roberto Espinoza.—Concepción (Chile), 1899. Un folleto de 80 págs.

Según dice el autor, este trabajo no es sino un bosquejo de otro más amplio á que se viene consagrando y que concluirá cuando el estado de su salud, delicada hoy, se lo permita.

En dicho bosquejo va tocando los múltiples puntos que una reforma legislativa completa ha de abarcar, y lo hace demostrando que antes de poner pluma en papel ha adquirido la preparación conveniente. Se inspira el Sr. Espinoza bastante en las enseñanzas de las distintas disciplinas modernas, singularmente en las de la Sociología y en las de la nueva Filosofía jurídica.

P. DORADO.

---

**La condizione giuridica del marito nella famiglia matriarcale.** Contributo alla giurisprudenza etnologica, pel Dott. Giuseppe Mazzearella.—Catania, 1899.—Un volumen de 145 páginas, sin indicación de precio.

Saben bien los estudiosos de cuestiones étnicas y sociales cuán grande controversia se ha producido de algunos años á esta parte acerca de la organización de la familia humana en las fases primitivas de la evolución. El Dr. Mazzearella viene ahora á tomar parte también en esa contienda, aunque lo hace concretándose al puro campo de la llamada «Jurisprudencia



etnológica» y dejando á un lado otros aspectos sociológicos del problema.

Según sea la organización de la familia, así será mejor ó peor la condición jurídica de los diferentes miembros que la formen. Esta idea ha llevado á nuestro autor á investigar cuál fuese la situación del marido—jefe de la familia actual y siempre un elemento importantísimo de la sociedad doméstica—en los grados primeros de la evolución, pues conocida la posición del marido en la familia, es fácil inferir cuál fuese la constitución de ésta.

El Sr. Mazzarella, apoyándose en los datos que han reunido en sus obras diferentes cultivadores modernos de la Etnología y de la Jurisprudencia etnológica (Post, Wilken, Dargun, Kohler, Waitz, etc.), encuentra que el matrimonio ambiliano (es decir, aquel en que el marido, por el hecho del matrimonio, entra á formar parte de la familia de la mujer) existe, ora en su forma pura, bien más ó menos atenuado y mezclado con otros elementos antitéticos á él, en multitud de pueblos actuales que atraviesan por las fases primitivas de la evolución, ó están muy próximos todavía á ellas. Y como los pueblos de referencia pertenecen á todos los grupos étnicos, y no exclusivamente á alguno ó algunos de ellos, cree el autor poder inducir que «el matrimonio ambiliano no puede constituir un hecho dependiente de causas particulares [locales, geográficas etc.], sino que debe ser considerado como el producto de una etapa general de la evolución matrimonial, etapa que han debido atravesar todas las razas humanas.» Esa etapa es el matriarcado. «El matrimonio ambiliano fue, por tanto, el único sistema matrimonial que se practicaba normalmente en la fase puramente matriarcal de la evolución social».

P. DORADO.

---



**Elementi di Sociologia generale**, del Dr. Emilio Morselli.—Un volumen (perteneciente á la serie de los Manuali Hoepli) de 170 páginas.—Milano, 1899.—Ulrico Hoepli, editore; 1,50 liras.

Escribir hoy un *Manual* de Sociología general, una especie de catecismo ó epítome en el que se condensen, para ponerlos al alcance de todo el mundo y singularmente de los principiantes, los resultados más incontrovertibles de la moderna investigación sociológica, es empresa bastante difícil, no cabe duda. Valdría ello tanto como poder sentar ya á estas horas las bases fundamentales y axiomáticas sobre que ha de asentarse tan nueva y complicada disciplina y recoger como el producto, como el sedimento de la agitada labor (que bien puede llamarse química, analítica) de los estudios de cuestiones y problemas sociales en los últimos tiempos.

Mas aún no estamos en este caso, ni á bastante distancia, por lo visto. Justamente por su doble carácter de novedad y complejidad, está la Sociología impedida de hacer aún lo que otras ciencias menos recientes y complicadas vienen haciendo: prontuarios, resúmenes, libros de texto. Todo está en ella en el estado de duda, todo en discusión, en ebullición, *in fieri*, sin haber cristalizado nada. Ni siquiera se sabe de un modo seguro si la tal Sociología ha de constituir un cuerpo de doctrina aparte de otras ciencias que vienen existiendo tiempo ha, ó ha de confundirse con alguna de ellas. No se sabe cuál haya de ser su contenido, ni en lo tanto si le corresponde ó no lo que los lógicos escolásticos llamaban objeto material y formal propios, ó sea lo que modernamente se denomina sustantividad científica.

En tal estado las cosas, lo que puede hacerse es: *a*) bien manifestar el escritor la solución que á juicio suyo cabría dar á los diferentes problemas que hoy suelen afrontar los sociólogos, y entonces no tenemos sino una opinión más ó menos fundada y aceptable, no axiomas, resultados seguros, verdades demostradas; *b*) bien resumir ó exponer los puntos de vista de



los sociólogos actuales más autorizados sobre cada cuestión en particular; c) bien mezclar ambos sistemas.

El Sr. Morselli ha usado el segundo en el libro á que se refiere esta nota. Recoge, por lo tanto, opiniones ajenas. Pero solamente en lo relativo á algunos asuntos de los que al presente discuten los cultivadores de la Sociología, á algunos de los más generales (como el del método sociológico, el de la vida social y sus bases, el del concepto del fenómeno social, el de la sociedad y sus orígenes, el del origen de la familia y del Estado, el de las leyes sociológicas, el de la previsión sociológica, el de la sociología criminal, etc.). También hace indicaciones sobre el origen de la Sociología y sobre el estado de ella en los principales países europeos. Además, contiene el libro dos apéndices, uno respecto de la teoría de la evolución de Spencer, y otro respecto de la posibilidad de una ciencia de la sociedad.

P. DORADO.

---

**Principii elementari per la teoria dell'interesse**, del profesor Emilio Cossa.—Ulrico Hoepli, editore; Milano, 1900.—Un vol. de XIII-143 páginas, 3 liras.

De las diferentes partes en que ha venido dividiéndose la Economía política por los tratadistas de esta ciencia, la que más preocupó á los llamados economistas ortodoxos (y en buena parte sucede aún lo mismo con sus representantes de hoy, los economistas liberales) fue la primera de todas, la de la *producción* de la riqueza. Y como buenos economistas, no dejaban de tener razón en ello: al cabo, desde el riguroso punto de vista económico (ó cuando menos, desde el que presenta al primer aspecto semejante carácter—pues ahondando un poco, quizá no sea tan verdad aquello que aparece serlo), lo que importa es obtener la mayor suma posible de riqueza con el menor esfuerzo y costo posible (es decir, con la mayor *economía*).



Después han acontecido las cosas de otro modo. Sin desconocer la importancia social que tienen los perfeccionamientos técnicos, y todo cuanto signifique aumento de la masa total de medios y recursos económicos, se ha ido poco á poco considerando que para el bienestar colectivo (fin supremo á que ha de aspirar la Economía política), interesa más todavía que el de la producción, el problema de la *distribución* de la riqueza: no tanto se busca que haya mucha riqueza en conjunto, aun cuando exista infinidad de individuos, la gran mayoría, que carezcan de lo más necesario, como que se halle bien repartida, que todo el mundo pueda disfrutar de un bienestar relativo y vivir como personas, no como brutos ó como esclavos. Lo cual equivale á decir que las cuestiones que preocupan actualmente á los economistas son cuestiones *de justicia*, más que cuestiones puramente económicas. Los asuntos que están á la orden del día, y en cuya discusión «se baten el cobre» los estudiosos de la disciplina económica, son los relativos á la repartición equitativa del producto; los relativos á si el capitalista ha de recibir alguna parte de éste, y cuál, ó si ha de entregarse el producto íntegro al trabajador, y en uno y otro caso, qué procedimiento conviene adoptar para el logro de lo que se persigue.

El profesor Emilio Cossa toma parte en esa contienda con el opúsculo á que esta nota hace referencia, y la toma «rompiendo una lanza», como suele decirse, en favor del capital, defendiendo la legitimidad del rédito ó interés que á éste corresponde como uno de los elementos de la producción. Al efecto, comienza por dedicar varios capítulos á la determinación del concepto del capital (del capital como riqueza, del capital fisiológico, del capital económico en sus varias formas, del capital privado, del capital nacional, etc.) y á su formación económica, para venir después á discutir las razones que, á su juicio, abonan la justicia de la retribución que el capital recibe por su intervención en la producción (ya empleándolo en ella directamente su dueño, ya entregándosele á otro para



que éste lo utilice), á rebatir los argumentos que contra esa retribución aducen los adversarios de la misma y á rectificar los errores en que muchos de sus amigos suelen incurrir, según el autor.

P. DORADO.

---

**The criminal insane in the United States and in foreing countries.** Report by S. J. Barrows.—Washington, 1898.—Un folleto de 81 págs.

**The indeterminate sentence and the parole law.** Reports prepared for the internacional prison commission, by S. J. Barrows. — Washington, 1899.—Un folleto de 63 págs.

**Penological questions.** Reports prepared for the international prison commission, by S. J. Barrows.—Washington, 1899.—Un folleto de 64 páginas.

Todos estos folletos se han publicado por orden del Departamento de Estado de los Estados Unidos, y pertenecen al número de publicaciones oficiales de propaganda, tan frecuentes en aquel país. Los dos últimos se han hecho para ser presentados á la Comisión penitenciaria internacional, á fin de que ésta dé cuenta de su contenido al próximo Congreso penitenciario de Bruselas, y todos ellos han sido dispuestos por mister S. J. Barrows, representante de los Estados Unidos en dicha Comisión penitenciaria internacional.

El folleto primero contiene un resumen de la información abierta en 1897 por la *Société générale des Prisons de Paris*, acerca de los locos criminales, legislación relativa á los mismos y conducta que con ellos se sigue en los diferentes países (información cuyos resultados dió á conocer á su debido tiempo la *Revue pénitentiaire*, órgano de la referida *Société*), y además, ó mejor, en primer término (puesto que va antes que el otro), el resumen de otra información llevada á cabo, con ocasión de la primeramente mencionada, en los Estados Unidos, información que abarca á todos los Estados que forman la gran República de Norte América.



El segundo folleto contiene varios estudios tocante á la sentencia indeterminada (historia de la misma, formas de su aplicación, efectos que ésta produce, etc.) en los Estados Unidos, país de origen de la institución y único todavía donde se practica. Se ha compuesto este folleto con el fin de satisfacer los deseos manifestados por la Comisión penitenciaria internacional de que á los congresistas del de Bruselas se les hablara de tal institución «americana», principalmente por americanos, que son los que mejor pueden conocerla.

Y en el folleto tercero se hallan reunidas algunas ponencias de individuos de competencia reconocida en materias penitenciarias al otro lado del Atlántico, ponencias tocantes á diversos puntos del programa del mentado Congreso de Bruselas (v. gr., á la indemnización á las víctimas de los delitos, al delito de *chantage*, al servicio médico y sanitario de las prisiones, al sistema del aislamiento, al tratamiento de los niños abandonados, desamparados y delincuentes, á los reformatorios para jóvenes delincuentes, etc.)

El mayor interés que estas publicaciones ofrecen es el de encontrarse en ellas muchísimas noticias acerca de lo que en materias penitenciarias se practica en los Estados Unidos, y sólo allí, noticias cuyo conocimiento puede sugerir aquí, en Europa, la introducción de ciertas reformas en nuestra, por lo general, todavía desdichada manera de tratar á los delincuentes. No sería esta la primera ni la única vez que nos viene de allí el ejemplo en semejantes cosas.

P. DORADO.



## OBRAS NUEVAS

---

- Almanaque-album de «La Ilustración» para 1900, dirigido y compuesto por D. Antonio Garrido. En 4.º mayor, iv-100 páginas, con láminas en negro y en colores: 2 pesetas.
- Arnal Ramos (G.)—Detalles del mando de compañía. En 8.º, 107 págs.: 1 peseta.
- Ballesteros y Márquez (F.)—Educación didáctica, pedagógica y práctica. En 4.º, viii-470 páginas: 6,50 pesetas.
- Bargiela (C.)—Luciérnagas (cuentos y sensaciones). En 12.º, 78-xxv págs.: 1,50 pesetas.
- Bark (E.)—Política social; soluciones positivas de la Sociología Contemporánea. En 8.º, 176 páginas: 3 pesetas.
- Belio (J.)—Oráculos de Napoleón, ó el libro del destino. En 8.º, 64 páginas: 1 peseta.
- Bellido Carbayo (J. M.)—Tratado de química inorgánica. En 4.º mayor, 429 págs.: 9 pesetas.
- Blanco Román (F.)—La peste bubónica, sus causas, síntomas, profilaxis y tratamiento. En 8.º, 126 páginas: 2,50 pesetas.
- Blasco Ibáñez (V.)—Cuentos grises. En 12.º, 237 págs.: 50 céntimos. Biblioteca selecta, tomo 91.
- Bray (P. E. de) y Sempau (R.)—El capitán Dreyfus. En 8.º, 2 tomos: 2 pesetas.
- Brunel (J.)—La fotografía en colores. En 8.º, 160 páginas con grabados: 1,50 pesetas.
- Burgos y Tamarit (J. de).—Zarandajas. En 12.º, xvi-201 páginas: 2 pesetas.
- Calderón (A.)—De mis campañas. En 8.º, 322 págs.: 3 pesetas.
- Cánovas y Vallejo (J.)—Lances de amor y fortuna (cuentos). En 8.º, 241 págs.: 2,50 pesetas.
- Casanueva (V.)—Versos. En 8.º, 120 págs.: 2 pesetas.
- Cervera y Topete (P.)—Guerra hispanoamericana. Colección de documentos referentes á la escuadra de operaciones de las Antillas. En 4.º, 218 págs.: 1 peseta.
- Concas y Palau (V. M.)—La escuadra del Almirante Cervera. En



- 4.º, 233 páginas y 2 mapas. 5 pesetas.
- Crespo León (V.)—Manual práctico de abonos y enmiendas para la vid. En 8.º, 133 págs.: 1,50 pesetas.
- Cuéllar (J. de).—Neurosis. En 8.º, 159 págs.: 60 céntimos.
- Díaz (F.)—Panegírico de Santo Tomás de Aquino, En 4.º, 86 páginas.
- Díaz de la Quintana y Sanchez Bremon (A.)—El contagio de la peste (observaciones propias). En 4.º, 104 págs.: 3 pesetas.
- Díaz y Rodríguez (M.)—Defensa de las islas Canarias. En 4.º, 80 páginas y un mapa. 1 peseta.
- Diez de Ulzurrun y Orue (C.)—Los delitos y las penas, ó exposición práctica de las reglas de aplicación de éstas á cada uno de aquéllos. En 4.º, XIII-609 pág.: 6 pesetas.
- Fernández y Sánchez (I.)—El divino maestro; cuadros de la vida de Jesús. En 4.º, 134 págs.: 2,50 pesetas.
- Frías (H.)—Tomochic. En 8.º, 256 páginas: 1 peseta.
- García de Quevedo y Concellón (E.)—Excursiones por la provincia de Burgos. En 4.º, 28 págs., 5 fototipias: 2 pesetas.
- García Goyena (J.)—El chaval (cuento andaluz). En 8.º, 94 páginas: 1 peseta.
- Gómez (P.)—Historia Sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento. En 4.º, 317 págs.: 4 pesetas.
- Gómez de Requejo (L.)—Adeodato ó la salvación por el sacrificio. En 4.º, 222 págs.: 1 peseta.
- González Serrano (U.)—Siluetas. En 16.º, 94 págs.: 75 céntimos.
- Guadalajara (R.)—Amalia; páginas del primer amor. En 8.º, 251 páginas con grabados: 1 peseta.
- Gutiérrez Jiménez (M.)—Legislación de primera enseñanza. En 12.º *Tres tomos*. Cada tomo, 2 pesetas.
- Jardinero (El) moderno, guía práctica y completa para criar toda clase de plantas, arbustos y flores. En 8.º, 332 págs. con 142 grabados. Tela: 3 pesetas.
- López y Gómez (L.)—Biografía militar del cabo López (Cómo y por qué le hicieron cabo); relato escrito por el propio interesado. En 12.º, 28 págs.: 50 céntimos.
- Llorens Torres (L.)—Al pie de la Alhambra; versos. En 8.º, 143 páginas: 2,50 pesetas.
- Martínez Carrillo (J.)—Cosas que pasan; cuentos y artículos. En 8.º, iv-140 págs.: 50 céntimos.
- Martínez Castrillo (J.)—Memorándum de patología y clínica dental. En 4.º, iv-224 págs.: 10 pesetas.
- Martínez Vigil (R.)—El Escándalo. Pastoral. En 4.º, 62 páginas.
- Máximo.—El matrimonio cristiano. En 8.º, 220 págs.: 1,50 pesetas.
- Menéndez Pidal (R.)—Antología de prosistas castellanos. *Edición oficial*. En 8.º, xiv-271 págs.: 1,50 pesetas.
- Mesa y Alvarez (P. de).—La riqueza minera y metalúrgica de España. En 4.º, 64 páginas.  
No se ha puesto á la venta.
- Morales de Peralta (J.)—Apuntes de un cazador. En 8.º, 95 páginas: 1 peseta.
- Muñiz de Quevedo (J.)—Apuntes de un furriel (Ajiaco). En 8.º, 301 páginas: 2 pesetas.
- Muñoz Cuéllar (M.)—Memorándum de la familia. Libro primero de



- Código civil. En 8.º, 168 páginas: 1,50 pesetas.
- Ocantos (C. M.)—Pequeñas miserias (Novela argentina). En 8.º, 403 págs.: 3,50 pesetas.
- Pérez-Villamil (M.)—Estudios de historia y arte. La catedral de Sigüenza erigida en el siglo XII. Con noticias nuevas para la historia del arte en España, sacadas de documentos de su archivo. Obra ilustrada con 40 grabados y fototipias. En 4.º, XIX-482 páginas: 8 pesetas.
- Pinamonti (P. J.)—El director de las almas; método para dirigir las por el camino de la perfección cristiana. En 8.º, 471 págs.: 2 pesetas.
- Rampón (C.)—Los enemigos de la agricultura; insectos perjudiciales. En 4.º, 396 págs.: 6 pesetas.
- Redondo (L.)—Guerrita, su tiempo y su retirada. En 8.º, 312 páginas: 3 pesetas.
- Ribot (Th.)—La evolución de las ideas generales. En 8.º, VII-272 páginas: 3 pesetas.
- Ruiz Gardi (F.)—De mi vademecum; algunos pensamientos en verso. En 8.º, 256 págs.: 4 pesetas.
- Serred Mestre (J.)—Romances baturros. En 8.º, 142 págs.: 1 peseta.
- Soriano (C.)—Ejercicios espirituales. En 8.º, 571 págs.: 3,50 pesetas.
- Tiempo (El); historia íntima de este periódico, por un ex-redactor. En 8.º, 301 págs.: 2 pesetas.
- Urbano (R.)—Tristitia seculæ; soliloquio de un alma. En 8.º, 31 páginas: 50 céntimos.
- Valle Inclán (R. del).—Cenizas; drama en tres actos. En 8.º, 96 páginas: 2 pesetas.



## INDICE

---

|                                                                                                               | <u>Págs.</u> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Sendas peligrosas</i> (novela), por J. L. Heiberg.....                                                     | 5            |
| <i>Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas</i> (conclusión), por Vicente Lampérez y Romea..... | 34           |
| <i>La Literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....                                         | 48           |
| <i>Poetas americanos: El Diálogo de las tumbas</i> , por José S. Chocano.                                     | 77           |
| <i>Retos y desafíos</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....                                                       | 85           |
| <i>El Marquesado de Bogaraya</i> (cuestión legal), por José de Liñán y Eguizábal, Conde de Doña-Marina.....   | 105          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                       | 124          |
| <i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....                                                                | 135          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                         | 154          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....                                                              | 189          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                     | 196          |



# LIBROS PUBLICADOS

POR

## LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo,  
16, principal.—MADRID

| N.º del Catál.º                                                     | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                                         | Pesetas |
|---------------------------------------------------------------------|----------|-----------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 175                                                                 |          | 124                                                                                     |         |
| <b>Aguanno.</b> — La génesis y la evolución del Derecho civil. .... | 15       | — Una Historia sin nombre.....                                                          | 3       |
| 176                                                                 |          | 110                                                                                     |         |
| — La Reforma integral de la legislación civil..                     | 4        | — Venganza de una mujer.....                                                            | 3       |
| 177                                                                 |          | 130                                                                                     |         |
| <b>Alcofurado.</b> — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....   | 3        | <b>Baudelaire.</b> — Los paraísos artificiales. ....                                    | 3       |
| 178                                                                 |          | 163                                                                                     |         |
| <b>Anónimo.</b> — ¿Académicas?.....                                 | 1        | <b>Becerro de Bengoa.</b> — Trueba. ....                                                | 1       |
| 179                                                                 |          | 174                                                                                     |         |
| — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....                           | 1        | <b>Bergeret.</b> — Eugenio Mouton (Merinos) ....                                        | 1       |
| 180                                                                 |          | 169                                                                                     |         |
| <b>Araujo.</b> — Goya.....                                          | 3        | <b>Bourget.</b> — Hipólito Taine. ....                                                  | 0,50    |
| 183                                                                 |          | 300                                                                                     |         |
| <b>Arenal.</b> — El Delito colectivo.....                           | 1,50     | <b>Buisson.</b> — La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....                | 6       |
| 182                                                                 |          | 185-186                                                                                 |         |
| — El Derecho de gracia.                                             | 3        | <b>Burgess.</b> — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)..... | 14      |
| 181                                                                 |          | 187                                                                                     |         |
| — El Visitador del preso.                                           | 3        | <b>Buylla.</b> — Economía.....                                                          | 12      |
| 114                                                                 |          | 36-37                                                                                   |         |
| <b>Arnold.</b> — La crítica en la actualidad.....                   | 3        | <b>Campe.</b> — Historia de América (dos tomos)..                                       | 6       |
| 172                                                                 |          | 156                                                                                     |         |
| <b>Asensio.</b> — Fernán Caballero.....                             | 1        | <b>Campoamor.</b> — Cánovas.                                                            | 1       |
| 39                                                                  |          | 79                                                                                      |         |
| — Martín Alonso Pinzón.                                             | 3        | — Doloras, cantares y humoradas. ....                                                   | 3       |
| 184                                                                 |          | 69                                                                                      |         |
| <b>Asser.</b> — Derecho Internacional privado.....                  | 6        | — Ternezas y flores.....                                                                | 3       |
| 111                                                                 |          | 188                                                                                     |         |
| <b>Balzac.</b> — César Birotteau.....                               | 3        | <b>Carnevale.</b> — Filosofía jurídica.--Crítica penal.                                 | 5       |
| 54                                                                  |          | 189                                                                                     |         |
| — Eugenia Grandet, ...                                              | 3        | — La cuestión de la pena de muerte.....                                                 | 3       |
| 112                                                                 |          | 102                                                                                     |         |
| — La Quiebra de César Birotteau.....                                | 3        | <b>Caro.</b> — Costumbres literarias.....                                               | 3       |
| 62                                                                  |          | 140                                                                                     |         |
| — Papá Goriot.....                                                  | 3        | — El Derecho y la fuerza.                                                               | 3       |
| 76                                                                  |          | 58                                                                                      |         |
| — Ursula Mirouet.....                                               | 3        | — El pesimismo en el siglo XIX.....                                                     | 3       |
| 2                                                                   |          | 65                                                                                      |         |
| <b>Barbey d'Aurevilly.</b> — El Cabecilla. ....                     | 3        | — El suicidio y la civilización.....                                                    | 3       |
| 12                                                                  |          |                                                                                         |         |
| — El Dandismo y Jorge Brummel. ....                                 | 3        |                                                                                         |         |
| 31                                                                  |          |                                                                                         |         |
| — La Hechizada. ....                                                | 3        |                                                                                         |         |
| 20                                                                  |          |                                                                                         |         |
| — Las Diabólicas. ....                                              | 3        |                                                                                         |         |



| N.º del Catál.º                                                             | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                        | Pesetas. |
|-----------------------------------------------------------------------------|----------|------------------------------------------------------------------------|----------|
| 127 — Littré y el Positivismo.....                                          | 3        | 198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas (dos tomos).... | 15       |
| 293 Castro.—El libro de los galicismos.....                                 | 3        | 302-303 Gabba.—Derecho civil moderno (dos tomos).                      | 15       |
| 190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....      | 15       | 201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....           | 4        |
| 64 Coppée.—Un idilio.....                                                   | 3        | 200 — La criminología.....                                             | 10       |
| 40 Cherbuliez. — Amores frágiles.....                                       | 3        | 202 — La superstición socialista.....                                  | 5        |
| 26 —La tema de Juan Tozudo                                                  | 3        | 98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....                             | 3        |
| 93 — Meta Holdenis.....                                                     | 3        | 167 — Enrique Heine.....                                               | 1        |
| 18 — Mis Rovel.....                                                         | 3        | 132 — Madama de Girardin y Balzac.....                                 | 3        |
| 91 — Paula Mere.....                                                        | 3        | 121 — Nerval y Baudelaire..                                            | 3        |
| 297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos).. | 15       | 70 Gay.—Los Salones célebres.....                                      | 3        |
| 59 Daudet.—Cartas de mi molino.....                                         | 3        | 261 Giddings.—Principios de Sociología.....                            | 10       |
| 125 — Cuentos y fantasías..                                                 | 3        | 286 Giuriati. — Los errores judiciales.....                            | 7        |
| 38 — El sitio de París.....                                                 | 3        | 203 Gladstone.—Los grandes nombres.....                                | 5        |
| 13-14 Jack (dos tomos).....                                                 | 6        | 164 — Lord Macaulay.....                                               | 1        |
| 22 — La Evangelista.....                                                    | 3        | 287 Goethe.—Memorias.....                                              | 5        |
| 46 — Novelas del lunes....                                                  | 3        | 21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....                                 | 3        |
| 100 — Tartarín en los Alpes.                                                | 3        | 205 — Historia de la Pompadour.....                                    | 6        |
| 166 Dorado. — Concepción Arenal.....                                        | 1        | 204 — Historia de María Antonieta.....                                 | 7        |
| 289 — El Reformatorio de Elmira.....                                        | 3        | 44 — La Elisa.....                                                     | 3        |
| 192 — Problemas jurídicos contemporáneos.....                               | 3        | 61 — La Faustín.....                                                   | 3        |
| 31 Dostoyusky. — La casa de los muertos.....                                | 3        | 129 — La señora Gervaisais..                                           | 3        |
| 33 — La novela del presidio.                                                | 3        | 6 — Querida.....                                                       | 3        |
| 301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..                          | 9        | 11 — Renata Mauperín....                                               | 3        |
| 193 Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....       | 6        | 206 González.—Derecho usual                                            | 5        |
| 162 Fernán Flor.—Tamayo..                                                   | 1        | 282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos).....     | 14       |
| 158 — Zorrilla.....                                                         | 1        | 207 Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...                      | 7        |
| 155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....                                   | 1        | 208 Grave. — La sociedad futura.....                                   | 8        |
| 92 Ferrán.—Obras completas                                                  | 3        | 209 Gross.—Manual del juez.                                            | 12       |
| 73 Ferry.—Nuevos estudios de Antropología.....                              | 3        | 210 Gumplowicz. — Derecho político filosófico.....                     | 10       |
| 24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....                                     | 3        | 211 — Lucha de razas.....                                              | 8        |
| 196-197 Fouillee. — Historia de la filosofía (dos tomos)                    | 12       | 212 Guyau. — La educación y la Herencia.....                           | 8        |
| 195 — La ciencia social contemporánea.....                                  | 8        | 290 Hamilton. — Lógica parlamentaria.....                              | 2        |
| 194 — Novísimo concepto del derecho.....                                    | 7        |                                                                        |          |



| N.º del Catál.º                                                                   | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                                         | Pesetas. |
|-----------------------------------------------------------------------------------|----------|-----------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| 213 Hausonville. — La juventud de Lord Byron.                                     | 5        | 152 — Núñez de Arce.....                                                                | 1        |
| 41 Heine.—Memorias.....                                                           | 3        | 284 Meneval.—María Estuardo.....                                                        | 6        |
| 214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....                                     | 4        | 118 Merimée.—Colomba....                                                                | 3        |
| 215 Ihering.—Cuestiones jurídicas.....                                            | 5        | 133 — Mis perlas.....                                                                   | 3        |
| 216 Janet.—La familia.....                                                        | 5        | 229 Meyer.—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa.. | 5        |
| 217 Kells Ingram. — Historia de la Economía política.....                         | 7        | 230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (dos tomos)                                     | 15       |
| 218 Kidd. — La evolución social.....                                              | 7        | 296 Mommsen.—Derecho público romano.....                                                | 12       |
| 219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.                                  | 3        | 170 Molins. — Bretón de los Herreros.....                                               | 1        |
| 295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....                                 | 2,50     | 295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega... ..                              | 10       |
| 299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....                | 7        | 232 Neera.—Teresa.....                                                                  | 3        |
| 221 Laveleye. — Economía política.....                                            | 7        | 233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno. ....                                | 6        |
| 220 Lange.—Luis Vives....                                                         | 2,50     | 157 Pardó Bazán.—Alarcón.                                                               | 1        |
| 288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....                                         | 3        | 171 — Campoamor.....                                                                    | 1        |
| 83 Lombroso. — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal..... | 3        | 151 — El P. Luis Coloma...                                                              | 2        |
| 72 — El Hipnotismo.....                                                           | 3        | 168 Passarge.—Ibsen.....                                                                | 1        |
| 222 — La Escuela criminológico positivista.....                                   | 7        | 161 Picón.—Ayala.....                                                                   | 1        |
| 135 — Últimos progresos de la Antropología criminal.                              | 3        | 234 Posada. — La Administración política y la Administración social....                 | 5        |
| 223 Lubbock. — El empleo de la vida. ....                                         | 3        | 235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....                                        | 6        |
| 99 — La Vida dichosa.....                                                         | 3        | 236 — La Vida de los Santos.                                                            | 6        |
| 28-29 Macaulay. — Estudios jurídicos (dos tomos)...                               | 6        | 56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....                                               | 6        |
| 294 — La Educación.....                                                           | 7        | 237-238 Ricci. — Tratado de las pruebas (dos tomos).                                    | 20       |
| 305-306 — Vida, memorias y cartas, (dos tomos)....                                | 14       | 285 Rod.—El silencio.....                                                               | 3        |
| 224 Manduca. — El Procedimiento penal.....                                        | 5        | 122 Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....                                            | 3        |
| 225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....  | 22       | 49 — Tres mujeres.....                                                                  | 3        |
| 173 Maupassant.—Emilio Zola.....                                                  | 1        | 84 Sardou.—La Perla Negra                                                               | 3        |
| 228 Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión                                | 7        | 240 Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación...                     | 3        |
| 160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...                                     | 1        | 242 Schopenhauer. — El mundo como voluntad y como representación.                       | 12       |
|                                                                                   |          | 78 — Estudios escogidos...                                                              | 3        |
|                                                                                   |          | 241 — Fundamento de la moral.....                                                       | 5        |
|                                                                                   |          | 243 Sighele.—El delito de dos                                                           | 4        |
|                                                                                   |          | 244 — La muchedumbre delincuente.....                                                   | 4        |



| N.º del<br>Catál.º | Pesetas.                                                                          | N.º del<br>Catál.º | Pesetas.                                                                   |    |
|--------------------|-----------------------------------------------------------------------------------|--------------------|----------------------------------------------------------------------------|----|
| 245                | — Teoría positiva de la<br>complicidad.....                                       | 5                  | 74 — La pintura en los Paí-<br>ses Bajos.....                              | 3  |
| 256                | <b>Spencer.</b> — De las leyes<br>en general.....                                 | 8                  | 108 — Milán.....                                                           | 3  |
| 253                | — El organismo social..                                                           | 7                  | 103 — Nápoles.....                                                         | 3  |
| 254                | — El progreso.....                                                                | 7                  | 104-105 — Roma (dos tomos).                                                | 6  |
| 257                | — Ética de las prisiones.                                                         | 10                 | 107 — Venecia.....                                                         | 3  |
| 255                | — Exceso de legislación.                                                          | 7                  | 272 <b>Tarde.</b> — El duelo y el de-<br>lito político.....                | 3  |
| 248                | — La beneficencia.....                                                            | 6                  | 109 — Estudios penales y so-<br>ciales.....                                | 3  |
| 246                | — La justicia.....                                                                | 7                  | 273 — La criminalidad com-<br>parada.....                                  | 3  |
| 247                | — La moral.....                                                                   | 7                  | 271 — Las transformaciones<br>del Derecho.....                             | 6  |
| 260                | — Las inducciones de la<br>Sociología y Las insti-<br>tuciones domésticas...      | 9                  | 239 <b>Thorold Rogers.</b> — Sen-<br>tido económico de la<br>Historia..... | 10 |
| 249                | — Las instituciones<br>eclesiásticas.....                                         | 6                  | 134 <b>Tcheng-Ki-Tong.</b> — La<br>China contemporánea..                   | 3  |
| 251-252            | — Las instituciones<br>políticas (dos tomos)...                                   | 12                 | 5 <b>Tolstoy.</b> — Dos genera-<br>ciones.....                             | 3  |
| 258-259            | — Los datos de la So-<br>ciología (dos tomos)...                                  | 12                 | 7 — El ahorcado.....                                                       | 3  |
| 250                | — Las instituciones so-<br>ciales.....                                            | 7                  | 71 — El camino de la vida..                                                | 3  |
| 292                | <b>Stead.</b> — El Gobierno de<br>Nueva York.....                                 | 3                  | 63 — El canto del cisne....                                                | 3  |
| 136                | <b>Stendhal.</b> — El Amor...                                                     | 3                  | 77 — El dinero y el trabajo.                                               | 3  |
| 138                | — Curiosidades amato-<br>rias.....                                                | 3                  | 10 — El Príncipe Nekhli..                                                  | 3  |
| 262                | <b>Sthal.</b> — Historia de la<br>filosofía del Derecho...                        | 12                 | 34 — El sitio de Sebastopol.                                               | 3  |
| 27                 | <b>Stuart-Mill.</b> — Mis me-<br>morias.....                                      | 3                  | 81 — El trabajo.....                                                       | 3  |
| 291                | <b>Sudermann.</b> — El Deseo.                                                     | 3,50               | 15 — En el Cáucaso.....                                                    | 3  |
| 263                | <b>Sumner-Maine.</b> — El an-<br>tiguo derecho y la cos-<br>tumbre primitiva..... | 7                  | 115 — Fisiología de la gue-<br>rra.....                                    | 3  |
| 265                | — Historia del Derecho..                                                          | 8                  | 52 — Iván el imbécil.....                                                  | 3  |
| 264                | — La guerra según el De-<br>recho internacional...                                | 4                  | 117 — La escuela.....                                                      | 3  |
| 266                | — Las instituciones pri-<br>mitivas.....                                          | 7                  | 20 — La muerte.....                                                        | 3  |
| 267                | <b>Supino.</b> — Derecho mer-<br>cantil.....                                      | 12                 | 1 — La sonata á Kreutzer.                                                  | 3  |
| 96                 | <b>Taine.</b> — El Arte en Gre-<br>cia.....                                       | 3                  | 95 — Lo que debe hacerse..                                                 | 3  |
| 101                | — El ideal en el Arte...                                                          | 3                  | 48 — Los Cosacos.....                                                      | 3  |
| 66                 | — Filosofía del Arte....                                                          | 3                  | 90 — Los hambrientos.....                                                  | 3  |
| 106                | — Florencia.....                                                                  | 3                  | 3 — Marido y mujer.....                                                    | 3  |
| 268                | — Historia de la litera-<br>tura inglesa contempo-<br>ránea.....                  | 7                  | 85 — Mi confesión.....                                                     | 3  |
| 269                | — Historia de la litera-<br>tura inglesa. — Los orí-<br>genes.....                | 7                  | 113 — Mi infancia.....                                                     | 3  |
| 270                | — La Inglaterra.....                                                              | 7                  | 126 — Mi juventud.....                                                     | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 75 — Placeres vicio.....                                                   | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 94 — ¿Qué hacer?.....                                                      | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 294 <b>Trevelyan.</b> — La Educa-<br>ción de Lord Macaulay.                | 7  |
|                    |                                                                                   |                    | 89 <b>Turgueneff.</b> — Aguas pri-<br>maverales.....                       | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 97 — Demetrio Rudín.....                                                   | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 25 — El judío.....                                                         | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 123 — El reloj.....                                                        | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 47 — El Rey Lear de la Es-<br>tepa.....                                    | 3  |
|                    |                                                                                   |                    | 8 — Humo.....                                                              | 3  |



| N.º del Catál.º | Pesetas.                                                                       | N.º del Catál.º | Pesetas |
|-----------------|--------------------------------------------------------------------------------|-----------------|---------|
| 139             | — La Guillotina. . . . .                                                       | 3               |         |
| 16              | — Nido de hidalgos. . . . .                                                    | 3               |         |
| 137             | — Padres é hijos. . . . .                                                      | 3               |         |
| 80              | — Primer amor. . . . .                                                         | 3               |         |
| 304             | — Tierras vírgenes. . . . .                                                    | 5               |         |
| 60              | — Un desesperado. . . . .                                                      | 3               |         |
| 281             | Uriel.—Historia de Chile                                                       | 8               |         |
| 153             | Valera. — Ventura de la Vega. . . . .                                          | 1               |         |
| 116             | Varios autores.—Cuentos escogidos. . . . .                                     | 3               |         |
| 276             | — El Derecho y la Sociología contemporáneos. . . . .                           | 12              |         |
| 274-275         | — La nueva ciencia jurídica (dos tomos). . . . .                               | 15              |         |
| 277             | — Novelas y caprichos. . . . .                                                 | 3               |         |
| 55              | — Ramillete de cuentos. . . . .                                                | 3               |         |
| 82              | — Tesoro de cuentos. . . . .                                                   | 3               |         |
| 278             | Vivante. — Derecho mercantil. . . . .                                          | 10              |         |
| 4               | Wagner.—Recuerdos de mi vida. . . . .                                          | 3               |         |
| 279-280         | Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos). . . . . | 15              |         |
| 43              | Ibsen.—Casa de muñeca. . . . .                                                 | 3               |         |
| 119             | — La Dama del mar y Un enemigo del pueblo. . . . .                             | 3               |         |
| 53              | — Los Aparecidos y Edda Gabler. . . . .                                        | 3               |         |
| 143             | Zola.—Balzac. . . . .                                                          | 1               |         |
| 148             | — Chateaubriand. . . . .                                                       | 1               |         |
| 144             | — Daudet. . . . .                                                              | 1               |         |
| 146             | — Dumas (hijo). . . . .                                                        | 1               |         |
| 86-87           | — El Doctor Pascual (dos tomos) . . . . .                                      | 6               |         |
| 50-51           | — El naturalismo en el teatro (dos tomos). . . . .                             | 6               |         |
| 35              | — Estudios críticos. . . . .                                                   | 3               |         |
| 17              | — Estudios literarios. . . . .                                                 | 3               |         |
| 147             | — Flaubert. . . . .                                                            | 1               |         |
| 154             | — Gautier. . . . .                                                             | 1               |         |
| 141             | — Jorge Sand. . . . .                                                          | 1               |         |
| 23              | — La novela experimental                                                       | 3               |         |
| 9               | — Las Veladas de Medán.                                                        | 3               |         |
| 149             | — Los Goncourt. . . . .                                                        | 1               |         |
| 67-68           | — Los novelistas naturalistas (dos tomos). . . . .                             | 6               |         |
| 30              | — Mis odios. . . . .                                                           | 3               |         |
| 150             | — Musset. . . . .                                                              | 1               |         |
| 32              | — Nuevos estudios literarios. . . . .                                          | 3               |         |
| 165             | — Sainte Beuve. . . . .                                                        | 1               |         |
| 145             | — Sardou. . . . .                                                              | 1               |         |
| 159             | — Stendhal. . . . .                                                            | 1               |         |
| 142             | — Víctor Hugo. . . . .                                                         | 1               |         |

## OBRAS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

**Tolstoy:** Resurrección.—**Nietzsche:** Así hablaba Zaratustra.—**Fitzmaurice Kelly:** Historia de la Literatura Española, con prólogo de Menéndez y Pelayo.—**Carlyle:** Historia de la Revolución francesa.—**Garnet:** Historia de la Literatura italiana.—**Westermarck:** Historia del matrimonio.—**Nansen:** Hacia el Polo.—**Gosse:** Historia de la Literatura inglesa.—**Aston:** Historia de la literatura japonesa.—**Emerson:** Hombres simbólicos.—La Ley de la vida.—Estudios.—Sociedad y Soledad.—El carácter inglés.—Ensayo sobre la naturaleza.—Discursos y lecturas.—**Menger:** El Derecho al producto íntegro del trabajo.—**Kropotkin:** Campos, talleres y fábricas.—**Taine:** Notas sobre París.—Historia de la literatura inglesa.—Los filósofos clásicos del siglo XIX.—Los orígenes de la Francia contemporánea.—**Sohm:** Derecho privado romano.—**Mommsen:** Derecho penal romano.—**Amiel:** Diario íntimo.—**Sabatier:** Vida de San Francisco de Asís.—**Arnó:** Distinción entre las servidumbres rústicas y urbanas.—**Formiggini:** La estimación en la celebración de los contratos.—**Boissiere:** Cicerón y sus amigos.—**Schopenhauer:** El mundo como voluntad y como representación (2.ª parte).—**Balfour:** Tratado de física.—**Lemcke:** Estética.—**Lombroso:** Medicina legal.—**Goncourt:** La Du Barry.—La Duquesa de Chateauroux y sus hermanas.



# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

---

## BIOGRAFÍAS

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.  
**Gladstone.**—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.  
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Lange.**—Luis Viver, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 pesetas.

## DERECHO

- Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminalología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 pesetas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.  
**Gumpowicz.**—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.  
**Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.  
**Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.  
**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.  
**Lombroso, Ferry, Garofalo y**



- Fioretti.**—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Manduca.**—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.**—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.**—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.**—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gidé, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.

## ECONOMIA

- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

## FILOSOFÍA

- Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Lubbock.**—El Empleo de la vida, 3 pesetas.



**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

**Spencer.**—*Principios de Sociología.* Comprende: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas.

**Idem.**—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

— El organismo social, 7 pesetas.— El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas. Ética de las prisiones, 10 pesetas.

### HISTORIA

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

**Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.

**Muarry.**—Historia de la Literatura clásica y griega, 10 pesetas.

**Renán.**—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.

**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.

**Wolf.**—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

### MISCELANEA

**Alcofurado.**—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

**Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

**Kochs, Hirsch, Stokvis, Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

**Stead.**—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

**Varios autores.**—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

### PEDAGOGÍA

**Buisson.**—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.

**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.

### SOCIOLOGÍA

**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

**Fouillée.**—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Garófalo.**—La superstición socialista, 5 pesetas.

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.

**Grave.**—La sociedad futura, 8 pesetas.



**Gumpowicz.**—Lucha de razas, 8 pesetas.

**Janet.**—La familia, 5 pesetas.

**Kidal.**—La Evolución social, 7 pesetas.

**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

**Spencer.**—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

**Idem.**—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Sumner-Maine.**—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

**Varios autores.**—Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

### VIAJES

**Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

**Taine.**—La Inglaterra, 7 pesetas.

### LOS GRANDES AUTORES

#### CONTEMPORÁNEOS

**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.

**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 pesetas.

**Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

**Turguenev.**—Tierras vírgenes, 5 pesetas.